



Lautaro García

Novelario del '900

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Lautaro García

Novelario del '900

Rancagua. ¡Veinte minutos para almorzar!

Rancagua. ¡Veinte minutos para almorzar!... -gritaba, dominando el estrépito del convoy en marcha, desde la puerta del vagón, el asistente del conductor.

Su anuncio aún lo escucho a través de tantos años con gratas resonancias infantiles. Era uno de los mejores momentos del viaje al sur. Grandes y chicos lo esperábamos con desembozada impaciencia. Al oírlo la gente se removía en los asientos y empezaba a prepararse para la bajada con gestos gozosos.

A la vista del poblacho aplastado bajo las techumbres de tejas, la locomotora, que había venido ensartando anillos de humo en los dedos de los álamos, lanzaba un largo pitazo de saludo. Las casas, nunca cansadas de mirar el paso diario de los trenes, abrían sus ventanas. Sonrientes y morenos rostros de muchachas asomaban por ellas haciendo señales de bienvenida, como si el convoy entero fuera el novio que esperaban. En los huertos, los hombres de la tierra levantaban un momento la cabeza y apoyados en la azada agitaban la mano libre; los chiquillos, junto a los ranchos, gritaban jubilosos y hasta el perro del Cambiador, le ladraba al tren moviendo amistosamente la cola. Algún huaso retrasado, al galope tendido, levantaba densa polvareda por la calle que iba a la estación.

-Rancagua. ¡Veinte minutos para almorzar!

Era un anuncio que tenía virtudes de aperitivo. Al oírlo, a los viajeros empezaban a excitárseles los jugos gástricos. Había caballeros de buen diente que pretextaban innecesarios viajes a sus fundos colchagüinos, sólo para disfrutar de esos veinte minutos en el restorán de Rancagua.

Haciendo rechinar sus frenos, la locomotora disminuía la velocidad y entraba al recinto de la estación, como en son de fiesta, al toque vocinglero de su campana. Después de muchos jadeos, por fin se detenía, dando un a modo de largo suspiro, justamente a la altura de la última puerta del restorán, todas las cuales se abrían al andén.

Las locomotoras de principios de siglo tenían personalidad. Ninguna era completamente igual a otra. No estaban hechas en serie como las actuales. Todas tenían características propias, líneas diferentes. En lo único que eran iguales era en que se atrasaban con la misma regularidad. Pero esto no tenía importancia, porque en aquellos años el tiempo todavía no había sido traducido a «money». Por el contrario, regía el lema italiano: «chi va piano va lontano».

Además cada una tenía nombre propio. En lugar del prosaico número que identifica a las monstruosas «Mikados» y «Montañas» de ahora, aquellas locomotoras ostentaban nombres de héroes y patricios. Los muchachos aprendíamos un poco de historia nacional al cruzarlas en las estaciones. La gente de los pueblos, viajera y comentadora, hablaba de ellas como si se tratara de personas.

-Al Ordinario le cambiaron la Manuel Montt por la Diego Portales -llegaban contando a sus casas, de vuelta del paseo de la tarde las niñas de San Fernando.

-No tuvimos atraso -explicaba el hacendado de Curicó- porque veníamos con la Bernardo O'Higgins. No falla nunca.

-Pa máquinas sufrías, la Sargento Aldea. Es como caballo sacaor.

Profusamente revestidas de franjas, tubos y filetes de bronce, que los fogoneros mantenían relucientes, esas locomotoras de antaño tenían apariencias femeninas. De cuerpos cilíndricos y alargados y chimeneas muy altas y delgadas que remataban en abultadas rejillas para evitar la expansión del chisperío, semejábanse a las damiselas de la época de talles estrechos y quitasoles encumbrados.

Así como los cuadernos de borrador de nuestros hijos están llenos de dibujos de aeroplanos, los de los escolares de 1900 escondían en sus páginas una profusión de croquis subrealistas, con siluetas de aquellas adamadas máquinas que enhebraban estaciones, corriendo a través de los campos, exclamando como dicen los versos de Andrés Silva

Humeres: «Quién me ataja,
lo hago paja,
quién me ataja
quién me pone la mortaja».

-Rancagua. ¡Veinte minutos para almorzar!

A la voz del asistente, como una orden de ¡pie a tierra!, comenzaba la movilización general de los pasajeros. Después de dejar los asientos custodiados por alguna vieja sirvienta, para que en la ausencia no le robaran las maletas ni los ocuparan nuevos viajeros, la gente se lanzaba decididamente a la conquista de las puertas. Para lograrla, era menester pasar por sobre los montículos de equipaje de todas clases que llenaban el pasillo central.

La cosa había que tomarla con ánimo deportivo, porque en aquellos años no existía limitaciones individuales en el número de maletas y bultos y cada pasajero viajaba con los que más podía a la mano. En largos trechos, materialmente, no se podía poner pie en el piso, no quedando más que salvar los cerrillos de equipaje a pulso, suspendiéndose en el respaldo de los asientos. Las señoras y caballeros de edad y con experiencia en esta clase de «recorridos», viajaban provistos de canastos tapados con abundante cocaví; pollos fiambres, huevos cocidos, pernils de chanco, queso, tortillas de rescoldo y botellas de buen tinto.

Se usaban en ese entonces unas maletas llamadas «de familia». De fuerte cuero vacuno y amplios fuelles tenían una capacidad milagrosa. Además de las prendas personales para un veraneo, podían contener desde la mamadera con el anafe en el que se calentaba la «Thisforine» para la guagua, hasta el fonógrafo Pathé de bocina -ésta era lo único que iba fuera -que la hermana soltera llevaba para escuchar «Sobre las olas», el vals de moda, en su propia salsa, a la orilla del mar junto a las rocas de Constitución.

Lo que no alcanzaba a caber en estos arcones portátiles, iba en canastos con tapas y en sacos de tela. La cuestión era eludir en lo posible el pago de equipaje cuyo furgón se utilizaba solamente para los bultos de cama.

Los pájaros favoritos, lo mismo que los perros regalones, también viajaban junto a sus dueñas. Loros parlanchines, canarios, jilgueros, zorzales y tordos cantores, disimuladas sus jaulas con forros de lienzo y falderillos ocultos en canastos, se asfixiaban bajo los asientos.

No se vaya a creer que confundo la clase de los vagones. No, hablo de los de primera, donde los pasajeros viajaban en su mayoría con tenida especial de elegancia y comodidad de la época. Consistía ésta en «capa de viaje» -guardapolvo de alpaca de color canela o gris- y gorra inglesa para los caballeros. Las señoras se ponían unos abrigos ligeros que les llegaban hasta el pie y defendían los copetudos peinados con amplias «pastoras», de paja Italia, sujetas por gasas anudadas bajo el mentón.

Cuando el inspector aparecía en la puerta del «carro» para revisar los boletos, señoras y niñas se esponjaban en los asientos ampliando el ruedo de sus vestidos de manera que dejaban tapada toda la parte baja. Tras la cortina de enaguas y faldas desaparecían jaulas y canastos. Pero no faltaba la soltera audaz que, impulsada por su amor de ornitóloga, mantenía suspendido su canario en la rejilla de los maletines y paquetes de mano, en franco desafío al revisador.

-Esta jaula debe ir al equipaje -le observaba el Conductor.

-Yo no puedo separarme de mi pajarito.

-Está prohibido viajar con animales en los carros, señora.

-Pero, ¿qué tiene de animal un canarito, vamos a ver?

El hombre se desconcierta un poco. ¿Es o no es animal un pájaro? Estas señoras tienen unas salidas peregrinas. Para no descubrir su flaqueza, le responde gravemente.

-Lo siento mucho, señora...

-Señorita, si me hace el favor.

-Disculpe señorita. Los reglamentos son los reglamentos.

-Y los abusos, son los abusos -le responde sin pensar nuestra heroína, apretándose la lazada de tul bajo la barbilla, que le envuelve el sombrero a lo Sarah Bernhardt.

-Pero, señorita, si es Ud. la que está cometiendo el abuso.

-¿Dónde está el abuso? Puede señalármelo. Acaso en llevar a la vista lo que otros pasajeros llevan escondido. ¿Ah?

-Yo no sé lo que otras personas lleven escondido, señorita.

Un revuelo de risas subraya la maliciosa respuesta. Nuestra heroína se «pica» y parándose del asiento señala con amplio ademán a derecha e izquierda:

-Se lo voy a decir, señor Conductor: perros y gatos. Aquí, allí y más allá.

Olvidando su propia situación, avanza unos cuantos pasos y deja en descubierto al falderillo que cobijaba bajo su pollera.

En este preciso momento el tren se detiene frente al edificio del restorán y el Conductor le echa el telón a la escena, retirándose estratégicamente:

-Bueno, señorita, después de almuerzo arreglaremos este asunto.

Entre regocijados comentarios de los viajeros descienden deprisa, porque un apetitoso olor a carne asada a la parrilla ha venido a irritarles las pituitarias. Junto a la puerta de entrada del restorán, entre el ir y venir de la gente, se destaca la barbuda cabeza de don Salvador Peralta, el dueño.

-Apúrense, que si no, no alcanzaremos a tomar una buena mesa -apremia a su numerosa prole un padre de familia, uno de esos gordos rubicundos, de sienes prematuramente emblanquecidas por la alta presión arterial.

-¿Y la Verónica, no viene con nosotros, papá?,-observa la chiquitina de largos bucles al ver que su «mama» se ha quedado sentada.

-La Verónica se ha quedado cuidando los asientos y las maletas, mi hijita. Ella trae su canasto con provisiones.

Las mesas que llenaban el amplio comedor eran tomadas por asalto. Dominando el intenso moscardoneo que resonaba en el recinto, de todas las mesas salía la misma orden de almuerzo.

-¡Un bistec con huevos y papas fritas y un panqueque acaramelado!

La brevedad del tiempo no permitía un menú más largo. Por otra parte, éstas eran las dos especialidades de la cocina del restorán de Rancagua.

¡Los bistecs con papas fritas y los panqueques con miel de la estación de Rancagua! ¡Qué bien merecida se tenían su fama! Nunca más, ni en América ni en Europa, en tantas cocinas extranjeras que han puesto a prueba nuestro paladar, hemos vuelto a comer carne tan sabrosa. Tampoco hemos saboreado postre caliente, como ese regado abundantemente con la miel de palma de Ocoa, única en el mundo. ¿Sería acaso el aire de los campos feraces o la premura de los veinte minutos, que en realidad se reducían a quince por los cinco minutos que se perdían entre la orden y la traída de los platos, lo que influía en esta apreciación? ¿O que todo se idealiza en el recuerdo de las cosas de comer? Lo cierto es que aquellos bistecs y panqueques nos parecen los mejores que hemos comido en la vida.

El local del mismo restorán tenía sus características gratas y bien acentuadas. Llegando del bochorno del mediodía que caldeaba la atmósfera de los vagones, allí se respiraba un aire fresco y estimulante. El almuerzo lo servía una bandada de camareras vestidas con delantales blancos. Digo bandada, porque las diligentes muchachas se deslizaban de manera tan rauda e ingrátida por entre las mesas y el enjambre de viajeros, que parecían palomas humanas. El lector me perdonará la ponderación metafórica, aunque aquellas palomas tuvieran la cabeza negra y moñona, tomando en cuenta que las evoco a través de mi lejana visión infantil. En cinco minutos satisfacían los pedidos de los cien clientes que llegaban de golpe. Esta presteza del servicio, seguramente, se debía a alguna combinación que el señor Peralta tenía con Graneros, desde donde le avisaban el momento de la partida del tren que venía de Santiago. En ese instante, se ponían sobre las parrillas los cien trozos de carne y se empezaban a batir los doscientos huevos para los panqueques y las tortillas.

Don Salvador Peralta aseguraba con su presencia la eficacia del servicio. Con sus esponjadas barbas de sacerdote griego y su sonrisa amable de buen conversador, iba de mesa en mesa averiguando si habían sido prontamente atendidos los viajeros.

En el costado sur del comedor, se encontraba el largo mesón de la cantina y adosada al muro, ofreciendo su multicolor panorama de botellas con vivos marbetes, se alzaba la anaquelaría más estupenda. Era la «frascoteca», bien surtida, imprescindible en todo establecimiento hotelero chileno, delicia de la vista y martirio del gaznate de los bebedores. Sobre el vasto paisaje de vidrio, en lo alto de la pared, un reloj de colgar balanceaba su péndulo para que todo el mundo pudiera medir bien los veinte minutos fatales de que disponía para almorzar. Sin embargo, la mayoría de los viajeros ducha en esta clase de almuerzo a la minuta, hacía bien poco caso de esa especie de espada de Damocles suspendida sobre su apetito. Sus miradas estaban pendientes del Conductor que, con su personal, se situaba junto al mesón donde los parroquianos más impacientes y sedientos, se arremolinaban lo mismo que huasos frente a la vara topeadora en un día de rodeo. Allí corría el tinto con frutillas, el blanco con sifón, el chacolí con panal y una que otra botella de agua gaseosa.

-Comámonos otro panqueque -proponía algún comilón desabotonándose el chaleco.
-Tenemos tiempo de sobra. El Conductor recién va en el bistec.

-¡Qué nos dilatamos, compadre!

-Oiga, encanto, tráigase otros cuatro acaramelados con harta miel y una dos botellitas de San Pedro, Pinot, para pasar la «repugnancia» del dulce.

-Volando, caballero.

-Más mejor que las traiga a pie, mi linda. Mire que hay muchos cazadores y le pueden pegar un tiro a la pasada.

Los viajeros se confiaban en los conductores, guiándose por el plato en que éstos iban, sufrían angustiosas equivocaciones. Los bárbaros de los capitanes de trenes, después de miles de almuerzos engullidos a la carrera, adquirían tal arte para comer que mientras aquellos sólo alcanzaban a servirse los dos platos clásicos, a éstos les sobraba tiempo para una cazuela de ave y algún guiso de pescado.

Y siempre sucedía lo mismo. En mitad del segundo panqueque, de repente el Asistente, que había invitado a almorzar, daba tres sonoras palmadas diciendo:

-Señores pasajeros, ¡al tren!

¿Cómo era posible que el empleado se precipitara a dar el aviso de partida cuando el jefe ni siquiera se había comido el tercer plato? Todas las miradas se dirigían entonces hacia su mesa; pero ésta ya estaba solitaria. El Conductor había desaparecido sin que nadie se diera cuenta. ¿En qué momento se había levantado cuando aún le faltaba el postre? Lo cierto del caso es que, ocultado durante unos cuantos segundos por dos camareras, se había hecho humo como un ilusionista.

Mágicos conductores de trenes que se comían tres platos y postre, y se bebían un café con leche en quince minutos, sin que ninguno presentara aspecto de enfermo del estómago. Por el contrario, todos rozagantes y de buen humor llegaban hasta edad proveyta.

La locomotora, confirmando el aviso del asistente, daba un largo pitazo, señal de partida. Los últimos bocados se tragaban sin masticarlos. Se pedían las cuentas a grandes voces, en medio del tumulto de los pasajeros que se dirigía en dirección al andén, igual que si se hubiera sentido un temblor.

En el apresuramiento general, el problema del «vuelto» aumentaba la nerviosidad colectiva. Encontrar una camarera que tuviera moneda sencilla en Rancagua, era lo mismo que hallar un trébol de cuatro hojas en un prado. Con cara compungida, las palomas de moño negro metían sus manos en los hondos bolsillos de sus delantales y sacando puñados de billetes exclamaban:

-¡Cómo le voy a dar vuelto si no se «merecen» chauchas ni pesos fuertes!

En esos años corrían los gordos pesos de plata casi pura, del porte de medallas conmemorativas, con los que más tarde se hicieran prendedores para el pecho y colleras para los puños.

La estratagema de esconder el «sencillo» siempre le daba magníficos resultados a las cándidas camareras. Antes de correr el riesgo de perder el tren por sesenta u ochenta centavos, la mayor parte de los viajeros aceptaba la explicación dejando el vuelto en concepto de propina. Pero no faltaba el caballero «defendido para la plata» que flemáticamente le decía a la muchacha:

-Si no tiene sencillo vaya a pedirlo a la caja.

Y se sentaba con gran calma, mientras la taimada se dirigía al mesón rezongando:

-¡Viejo pichiñique!

Después de dar un gran rodeo, alargando el camino lo más posible, la mujer volvía con la mano rebosante de dieces y chauchas, y con fingida torpeza le iba pasando las monedas una a una, hasta que de improviso se sentía el encrespado y agudo silbido del pito del conductor.

-El tren se va, señor.

Al harpagonesco pasajero no le quedaba más remedio que recibir el resto del dinero de golpe y salir a la carrera, con la capa de viaje flotando al viento y la gorra en la mano, no sin fulminar antes a la muy ladina con una mirada iracunda.

Estas frenéticas carreras de los retrasados para alcanzar al convoy que se alejaba de la estación a vuelta de rueda, era una de las entretencciones favoritas de los rancagüinos. Sentados en el andén, los estimulaban a grandes voces como si se tratara de atletas que intentasen quebrar un récord.

-¡Agárrese la capa que lo va maneando!

-¡Voy veinte pesos a que el futre del jipijapa se sube primero!

-¡Al guatón de la gorra jockey parece que le queda largo el tiro!

Con el rostro congestionado por la indignación y el esfuerzo, el aludido apenas lograba subirse a la plataforma del último vagón, mientras el corazón se le quería salir por la boca. Cincuenta cabezas asomadas a las ventanillas gozaban con el espectáculo

A veces, cuando los regocijados rancagüinos creían que no había más rezagados, pasaba veloz por frente a ellos un último competidor.

-Este parece que le dio ventaja a los otros dos.

Era el fresco que se había hecho el retrasado y que después de paladear el tercer cognac en el mesón, partía diciéndole a la camarera:

-¡Ay! Me va a dejar el tren. A la vuelta le pago.

La víctima salía al andén, gritándole:

-¡Pije sinvergüenza, tramposo!

El ruido de hierros y las violentas aspiraciones de la locomotora para tomar velocidad hacían que sus palabras llegaran confusas hasta la plataforma, desde donde el burlador le respondía:

-No se apene, mi hijita, si le voy a escribir.

Seguramente en los libros de contabilidad del señor Peralta, en el rubro de Ganancias y Pérdidas figuraba una partida bajo el título de «Pasajeros que se van sin pagar»; y tal vez no sería la de menos importancia.

Ya acomodado en su asiento y respirando dificultosamente, el exigente caballero del vuelto comprobaba que le habían dado sesenta centavos de menos. En su indignación miraba con simpatía al desvergonzado futre que se había escapado sin pagar. Le consideraba un poco su vengador.

Calculando que ya el conductor no haría una nueva revisión de boletos hasta una hora más, al llegar a San Fernando, una media docena de jaulas salían de sus escondites y otra media docena de perros abandonaban sus canastos, sacados por sus amas para que respiraran un poco de aire. Entretanto el convoy afirmaba el ritmo de su mecánico galope; y la locomotora volvía de nuevo a su juego de ensartar anillos de humo en los álamos del camino.

Una ficha negra y otra «colorá»

-Créame, mi amigo, el melancólico aforismo de que «todo tiempo pasado fue mejor», tiene su misterio psicológico. No sólo encierra mucha verdad en lo que atañe a los hechos y las cosas del espíritu, sino también en lo relacionado con las costumbres y los servicios materiales de otras épocas.

El otoño pinta de matices cobrizos el parque público. Sentado en un escaño, escucho el retrospectivo divagar de don Tobías. Una hoja se desprende del ramaje y como un pájaro se posa en el prado vecino. Los rumores de la ciudad llegan hasta nosotros apagados, a la sordina.

-Por ejemplo -continúa el atildado caballero -aunque parezca increíble, en los antiguos «carritos» tirados por caballos, se viajaba más cómodamente, con mayor seguridad y hasta me atrevería a decir que más ligero que en los actuales tranvías eléctricos.

El viejo señor cuyas mocedades fueron testigos hace casi medio siglo, del advenimiento de la tracción motorizada, remueve la arenilla del paseo con la contera de su bastón de palo

de «chonta», haciendo extraños signos. Conversar con ancianos de buena memoria. -¿Cuál no la tiene fiel y pronta cuando recuerda cosas de su juventud?-es oírles soñar al revés. Mi octogenario amigo habla sin mirarme, con los ojos perdidos en una lejanía imaginaria que se encuentra más allá de los árboles que limitan su visión.

Don Tobías camina en esta mañana neblinosa por las calles de Santiago de hace cincuenta años. Sin duda los movimientos, aparentemente mecánicos de su mano, ayudan a su memoria en la evocación, porque cada vez que logra hacer una figura armoniosa en el suelo, recuerda un detalle sugerente que da mayor interés a sus palabras.

-Esos carros de sangre, que así se les denominaba, tenían un pintoresco aspecto de diligencias con sus imperiales donde viajaba comúnmente el pueblo, las personas de escasos recursos. Los conductores ofrecían un aspecto rural con sus «chupallas» de paja en el verano y sus ponchos en la época de los fríos y las lluvias. El pasaje lo cobraban mujeres. También éstas tenían acentuado carácter tanto por su vestimenta como por el modo de ser. Eran criollas bravías. Se tocaban con unos sombreros de hule negro, parecidos de forma a los que usan las elegantes de nuestros días, los que sostenían sobre los altos moños atravesada la copa por un largo alfiler. Este alfiler solía servirles de arma defensiva contra los largos de mano que a veces osaban faltarles al respeto. Un delantal con los enormes bolsillos para las «fichas» que les tapaba desde la cintura hasta el ruedo de la pollera, completaba el uniforme. La blusa quedaba a la libre elección de cada una de las «conductoras» como con muy poca propiedad se las llamaba. Por supuesto que no descollaban por sus encantos femeninos. Las agraciadas duraban muy poco en el oficio. La musa popular las había puesto en solfa en una «cueca», una de cuyas estrofas decía:
Una ficha negra
y otra colorá;
y una conductora
que no vale ná.

Don Tobías cesa un instante de hacer jeroglíficos en la arena y me mira sonriendo.

Los ojos se le iluminan tras los quevedos, rememorando quizás qué escenas sainetescas de sus verdes años. Se alisa la barba cándida -el pulgar por debajo, los otros cuatro dedos descarnados por encima -y luego continúa:

-Cuando subo a uno de estos armatostes eléctricos, (a los micros les tengo terror y nunca he pisado uno) que se detienen y parten como caballos de mala rienda y corren por esas calles con estrépito de piezas de caballería, pienso que aquellos carritos de mi juventud, de tracción animal, eran más suaves y menos ruidosos. Sí; indudablemente eran más cómodos y sobre todo siempre se encontraba asiento en ellos.

Como todos los conversadores latos, don Tobías supone tácitas interrupciones del que le escucha. Estirándose el puño postizo de su mano izquierda en el que luce una enorme collera hecha de un cóndor de oro, me dice:

-Ud. Seguramente, me argüirá que en aquellos años Santiago contaba, cuando más, con la tercera parte de los habitantes que tiene en la actualidad. Digamos unos trescientos mil. Pero yo le rebato su observación, contestándole que en ese entonces tampoco tenía más de una décima parte de las líneas tranviarias que tiene ahora. Como ve Ud., mi querido amigo, la desproporción es muy grande, con respecto al número de habitantes, entre la capacidad de la movilización actual y la de antaño. Por otra parte que conste que no he tomado en cuenta la existencia de micros y trolleybuses. Considerando a estos vehículos, hoy hay diez veces más capacidad para transportar pasajeros, por lo menos. Y, sin embargo, antes que se conocieran los tranvías eléctricos y los micros, nunca se viajaba de pie en los «carritos» tirados por caballos.

Este hombre que hace recuerdos, fiel a su tiempo, se ha ido enardecido con sus propias palabras. Después de encender un cigarrillo, como para quemar la nostalgia que le brota de sus imaginarse, traza con firme pulso unos signos angulosos en la arena.

-Yo tengo, entre otras muchas, la teoría de que una ciudad que pasa del millón de almas se torna inhabitable. Ya estoy en la tercera etapa, la última en la vida de los hombres de ascendencia campesina, la de la vuelta a la tierra, a la vida sencilla.

Mientras se interna en la vieja estampa del 1900, yo le sigo escuchando en silencio, que es la manera como debe conversarse con gente antigua. Le dejo que haga sus objeciones y se las conteste él mismo. Contradecirle sería una falta de respeto más que a su persona, a sus añoranzas. Pasados los sesenta años, la añoranza es sagrada. Mi muda aprobación a sus argumentaciones le calma prontamente. De nuevo su rostro resquebrajado vuelve a dibujar un gesto risueño. Parece sonreírse de sus propias exaltaciones.

-¡Qué tiempos aquellos! -suspira sin melancolía, casi sin enojo. -Viajar en «carrito» era entonces una cosa que se hacía por agrado, no como ahora que encierra un verdadero martirio. En los vehículos actuales, «donde todo asiento tiene su incomodidad», (y Ud. me perdone la cita de Cervantes vuelta al revés), solamente se sube porque no se posee automóvil propio. Aunque si tuviera los medios, no me compraría automóvil sino un carruaje tirado por una pareja de caballos, buenos trotadores. ¡Qué viejo excéntrico y divagador!, pensará sin duda Ud., mi amigo.

-Yo no pienso nada, don Tobías. En este momento, estoy sentado en el «imperial» de uno de esos tranvías en que sus veinte años, iban a la Universidad al galope de los caballitos de posta.

-¡Ah! Entonces se viajaba en carro urbano no sólo por necesidad, sino también por agrado. Hoy se sube a estos ruidosos tranvías eléctricos y a los microbuses únicamente por obligación. Es la diferencia fundamental que existe entre la locomoción colectiva de hogaño y la de antaño.

Don Tobías repite sus argumentos en favor de los tranvías con caballos de su tiempo; pero resulta muy agradable escucharle por el encanto evocador de sus palabras. Ellas me van revelando la atracción que tenía para los muchachos de la época los paseos en carro arriba, es decir, en el imperial, sobre todo si se hacían con niñas.

Pero estos paseos tenían sus bemoles que se encargaban de ponerlos las presuntas suegras.

Las muchachas casaderas y aún las ajamonadas que iban perdiendo las esperanzas de embarcarse en el tren matrimonial, no salían nunca solas. Las costumbres eran muy rígidas en cuanto a libertad femenina.

-Mis niñas no salen a paseo sino con su madre -exclamaban las señoras cuando algún joven de confianza de la casa, iba a invitarlas a una de estas excursiones bajo la luna de enero.

De manera que para poder disfrutar de un par de horas de conversación amorosa con la «prenda», respirando los frutales aromas que exhalaban los huertos de Ñuñoa, había que contar no solamente con el consentimiento de la mamá del pimpollo, sino también con su presencia. A las vigilantes suegras antiguonas se les llegaba a volar la capota a lo Reina Victoria, anudada bajo la barba, con el vientecillo de la noche estival mientras el carrito galopaba hacia la tornamesa de Los Guindos y los enamorados se arrullaban en la delantera del imperial. Las chicas que iban sin pareja espantaban la sombra del complejo de inferioridad amorosa, cantando aquellas canciones eglógicas: «Las Madreselvas», «Bajo el Almendro Florido», «El Volcán de Amor», «La Circasiana», y otras que formaban el repertorio lírico-sentimental de la época.

La fuerza del pasado se ha apoderado del viejo señor y como un sol entre la niebla le ilumina idealizando con contornos de sueño su perdida juventud. Olvidando sus despuntes de crítica a nuestro tiempo, su charla se ha convertido en una sonata -adagio -de recuerdos.

Ahora voy junto a don Tobías, pasajero en su «carro» de evocación, a través de las postrimerías del siglo XIX, cuando Santiago iba perdiendo sus pintorescos y estrechas perspectivas de aldeón colonial. Sin embargo, dentro de su afrancesada renovación arquitectónica, -estamos en pleno auge del Art Nouveau -, aún conservaba barriadas enteras de caserones de portadas de piedra y salientes aleros, donde hacían sus nidos las golondrinas. Sus portalones claveteados a todo cobre a los descerrajamientos y sus ventanas con rejas de hierro forjado, defendían tan estrechamente la honestidad de las doncellas en las noches de plática amorosa, que los galanes apenas podían pasar una mano para aprisionar la palpitante paloma de cinco dedos que se les rendía trémula.

Las encopetadas familias con muchas erres en los apellidos y miles de cuerdas de tierra, que habían constituido la aristocracia chilena gracias a la sobriedad y el tesón de sus abuelos vascos, se movilizaban en sus victorias abiertas y sus americanos de cajón. Pero la clase media, descendiente en su mayor parte de los capitanes castellanos y extremeños de la Conquista que le habían vendido sus encomiendas a aquéllos, tenían que conformarse con pasear en carro arriba. Sin embargo, también se daban su importancia y se buscaban sus comodidades los señores venidos a menos. Cada uno se sentía un poco dueño de los tranvías a tracción caballar.

Cuando los santiaguinos muy empaquetados dentro de sus chaquets de cuatro botones, la cabeza obligadamente erguida por la altura y rigidez de sus cuellos almidonados -sin que esto quisiera decir que por natural prestancia no la tuvieran enhiesta -, se ponían el hongo de arriscadas alas para ir al centro, al paseo de los portales de la Plaza de Armas, esperaban el tranvía en la puerta de sus casas. Alguna comodidad debía dárseles a los vecinos que no poseían carruaje propio. Por lo menos, que el vehículo común los tomara y los dejara frente a sus domicilios. Esta práctica se mantuvo hasta la desaparición de los tranvías con caballos; cuando se establecieron los eléctricos, uno de los grandes acontecimientos del nuevo siglo, y por decreto alcaldicio se fijaron paraderos sólo en las esquinas, los santiaguinos viejos la recibieron con airadas protestas. Costó mucho que se acostumbraran a la moderna medida que venía de Europa. En el fondo, sentían que junto con acatarla habían perdido el condominio de que hasta entonces disfrutara de los antiguos carros de sangre.

Antes que apareciera por la calle abajo la silueta pintoresca con remedos de diligencia rural del «carrito», denunciaban su proximidad el rumor martilleante de los cascos de los caballos en el empedrado y los silbidos de azuzo del conductor. La pareja de pingos, hostigada por el látigo del auriga de sombrero llovido y manta descolorida o chupalla soleada y chaqueta huasa blanca, según la estación, avanzaba trotando cansinamente. Era un trote triste y cauteloso de «mancarrones caldeados» que se daban maña para evitar los baches de la entrevía y los rieles resbaladizos que, a veces, los «hacían irse de las cuatro patas» y quedar con la grupa debajo de la plataforma.

El vecino apersonado que había estado esperando el carro en la acera frente a su casa, levantaba su bastón de puño de plata y el auriga criollo detenía el vehículo con varias vueltas de palanca y agudo chirrido de ruedas. El caballero subía con cierto aplomo de propietario. La conductora tiraba del grasiento cordón del timbre de partida al mismo tiempo que gritaba un enérgico ¡váyase! por si aquél no respondía al requerimiento. Pero el carro no se movía. De una puerta próxima salía una sirvienta a toda carrera gritando:

-¡Psh!, oiga, carrero, las señoritas dicen que las espere, por favor, un momentito, que ya vienen.

-Güeno, h'hijita. Pero dícales que se apuren, porque a lo mejor aparece el Judas y tengo que «echármelas» no más.

-Tan apurón que lo han de ver.

-Si juera pa'esperarla a Ud. ¡hasta era capaz de desenganchar los caballos!

-A cuantas le habrá dicho lo mismo.

-No, m'hijita, a Ud. es la primera.

-La primera de esta tarde...

-No; desde que estoy en esta línea y va para un mes.

La detención de los tranvías de tracción a sangre frente a cada casa de la cual salía algún vecino haciendo señas, además de la comodidad que ofrecían a los pasajeros, en especial a las señoras gordas que antiguamente lo eran casi todas al aproximarse a la cuarentena, servía también para que el auriga le diera un respiro a la pareja de rocines jadeantes y sudorosos de tanto trotar. Tanta paradilla tenía, sin embargo, sus inconvenientes. Sucedió a menudo que los pacientes equinos, a fuerza de tanta parada, descubrían el juego y concluían por resabiarse. Entonces se «empacaban». Con la cabeza gacha, las orejas aplastadas, los ojos inyectados de sangre y la cola metida entre los corvejones, se negaban a partir. Con coléricos movimientos, como si marcaran el paso, resistían la lluvia de latigazos que les listaban las ancas. El conductor perdía pronto la paciencia -los hombres de raigambre campesina nunca la han tenido muy larga cuando se trata de corregir los resabios de los pobres brutos- y de los procedimientos persuasivos de los primeros instantes, pasaba a métodos más enérgicos. Los pasajeros tenían que hacer oídos sordos a los chilenismos candentes y onomatopéyicos con que acompañaba sus golpes de látigo sobre las ancas huesudas y sufridas.

Los minutos transcurrían sin que el criollo enardecido consiguiera que los caballejos reanudaran el monótono trote. El pasaje se impacientaba, más que por el atraso, por la azotaina inclemente y pedía que llamaran al postillón.

-Postillo... ooón. Postillo... ooón.

La calle sumida en la paz de la hora tardecina se llenaba de voces. A las de entonación silvestres del conductor, que al mismo tiempo gesticulaba como un espantapájaros con las haldas de su manta, se sumaban las de algunos pasajeros que tenían prisa. El agudo vocerío de los chiquillos del barrio -chillidos de tiuques en día nublado -contrastaba con las notas graves de los vendedores ambulantes. Frutilleros de Renca que regresaban con sus árguenas vacías, verduleros de Conchalí y Tobalaba, vendedores de «pisos y esteras para estrado» unían sus robustas voces de pregoneros al canon de una sola palabra, del llamado que iba a perderse en el fondo de la calle... ¡Postillooooón!... ¡Postillooooón!...

El postillón era un jinete que recorría cada línea, de la mañana a la noche, para acudir en auxilio de los tranvías inmovilizados por los resabios de los pingos viejos y maltratados. El personal de postillones que montaba buenos caballos «sacadores», se reclutaba generalmente entre antiguos huasos, trasplantados a la ciudad por el afán andariego de la raza y el deseo de mejorar de situación. Pronto la estrechez de las calles y la dificultad para encontrar un trabajo adecuado a sus aptitudes campesinas, los ponían nostálgicos. Un huaso sin cabalgadura, es lo mismo que un marinero en tierra. Al poco tiempo se pone triste, languidece corroído por el mal de la ciudad, echa de menos sus espuelas, recuerda a su caballo vendido malamente en la feria, siente la necesidad del largo camino polvoriento y la amplitud del campo verde. En el oficio ecuestre de «sacar apegaladas» a las parejas mañosas, algunos encontraban un desahogo para sus añoranzas campesinas.

A media rienda, sacando chispa del empedrado con las herraduras del quilamutano, llegaba por fin el postillón. Con presteza de hombre diestro en la maniobra, enganchaba el

tiro de cordel en la cincha del animal retacado y clavándole las espuelas al suyo, al compás de roncós gritos que tenían lejanas resonancias de rodeo, ponía el carro en movimiento.

-¡Ah, manco mañoso! ¡Ah, pingo malo!... Jo, jo... joo, juera.

Aparragado, hincando sus cuatro uñas en los resquicios de las piedras para afirmarse, el caballito chileno arrastraba a la pareja de «empacados» que no podían resistir a su empuje. Antes de la cuadra, ya los caballejos galopaban voluntariosos contagiados con el brío del «sacador». Sin aminorar el galope el postillón desenganchaba entonces el tiro.

Pero a veces solía suceder algo insólito. Por esas reacciones de los animales rabiosos, la pareja se entregaba a correr desenfrenadamente llevando el carro como en volandas. El conductor, receloso de que los pingos cambiaran nuevamente de humor y volvieran a retacarse en la primera parada y también para recuperar el tiempo perdido, pasaba ciego y sordo por delante de los vecinos que se quedaban con el bastón en alto. El látigo restallaba sobre los huesudos lomos de las bestias que volaban con el carro hacia el centro, mientras el rústico auriga lanzaba unos silbidos estridentes, apretando la lengua contra los labios, que parecía que el Diablo iba metido bajo su poncho.

No se detenía ni en las esquinas. En vano Misiá Águeda y Misiá Antuca le hacían señas con sus manguitos; tampoco eran más afortunados don Romualdo y don Sótero que se quedaban con sus bastones en alto, envueltos en la polvareda que levantaba el tranvía.

Vuela el carrito por la avenida hacia el centro a tal velocidad que va dejando atrás no sólo a los «postinos», sino también a los landós, victorias y americanos de lujo tirados por nerviosos troncos de hackneys y clevelands, las dos razas de caballos trotadores que importaban los hacendados para sus coches de la ciudad. Los transeúntes se quedan parados, viendo con espanto como en el cruce del desvío, donde tiene que esperar al tranvía que viene en sentido contrario, da un tremendo barquinazo y sigue de largo sin detenerse.

-¡Qué bárbaro! Se va a estrellar con el carrito que viene del centro.

-Si acaso no se da vuelta antes...

Antes de que el segundo observador haya concluido la frase, el vehículo da un tumbo más brusco que los anteriores; las ruedas chillan agudamente; los pasajeros de un lado -los asientos están puestos a lo largo -se van sobre los de enfrente y el armatoste rodante queda atravesado en la línea.

-Anduvo con suerte. ¡Sólo se descarriló!

Los pasajeros después de recobrar la verticalidad, sobándose los machucones y las magulladuras, increpan al auriga.

-Pedazo de bruto que no sabe manejar.

-A quien se le ocurre pasar por el «cambio» a todo galope.

-Casi nos mata con su imprudencia. ¡Ay! Yo me siento mal...

La emoción del accidente y el rigor del corset hacen que la gruesa dama no pueda terminar su lamento, pues se desmaya. Los caballeros piden agua a grandes voces. El caso desvía un tanto los denuestos de la cabeza del culpable. El señor que desde un principio ha tomado la dirección del coro de pasajeros, exclama:

-La culpa la tiene la Empresa, que no tiene ninguna consideración con la gente y contrata a estos huasos brutos que creen que están manejando carretelas en el campo. Aflójenle el corset -dice en un aparte a los que atienden a la desmayada. -Le voy a poner un remitido en «La Ley»; soy amigo íntimo de Palazuelos.

Con un sorbo de coñac traído por un vecino y la oportuna soltura del corset, la señora vuelve en sí con hondos suspiros de alivio. Acorralado por sus víctimas y los curiosos, también el conductor criollo saca el habla. Se defiende ladino.

-Lo que falta es que me echan la culpa a mí. Los mancos son recontra duros y contimás que me falló la palanca.

-¿De dónde sacaron estos chuzos endemoniados?

-Son los dados de baja en la Artillería.

-Por eso corrían con el carro como si fueran en una carga.

El ambiente se ha serenado. Un pasajero observa con filosofía.

-Bueno: con hacer comentarios y chistes no sacamos nada. Hay que poner de nuevo el carrito en la línea para seguir viaje.

-Eso mismo digo yo -agrega el conductor ya completamente dueño de sí. -Voy a llamar al postillón. Vamos a pedirle ayuda a los «pacos» que vienen allí.

-Sí; la cuestión es que lleguemos luego al centro -agregan nerviosas las niñas que van a la retreta vespertina de la Plaza de Armas.

-A ver, ¿qué es lo que sucede aquí? Vamos despejando la línea.

Es la voz de la autoridad policial que, sudorosa y ceñuda llega al «lugar del suceso». Dos guardianes de a caballo apartan a los curiosos que ya forman una poblada. También ha llegado de nuevo el postillón. Bajo la dirección del sargento, entre pasajeros y mirones de buena voluntad, tras no pocos esfuerzos y roncós gritos, a la manera de los cargadores, se logra poner de nuevo el carro sobre los rieles.

Y por fin con media hora de atraso que en esos años por el ritmo lento de la vida no tenía mayor importancia, el carrito llegaba al centro. La emperifollada familia compuesta

por la madre y sus tres hijas, más los infaltables pretendientes de estas últimas que las seguían, hacía su entrada a la Plaza de Armas en el momento en que el Orfeón de Policía, la mejor banda de la época, atacaba el preludeo del acto 4º de la «Traviata».

Este emotivo viaje no costaba sino una ficha negra, de valor de dos y medio centavos en el imperial; y una colorada, de cinco centavos, en la parte baja.

Cuadrillas de media noche y cueca de madrugada

Clorinda, taconeado andar veinteañero, cintura que puede ser propaganda viva de los corsés de Madame Pouget, ojos verde agua marina y locuacidad de primera tiple de zarzuela, vuelve del centro a donde ha ido acompañada por la Gertrudis, su mama, a buscar unos botones de concha de perla que le encargó su hermana mayor, para un abrigo de primavera. Luchando con el manto que se le aferra al copete por la terquedad de un alfiler invisible, desde el zaguán le grita a su hermana:

-¡Auristela! Fíjate que las Sotomayores tienen abiertos los balcones del salón. De seguro que van a tener tertulia el Sábado y no nos han convidado.

-Pero niña, si no estamos más que a jueves; de aquí al sábado...

-A la pasada divisé a la Carmela que estaba con la cabeza amarrada, sacudiendo los muebles, (por si pasaba el tiemple nuevo que tiene y la crea muy hacendosa); me saludó muy zalamera. Yo le lancé una indirecta; pero no me dijo esta boca es mía.

-Las cosas tuyas. ¿Qué no sabes que a la pobre no se le ocurre nada?

-Yo sé por qué no nos convidan.

En este momento se abre la puerta del dormitorio de misia Lastenia, la madre.

-¿No pueden hablar más despacio? -Su voz airada cruza por entre las ramas de los naranjos del patio más sonora que las de sus hijas.

-¡Que costumbre tienen de hablar a gritos! Pareces una «cachaña», Clorinda. Con tu alboroto vas a despertar a tu padre que todavía está durmiendo.

-¡Claro, como que llegó al amanecer del Club! ¿No lo sentiste, Auristela? ¡Qué caballero más calavera!

-No seas murmuradora, Clorinda. El pobre papá es muy dueño de entretenerse un rato con sus amigos, para eso se pasa casi todo el año metido solo en el fundo. Dime: ¿encontraste los botones que te encargué?

-Casi he dejado los talones recorriendo la Casa Prá, Burgalat, Las Novedades Parisienses, la Casa Francesa, Muzard; por último en uno de los baratillos del Portal Mac-Clure, encontré unos parecidos a los que tú querías.

-¡Ay! ¡Que no sirvas ni para hacerte un encargo!

-¡Para qué rezongas si todavía no los has visto! Luego, frunciendo su boca gordezuela con un gesto picaresco, en una brusca transición comenta:

-Lo que le pasa a la Carmela Sotomayor es que está sentida contigo.

-¿Conmigo? ¿Por qué?

-No te hagas «la de las monjas». Por lo del teniente del Escuadrón... Escolta.

-Yo no se lo he quitado. Lo que hay es que como ella se cree la más bonita del barrio, pensó que Vergara andaba dando vueltas a la manzana a caballo por sus lindos ojos...

-...Cuando en realidad eras tú la que lo había flechado, ¿no es así?

-Mira, Clorinda, contigo no se puede hablar nada en serio. La culpa la tengo yo por confiar en una mocosa...

-Si no es para tanto, hermana. Tienes toda la razón. La Carmela se cree irresistible y que todos los hombres se mueren por ella.

-Pues con el teniente Vergara se equivocó medio a medio. Mucho antes que lo conociera ella, ya me había mandado una tarjeta postal anónima declarándoseme.

-¿Y te tenías la cosa tan guardada! ¿Oye?; ¿pero cómo adivinaste que era de él cuando te la mandó sin firma?

Auristela sonríe ante la ingenuidad de su hermana, abre el cajón de su velador que mantiene con llave y debajo de cintas, pañuelos y devocionarios extrae la tarjeta.

-¡Qué preciosa postal! -exclama Clorinda.

En un lago de terso azul de Prusia, al claro de luna, un cisne de albo plumaje -que ostenta auténticas plumas- navega sosteniendo sobre sus alas a un mofletudo Cupido. Sobre los reflejos lunares, con caligrafía inglesa y tinta dorada están escrito estos versos:

De pasar frente a tu casa
mi caballo no se cansa,
esperando que a su dueño
tú le des una esperanza.

-¿Quién se los habrá hecho? -comenta Clorinda con su nariz respingada al aire, como queriendo olfatear al autor.

-¡Quién se los habrá hecho! Como los tontos que te mandan tarjetas a tí no demuestran más cerebro que un pollo, crees que a los demás no se les ocurre nada. Mi «prendo» es muy habiloso.

-Muy habiloso; pero por su culpa no vamos a poder ir a la tertulia de las Sotomayores.

-No te aflijas. Si ya ha echado por tablas a un compañero del Escuadrón que le anda paseando la cuadra a la Carmela. Verás que no pasa de mañana, que no venga a convidarnos.

En el umbral de la puerta del dormitorio, se estampa la silueta rechoncha de la Gertrudis.

-¿Se le ha olvidado misia Clorindita que Ud. está de semana? Déme las llaves de la despensa para sacar la «chuchoca» para la cazuela.

Como les sucede a casi todas las «semaneras» novicias, el llavero juega a la escondida con Clorinda. Después de buscarlo inútilmente en el dormitorio, el costurero, el comedor de diario, el comedor grande, al fin lo encuentra dentro del manguito que estaba sobre el piano.

-¡Quién las pondría aquí adentro! -Luego, antes de marcharse a cumplir con sus deberes de dueña de casa le observa su hermana.

-Oye, Auristela: ¿por qué no has puesto la tarjeta en el álbum?... Es tan bonita.

-¡Las ocurrencias tuyas!... Para que la vea mi mamá y me corra a mi tenientito...

El primer indicio de que iba a haber tertulia en una casa en aquellos tiempos de la polca, el abanico y el polizón, lo daba la aireada del salón. En los caserones de tres patios, la vida hogareña se hacía en el costurero. Esta pieza pequeña, comparada con las grandes estancias del salón, el comedor, el escritorio del jefe de familia y los dormitorios, reposaba amoblada sin estilo definido, o mejor dicho, con todos los conocidos en la época, ya que en ella iban a parar los sofás, sillones, sillas, mesas y arrimos desechados de las demás habitaciones; pero ninguna una tenía su comodidad. En invierno, sobre la alfombra gastada por el trajín de las generaciones, siempre ardía el fuego en el brasero de bronce. En su rededor, con los pies puestos sobre la rodela, mientras la tetera rezongaba hervores, la abuela tomaba mate con la parvada de nietos, en bombilla de plata. El aguacero apaciguado con la llegada del crepúsculo, dejaba caer de las tejas unas melancólicas notas de xilofón. Hasta el rincón del costurero sólo llegaban las visitas de confianza; las de etiqueta eran recibidas en el salón grande que daba a la calle; pero sin sacarle las fundas a los muebles. Estos se desenfundaban sólo para las grandes ocasiones. Las grandes ocasiones eran los días de santo de los dueños de casa o cuando alguna de las niñas se vestía de largo.

Pero existían también las otras ocasiones que se celebraban con tertulias. No faltaban pretextos para ellas; en el fondo, se realizaban para honesto esparcimiento de jóvenes y viejos, para que las niñas casaderas encontraran novio y para que los pretendientes tomaran contacto con los futuros suegros y se decidieran a formalizar los pololeos iniciados en el paseo de la Plaza de Armas, la Alameda y el Parque Cousiño. Estas fiestas, de carácter más o menos familiar, se llevaban a cabo generalmente los días sábados. El jueves anterior los transeúntes mañaneros tenían que cambiar le acera, ante las bocanadas de polvillo que arrojaban a la calle los balcones abiertos de par en par. Las niñas de la casa, con las cabelleras protegidas por pañuelos de yerba, empuñando el plumero mientras las sirvientas hacían lo propio con las escobas, abrían todas las puertas del salón grande, para dejar escapar el olor a penumbra que se desprendía de los rincones, como un aliento de los muebles de arrimo, las alfombras y los cuadros donde se perpetuaba al óleo la figura acrinolinada de la abuela.

Después de esparcir abundantemente las hojas de té, consumidas durante un par de semanas, sobre la alfombra, las sirvientas le daban una enérgica barrida. Las patronas sacudían el polvo almacenado en las cenefas y en las cortinas. Luego se le sacaban las fundas -esas camisetas de fuerza -a los muebles. Los sillones de medallón parecían estirar sus brazos de caoba agarrotados por tantos días de inmovilidad. Los espejos que habían permanecido cegados por el leve polvo recuperaban su transparencia; y de nuevo se volvían a mirar en sus lomas venecianas los rostros graves de los antepasados pintados por Monvoisin.

El viernes en la tarde, mientras desde el tercer patio llegaba el vocerío de los pavos camino del sacrificio, el afinador de pianos pasaba dos horas ajustando los martinetes del instrumento hasta que éste recuperaba la justa entonación de sus escalas. El maestro Torta, autor y ejecutante de sus valsos, tenía una pulsación tan vigorosa que si el piano no estaba con sus cuerdas bien recorridas, era capaz de hacerles saltar en uno de sus arrebatadores «crescendos». Toda familia que se respetaba ofrecía su par de tertulias al año. El número no dependía tanto de los medios de fortuna de los padres, como de un carácter más o menos inclinado a las trasnochadas, con música y de las niñas casaderas de cada una.

Aquellas reuniones filarmónicas, remojadas con ponche y mistelas y poetizadas con versos de Manuel Acuña, José Antonio Sofía y Gutiérrez Nájera, eran magníficas trampanovios.

Las invitaciones se hacían sin mayor formalidad en estilo verbal. Las niñas iban personalmente a convidar a las mamás y sus hijas; si se trataba de amigas de mucha confianza o parientes cercanos, alguna vieja criada se encargaba de llevar el recado. «Mandaba decir la patrona -era la fórmula consagrada desde la época colonial -que tuviera muy buenas tardes, que cómo estaban todos de salud y que el Sábado las esperaba a tomar el té por la noche y hacer un poco de música». Los únicos extraños que la autoridad paternal permitía invitar eran los jóvenes de cierta posición que podían tener propósitos serios, a los que se les enviaba una amable tarjeta, previo visto bueno de la mamá, y los mozos que tenían alguna gracia, como tocar el piano, cantar o recitar. Eso sí que se cuidaba que el número de varones invitados, superara al de las niñas para que ninguna de éstas fuera a «planchar» en los bailes, quedándose sentada.

No era de rigor ni mal visto, dado el carácter de intimidad de las tertulias, que las señoras y niñas no lucieran vestidos nuevos ni que éstos no fueran de manga corta como se estilaba para los grandes bailes; pero no por esta falta de exigencias y compromisos la coquetería femenina dejaba de crearse inquietantes problemas. Después de hacer un inventario del ropero y eliminar uno tras otro todos los vestidos: éste por estar ya muy visto, el otro por pasado de moda, aquél por ser demasiado claro y el de más allá por muy oscuro, Clorinda, niña que pisaba el umbral del Novecientos con sus botas de taco Luis XV, pronunciaba la frase eterna que Eva lanzó originalmente en el Paraíso: «No tengo nada que ponerme».

Para los caballeros de respeto y los jóvenes de situación, la tenida obligatoria era de riguroso chaquet, cuello de pajarita, corbata plastrón, pantalón rayado y zapatos de charol con caña de previl.

¡Aquellos severos chaquets de nuestros abuelos! El petimetre que quería aparentar condición de hombre elegante soñaba con que Monsieur Pinaud, el sastre de moda de la época, le cortara un chaquet de colas impecables que sólo se divorciaban en los raudos giros del valse.

Los últimos días antes de la tertulia, las niñas de la casa y sus amigas más íntimas los pasaban en agitados trajines de la antesala a la cocina, alternando los ritmos de la mazurca y los lanceros con los batidos de merengues y revolturas de dulces de almíbar. El tío Nicasio, el solterón de la familia, y el primo Ascanio, duchos en toda clase de danzas de parejas y conjunto, las adiestraban para que se presentaran bien expeditas. Allí aplicaban con todo recato las enseñanzas recibidas en la academia del maestro don Franco Zubicueta.

Don Francisco Zubicueta fue por esos años el Nijinsky criollo que inició en el valse de tres por cuatro, en el énfasis de las cuadrillas la gracia militar de la polca alemana, el donaire francés del pas de quatre y el pas de patineurs, y en las cadencias gentiles de la mazurca varsovia, a más de tres generaciones de santiaguinos, desde el grave político pelucón hasta el imberbe estudiante liberal. En rueda de gente septuagenaria todavía se recuerda la gracia innata y el sentido rítmico que era necesario poseer para interpretar esos bailes, ponderándose, sobre todo, la espiritualidad de todos ellos.

En realidad, si los comparamos con la rumba, la matchicha y otros zangoloteos afroamericanos de nuestros días, aquellas resultan danzas de repartición de premios en colegios de monjas. No era que no se conocieran por ese entonces las descoyuntaduras del cake walk y el pataleo dinámico y psicalíptico del can-can; pero su dominio estaba circunscrito a los escenarios de teatro y tinglados de café-concert.

En la mitad de una polca con saludo militar Auristela dejaba a don Nicasio con la mano en la imaginaria visera, exclamando:

-¡Ay tío!, perdóneme; pero tengo que ir a darle una vuelta al manjar blanco; no vaya a ser cosa que se me pegue.

O bien Clorinda se desprendía, no sin desagrado, de los brazos del primo Ascanio, porque iban a avisarle que el horno estaba listo para el bizcochuelo con que haría la torta.

De los pavos engordados en el tercer patio a fuerza de pasarle nueces enteras a través del gaznate, así como de las mistelas y la aloja de culén, se encargaba misia Lastenia con la Gertrudis. Si la fiesta iba a tener ribetes de etiqueta, las tortas y dulces se traían de donde las Rengifo, unas señoras que durante medio siglo endulzaron el paladar de las casas solariegas en los días de santos, matrimonios y bailes.

La víspera del gran día, antes de acostarse, como todavía no se conocían las peluquerías para señoras ni mucho menos las ondulaciones al agua y al aceite, las damiselas se enrollaban los crespos con tiras de papel. Dada la habilidad propia de las mujeres de entonces para peinarse, si algún Fígaro del Portal hubiera tenido la idea de instalar un salón para la clientela femenina habría fracasado rotundamente, porque se habría considerado, además de innecesario, poco honesto concurrir a un local público a hacerse peinar.

Durante toda la jornada del Sábado elegido para la tertulia, las niñas se afanaban por la casa, dando los últimos retoques al salón y a la mesa del comedor, con las cabezas convertidas en un enjambre de mariposas de papel.

Entre diez y once de la noche, -en aquellos años no se conocían las funciones vespertinas y se comía a las ocho- cuando aún las niñas de la casa no terminaban de deshacerse los «cachirulos», empezaban a llegar los invitados; la tertulia propiamente tal no se formalizaba antes de las doce.

Hasta esa hora los jóvenes se agrupaban en las puertas comentando los encantos de las niñas; y éstas se dejaban admirar sentadas junto a sus madres, en la punta de la silla, cambiando apenas furtivas sonrisas con los galanes. A las once el trío de piano, violín y flauta, contratado para la ocasión, levantaba sus primeros arpegios y acordes y el caballero más caracterizado de la reunión -Ministro de la Corte, senador, general, diputado o regidor municipal -ofrecía el brazo a la dueña de casa. Igual cosa hacían los demás varones de respeto con el resto de las señoras y después de algunos paseos por el salón, el trío atacaba las «Cuadrillas Imperiales». La tertulia quedaba oficialmente iniciada.

En cada costado del salón se colocaban hasta dos parejas, formando así un rectángulo de dieciséis bailarines. Las cuadrillas se componían de cuatro figuras: saludo, paseo, visita, cadena, y se terminaban con el vals en que cada caballero bailaba primero con su pareja y sucesivamente con todas las damas que habían hecho pareja con los otros danzarines.

Con remedos de pavana y reminiscencias de minué, las cuadrillas se llamaban imperiales, porque en realidad habían tenido su origen en las cortes de Inglaterra, Austria, Hungría, Alemania y Francia en la segunda mitad del siglo pasado. De manera, jóvenes de 1950, que ese amaneramiento de actitudes y giros, que os parece tan risible, habréis de saber que fue estilizado por las testas coronada, de Francisco José, el Ausburgo desgraciado y estoico; Napoleón III, el último y romántico Emperador de los franceses y Guillermo II, el arrogante Káiser prusiano.

Vuestras abuelas no imitaban como vosotras las contorsiones a lo Josefina Baker, sino el rítmico donaire de Victoria de Inglaterra y Eugenia de Montijo. Las contorsiones frenéticas y los vaivenes de toma y dale cadera que también se conocían en esos tiempos, aunque con otras características y otros nombres, no traspasaban los umbrales de las casas de familia.

Mientras doña Ermecinda, doña Eduvigis, doña Adelaida y doña Rosario, con aires de infanzonas, bordaban las figuras de las cuadrillas con don Salustio, don Policarpo, don Calixto y don Almanzor, ¡oh!, nombres de viejos poemas, toda la gente moza: Eloísa, Clotilde, Lucila, Esperanza, Natalia, Luzmira, Eulalia, Matilde, Celinda, Beatriz, Leonor, Lastenia, Ofelia, Esmeralda, Amadora y Hortensia, se miraban frente a frente con Abelardo, Cayetano, Belisario, Sofanor, Nicasio, Hermógenes, Ascanio, Egidio, Tristán, Basilio y Marcial, esperando la rueda final del vals para lanzarse a su vez a girar alrededor del salón, a los compases de Sobre las Olas, Lejos del bien amado, Cuando el Amor muere, Olas del Danubio y Carmen Julia.

El vértigo de estos vals en que las parejas se enlazaban con una cuarta de luz entre pecho y pecho, alternaba con la arrogancia de los lanceros, el empaque de las polcas alemanas, la cadencia de las mazurcas y el candor del pas de quatre y el pas de patineurs. Las parejas enardecidas ponían a prueba la limpieza de la alfombra, girando en torbellinos de faldas rosadas, celestes, blancas, lilas y de negras colas de chaquets. En el escritorio del dueño de casa, bajo la serenidad de marmolina de algún emperador romano, los viejos jugaban al rocambor.

Después de una hora de agitación rítmica, se hacía una pausa de arte puro musical y literario para que las niñas lucieran sus «gracias» y los músicos contratados recuperaran el aliento. Las revueltas aguas espirituales de las declaraciones de amor, ocultas entre rubores de abanicos, se aquietaban en remansos de emoción artística. Primero la «virtuosa» de la casa, después de hacerse de rogar como la fingida modestia exige, solía interpretar al piano una plañidera romanza sin palabras, no exenta de novedad en su línea melódica y de nobleza expresiva en su estilo sentimental.

-¿De quién es eso tan bonito que acaba de tocar con tanto gusto, Clotildita? - preguntaba dándose aire sobre el turgente seno, una de las señoras de respeto.

-De Chaminade, misia Zoila.

Chaminade tiene composiciones muy sentidas -agregaba retorciéndose, los mostachos el señor entendido en música.

-A mí me encanta ese autor -declaraba pasándose la lengua por los labios sensuales una chica apasionada. Cosa que las muchachas de principios de siglo podían hacer con picaresca coquetería, ya que aún el «rouge» para los labios no se conocía.

-En piezas para el oído yo creo que no hay como Godard.

-Se olvida Ud. de Chopin, misia Emiliana. A mí me parece sublime.

-Será todo lo sublime que Ud. quiera, don Aniceto, pero yo no lo entiendo. Tiene unos vales que no se pueden bailar. En cambio los de Metallo tienen un compás único.

-¿Y dónde ponen Uds. a Strauss, el de «El Danubio Azul»? Yo lo escuché en Viena - intervenía misia Marie Louise.

Había que llamarla así, en francés, porque era educada en Europa.

-Veo que en materia musical soy más romántico que Uds., señoras mías -se batía galantemente en retirada don Aniceto.

Para no seguir la controversia y temeroso de que en una votación entre Chopin y Metallo ganara este último por abrumadora mayoría de votos, el buen señor se dirigía a la dueña de casa.

-Misia Rosario, ¿no le parece que ha llegado el momento de hacer cantar a la Enriqueta? Hace rato que la noto desasosegada y se ha negado a bailar para no echarse a perder la respiración.

-Naturalmente, lo hace tan bien.

La diva de la reunión, previas las declaraciones de rigor de que precisamente el día anterior se había resfriado y no se encontraba en voz, se iba a colocar en actitud de ópera junto al piano. Allí esperaba que su marido el notario, le llevara el rollo con las romanzas que tenía en el bolsillo del macfarlan, y después de imponer silencio con dominadora mirada atacaba «Hernani, Hernani involami...». De su espléndido pecho, donde se mecía un guardapelo con la miniatura de su muerto progenitor, las notas subían hasta su garganta con desesperada dramaticidad, amenazando, en los agudos, rasgar el negro terciopelo que le ceñía el busto. La cantatriz fraseaba con un calor tan convincente que parecía que en realidad llamaba al héroe de Víctor Hugo, a través de la melodía de Verdi, para que se la robara; pero dado su arrogante volumen de primadonna habría sido muy difícil el rapto por muy bandido que fuera Hernani.

Los salones chilenos, desde los que colgaban lámparas de cristal veneciano hasta los que lucían trémulos mecheros de gas, abundaban en magníficas voces femeninas. Cosa que no es de extrañar ya que en la actualidad, desaparecidas las tertulias y también los prejuicios, son numerosas las cantantes nuestras que lucen sus facultades en radios y escenarios. Cada generación trae su aporte lírico, pero de diferentes caracteres. Así como ahora hay mayoría de sopranos ligeras, en aquella época dominaban las dramáticas. Las causas de este fenómeno fisiológico se escapan al cronista evocador que sólo se limita a observarlo.

Como una deidad poseedora de todos los atributos excelsos -tal el lenguaje de la época- de la lírica y la dramática refundidas en una sola expresión, la ópera era la más alta manifestación musical. Las señoras jóvenes, algunas matronas recalcitrantes y las niñas casaderas, cultivaban sus facultades vocales con ciertos maestros italianos, todos, según ellos, antiguas celebridades que habían anclado sus barcos errantes en las tranquilas radas de la vida santiaguina. Los caballeros, románticos rezagados, se consideraban expertos

en un mar de remembranzas, evocaciones, deseos reprimidos y ardientes esperanzas. La melopea es una máquina vendedora de sueños y nostalgias. Y también de locuras imaginarias. ¡Qué diría la reunión, si doña Edelmira, tan mínima e inadvertida, confesara, - ella que nunca le ha «faltado» ni con el pensamiento a su marido don Eliodoro -, que de buenas ganas le daría un beso al joven recitador!

Afortunadamente antes que el subconsciente traicionara a las respetables matronas y caballeros, cuando la emoción poética levantada por «Lucrecia Borgia», de Pedro Antonio González y «Las Golondrinas», de Gustavo Adolfo Bécquer que habían seguido a las estrofas de Gutiérrez Nájera, amenazaban alterar la normalidad burguesa de la mayoría de los presentes, la dueña de casa lanzaba la invitación largamente anhelada por los refractarios a los versos con música.

Después de cambiar algunas señales de inteligencia con la hija mayor, la que llevaba la casa, la señora exclamaba con fingida naturalidad:

-Pasemos a servirnos algo.

Tras este «algo» de apocada resonancia, escondía la invitante una cena de proyecciones miliunochescas. A la mesa de caoba del comedor grande se le agregaban, para la ocasión, todos sus tableros y sobre la vastedad de los manteles se erguía, en el medio, el castillo tradicional de esbeltas columnas de caramelos y medallones de frutas confitadas. En su rededor y a todo lo largo se agrupaban las tortas de bizcochuelo y de manjar blanco, las compotas con dulces en almíbar y las cien variedades de pasteles, alfajores chilenos, mantecados, chocolates rellenos y castañas confitadas.

Como entonces no se conocía aún la elegante e incómoda costumbre de los buffets servidos de pie, a la manera inglesa, los invitados se sentaban como para no levantarse en dos horas, que era más o menos el tiempo que duraba la cena. El desfile de platos se iniciaba con los pavos fiambres, seguían los capones en aceite, los congrios fritos para concluir con los patos al horno. Todos los volátiles de corral, sabrosamente cocinados, eran «pasados» con los generosos caldos de Panquehue, Linderos, Lontué y Cauquenes.

A la frecuencia de los ¡salud! con que de un lado a otro de la mesa se invitaban a beber los comensales, sucedían los brindis en honor de los dueños de casa, de la santa que se festejaba o de las niñas que se iniciaban en la vida tertuliana. A la altura del pato asado, la euforia era unánime e intensa y hacía su aparición en el comedor la guitarra criolla, con lo que la fiesta tomaba el típico tono de la tradición.

-Elvirita, por favor, cánteme «El Almendro Florido», para acordarme de mis buenos tiempos de mocedad -le rogaba el solterón de don Ambrosio, mientras ponía el instrumento en las faldas de la joven.

-Se la entrego afinadita, para que sus manos la hagan hablar, mi encanto.

La cantadora, echando la pierna arriba, pulsaba la guitarra y después del bordoneo inicial, empezaba con grata y plácida voz la canción: Al pie del almendro florido,

¡recuerdos de mi niñez!
hablamos, dueño querido,
dulcemente y al oído,
de amor la primera vez.

Un aroma de evocación, como cuando se abre un arcón oloroso a viejas y nobles maderas, se desprendía de la antañona melodía. Con los ojos del recuerdo, las personas mayores contemplaban de nuevo la visión perdida de los huertos albos de flores de almendro en primavera. Ya los años han corrido
y aún siento que en mi vejez
¡ay!; y aún siento que en mi vejez,
resuena un eco perdido:
¡quién estuviera otra vez!
bajo el almendro florido,
¡ay!... bajo el almendro florido.

-No hay que ponerse tristes que la vida es muy corta exclamaba don Ambrosio para ahuyentar la ráfaga de melancolía que traía la canción. -Cántenos el «Volcán de Amor», ahora, para que no se nos amargue el postre, Elvirita. Tú encendiste, tú encendiste en mi pecho,
un volcán, un volcán que amor se llama;
y ese fuego, y ese fuego que lo inflama,
va creciendo, va creciendo, más y más.

No me olvides no; no, ángel mío.
ten confianza, ten confianza en mi cariño.
Único amor por quien deliro,
¡Ay, acuérdate!, ¡ay, acuérdate de mí!

A este aire más vibrante, seguían otros como «El Correo», «La Paloma ingrata», «María, mi dulce amiga», «El Cristo de Acero» y otros menos ingenuos o sentimentales como «El Polizón», de picaresca letra, que alejaba las posibilidades de que el vino se les pusiera triste a viejos y jóvenes.

Las tonadas sandungueras y los mostos asoleados de la tierra levantaban la presión eufórica a tal punto que, mientras algunos convidados permanecían haciéndole los honores a la última torta y paladeando los bajativos criollos de aguardiente con anís o apio, en el salón resonaban de pronto los incitantes compases de una cueca.

Era la señal de que la tertulia, una vez que se habían despedido las familias de poca confianza y los invitados que concurrieran por primera vez, entraba a su faz más íntima y simpática. El «guaroso», baile nacional, desataba todas las espontaneidades y al contagioso

ritmo del tamboreo y los huifas, el terciopelo y la seda de los vestidos femeninos se transformaban en humilde percala poblana y debajo de los chaquets, surgían invisibles las mantas campesinas. Recatada cueca de salón; pero a la que no le faltaba el donaire y el sabor de la otra, la huasa, de «pata en quinchá».

De repente alguien que se había asomado al patio, volvía diciendo:

-Saben; ya estamos de día claro.

-¡Uy! ¡Qué barbaridad! -exclamaba alguna señora haciéndose la escandalizada.

-Es hora de que nos vayamos.

-No faltaba más -protestaba el dueño de casa. -La Mariquita está preparando un valdiviano para componer el cuerpo. Hay que quedarse hasta que las velas no ardan.

Biografía del manto

Las mañanas, en primavera, sin los ruidos fabriles y mecánicos de nuestro tiempo, tenían dentro de las casas una huérfana raíz musical. Los zorzales y las diucas, en los árboles del tercer patio lirizaban el alba junto con los gallos.

La ciudad despertaba muy temprano, con la salida del sol, al repique de las campanas y al vocerío rural de los vendedores de productos de la tierra, frutos y legumbres de la estación. El campo se metía por las calles empedradas con sus voces y sus rumores silvestres.

La rústica sinfonía de la calle principiaba con el resonar de las herraduras del caballo lechero sobre las piedras; luego perforaba el silencio el silbido largo y agudo del jinete. El animal, sin necesidad que lo sofrenara el huaso, se iba deteniendo frente a cada puerta, donde tenía «casería».

-¡La leeeche...! -gritaba el vendedor con voz de arriero en cada zaguán, por si la sirvienta no había escuchado su silbido de pidén. Más tarde, eran los pregones de chacarería de los carreteros y carreteleros los que llenaban la calle bañada de sol.

En el segundo patio empezaba el trajín de la servidumbre. Hacía rato que la vieja y rechoncha cocinera, rodeada por los gatos y los perros, tenía encendido el fogón para preparar el desayuno del dueño de casa, que se levantaba de madrugada para ir a la chacra. Un buen trozo de tapabarriga asado a la parrilla con dos huevos, más la taza de café con leche.

Ya el cochero de patillas a la inglesa ha enganchado la pareja de hackneys al coche americano. El agua cae rumorosa en el pilón donde las criaditas de trenzas renegridas,

vestidas de percal, llenan los jarros de loza para llevarlos a las piezas de las niñas de la casa.

¡Mercurio!... ¡Carril!... ¡Chileno!..., -vocea en la calle el suplementero del barrio.

Frente al peinador de caoba con cubierta de mármol, mirándose en el óvalo del espejo, Betsabé y Clotilde, las niñas de la casa, en corpiño y enaguas se hacen el morcillón, -el peinado de moda -, en lo alto de la cabeza. Es el que acondiciona mejor el pelo para que el manto quede «asentador» a la cara. El parloteo de ambas se acompasa con el ruido de las peinetas en la gran taza de porcelana del lavabo.

-¿Qué manto te vas a poner, Betsabé?

-El de espumilla que me regaló tía Candelaria.

-¡Ay! Cuesta tanto para prendértelo.

-Tan mala voluntad que tienes, Clotilde, para ayudarme.

-No es mala voluntad, sino que al final no te gusta ninguno de los prendidos que te hago. Me retas y llegamos por último a la mitad de la misa. Ya son cerca de las nueve y tendremos que irnos en carro.

-¿No está puesto el coche, entonces?

-Si papá nos dejó a pie otra vez. Esta mañana, al alba, se fue en él a la chacra.

-Buena cosa con el caballero mañoso. ¿No podía dejar para mañana su viaje a Los Guindos? No, tenía que ser hoy, que nosotras vamos a misa a la Catedral.

Betsabé, terminando de clavarse las horquillas entre su mata de pelo castaño, mueve por el amplio dormitorio Luis XV, su garrida estampa de 23 años, traqueteando entre la marquesa, los veladores, y la cómoda de curvas líneas y frágiles patas. Su hermana se abrocha las botas de alta caña.

-Por favor, Clotildita linda, búscame los alfileres y el prendedor de oro. Deben estar en el primer cajón de la cómoda.

-¡Qué cabeza de mujer! Nunca sabes donde dejas tus cosas.

Puestas ya la larga pollera de gros, y la blusa de cachemira de abullonadas mangas, Clotilde busca y rebusca por los desordenados rincones del mueble. Caen a la alfombra cintas azules, rosadas, lacres, medias negras, ligas celestes, blancos pañuelos de batista bordada.

-¡Apúrate, niña! Mira que puede volver la Guadalupe del Mercado y a mi mamá ocurrírsele que nos acompañe.

-Sería una «plancha» atroz, ahora que nadie anda con sus «mamas».

-Imagínate la cara que pondrían Sótero y Narciso.

-Sótero es tan «tipo» que seguramente no se nos juntaría en la Plaza.

A la misma hora, en aquellas lejanas mañanas octubreñas de 1900, los domingos, se producía idéntica escena de boudoir en los hogares de las trescientas familias santiaguinas que tenían coche a la puerta.

Pero no solamente los Domingos, sino todos los días de la semana el centro de Santiago se poblaba en las mañanas de cientos y cientos de figuras femeninas, de todas las edades y condiciones sociales, arrebujadas en el manto.

El extranjero que pisaba por primera vez las aceras de la ciudad, si no advertía el aire risueño y el parlotear agudo -siempre las chilenas han hablado en un tono de sopranos ligeras- de las santiaguinas que pasaban rumbo a la iglesia o volvían de ésta a tender a la Casa Prá, Burgalat, La Casa Francesa. Las Novedades Parisienses o la Casa Muzard, las grandes tiendas de lujo de la época, podía creer, al ver a todas las mujeres de negro por la calle, que se trataba de un luto nacional.

¿De dónde provenía, se preguntaba extrañado el viajero que en ningún otro país del mundo había visto a las mujeres ataviadas con prenda tan recoleta y sugestiva a la vez? A nuestros abuelos les era sin duda bien difícil explicar el origen del manto, porque en realidad es un misterio que ni los historiadores ni los cronistas antiguos han podido precisar. El único lugar en que se ha visto a las mujeres ir a los oficios divinos con una prenda semejante ha sido en Tarifa, aquella punta de tierra española que mira tan de cerca al África y que hiciera famosa, precisamente en los comienzos de nuestro siglo, «Los Sobrinos del Capitán Grant», una zarzuela de aventuras sudamericanas.

-¿Qué es aquella lucesita que brilla en lontananza, marinero?, -preguntaba en dicha obra el doctor Mirabel, en viaje a América, por boca de Pepe Vila, el actor que hizo reír a nuestros abuelos y a nuestros padres.

-El Faro de Tarifa, -le respondía con voz tonante el hombre de mar.

Como todas las cosas sencillas y agraciada, seguramente el manto tuvo un origen oscuro y humilde. El pueblo verdadero, en todas partes del mundo, tiene un recóndito sentido artístico. Fue él sin duda el que creó en Chile esta prenda un poco triste y austera como su alma. Si el teatro moderno nació en el templo, con los misterios, el manto fue creado, buscando la caracterización más adecuada para demostrar piedad y recato, por las devotas para entrar a la Casa de Dios. En todos los países latinos, hasta hoy día, se considera irreverente el penetrar a un templo con la cabeza descubierta. Las campesinas y poblanas españolas, francesas e italianas, se cubren la cabeza cuando van a visitar al Señor, y no lo hacen precisamente con sombrero, como acostumbran la burguesía y la aristocracia, sino con mantillas, tocas regionales y simples pañuelos de uso corriente.

Acaso el manto fue una derivación mística de los «tapados» que llevaban en la Colonia las mujeres, cuando querían ser incógnitas espectadoras de saraos y funciones públicas. En grabados de la época aparecen las sugestivas «tapadas» con pañolones negros de tejidos livianos. Se lo ponían sobre los altos moños, echándoselos sobre el rostro en forma tal que sólo dejaban al descubierto los ojos. A través de esa mirilla, las pupilas de nuestras tatarabuelas refulgían como carbunclos. Al menos lo aseguran los versos de un poeta romántico. Sin duda ese tapado falto de gracia y elegancia de líneas, por fuerza secreta de coquetería femenina, evolucionó hasta llegar a la envolvente livianura del manto.

¿Por qué no pudo ser la audacia renovadora de alguna señorona guapa -de ésas que habían estado en París de Francia y señalaban rumbos en las modas de mediados del siglo y a las que todo le estaba permitido por su posición social y su belleza -la que hizo posible la ascensión del manto de prenda plebeya a prenda aristocrática?

Al extender su dominio a todas las capas sociales y pasar del algodón a la seda, no cambió de color. Con maravillosa intuición las chilenas mantuvieron la severidad del negro, que fue el color del Greco y lo es en nuestro tiempo de Picasso; el negro del que Rafael Alberti dijo: «Dio su revés la luz, y nació el negro». Nuestras tatarabuelas pensaban muy bien que ése era el color del recato y la austeridad, el más apropiado para ir a rezarle a Dios.

Llevado por las cabezas airosas y los bustos provocadores, -el aire lo daba muchas veces el morcillón del peinado y lo provocativo residía en el corset con barbas de ballena -el manto se enseñoreaba en las mañanas de las calles santiaguinas. Jalonaban galantemente su paso los piropos de la «futrería» de hongo y chaquet que deambulaba por los portales de Sierra Bella de la Plaza de Armas; y el hechizo de sus plásticos pliegues, ocultando y sugiriendo al mismo tiempo los encantos femeninos, le inspiró ardientes y a la vez místicas estrofas, a más de un bardo de chambergo y melena.

Místico y profano a la par, el manto era prenda de difícil postura. Para prenderlo bien había que tener arte. En su complicada tarea se ejercitaba a diario el sentido estético de las santiaguinas. No hablemos de paciencia para lograr un prendido elegante, porque tratándose de realzar con adornos y tocados lo que natura les brindó, las mujeres la han tenido siempre infinita. El modelarlo sobre el busto, plegarlo alrededor del cuello, donde se le hacían los prendidos principales, y sobre todo el darle gracia a sus pliegues, ciñendo el rostro y a sus caídas sobre la pollera de amplio ruedo que descendía hasta el tobillo, requería además de buen gusto dedos ágiles y diestros. En la obra de donaire y coquetería, se empleaba una buena cantidad de alfileres de diversos tamaños y formas, desde el alfilerín de acero disimulado entre los dobleces hasta el prendedor o el camafeo que ponía su nota de oro o marfil sobre el pecho.

Ciñendo con su morbidez lo mismo la frescura de los rostros juveniles que la tez marchita de las matronas sexagenarias, el manto reinó más de medio siglo contra el europeísmo de ir a misa con sombrero. A veces era como un viento materializado en espumoso velo; otras, tenía apariencias de agua nocturna cristalizada por el aire de la mañana. En la penumbra de los templos nivelaba condiciones y todas, bajo su sutil

pesadumbre, eran sólo almas que rogaban al Señor. Eso sí que las damas de alcurnia y las gentes de la clase media únicamente usaban el manto hasta el mediodía. Las que lo usaban por la tarde eran pobres mujeres que ocultaban los zurcidos de sus descoloridas vestimentas o muchachas locas de su cuerpo, como las llamara el clásico, que vivían en las calles atravesadas, situadas al sur de la Alameda de las Delicias y se arrebujaaban en el manto para andar por el centro, sin ofender la moral pública, gazmoña e inflexible, de la época.

Respecto a la postura primitiva del manto, un comentario, que el tiempo se ha encargado de transformar en leyenda, dice que en los primeros años de su uso por las mujeres adineradas, éstas lo llevaban suelto sobre la cabellera, apenas prendido al busto y que el ceñirlo estrechamente al rostro, fue estratagema de una muchacha coqueta e ingeniosa que tenía una profunda cicatriz en una de sus mejillas. Se non é vero é ben trovato.

¿De dónde venían los mantos de gruesa seda, adornados con dragones chinescos y otros vestigios decorativos, usados por las señoras de respeto y los de vaporosa espumilla que se ponían las jóvenes casaderas? De París, pensarán, seguramente, las niñas de nuestros días que se tocan con caricaturescos sombrerillos afirmados ya en la base de la nariz o en la nuca, según la moda de cada año. En verdad, Lutecia imponía su tiranía en el vestir y el calzar al mundo femenino hispanoamericano; pero los mantos de calidad venían de mucho más lejos, nada menos que de la China.

Las cajas en las cuales los enviaban los fabricantes del Celeste Imperio eran verdaderas obras de arte decorativo. En sus tapas de laca, cuadrangulares, sobre fondos de paisajes con pagodas, puentes de bambú y sauces enanos, mandarines escarlatas divagaban con sus chinescas consortes, vestidas con floreadas túnicas de oro y rosa. Las figuras estaban modeladas en relieve y las cabezas eran de marfil.

Después de haber ceñido el rostro de muchas generaciones durante más de medio siglo, el pálido de las espiritualizadas damiselas que suspiraban leyendo las rimas de Bécquer, el de las buenas mozas que tenían en las mejillas dos rosas de salud y preferían los folletines de «El Ferrocarril» y el de las más modernas que soñaban con Pierre Loti, el manto fue perdiendo poco a poco el dominio de las cabezas femeninas. Las señoras y niñas snobs volvían de Europa asegurando que allá la gente bien iba a misa con sombrero. El hermano chileno de la mantilla española, luchó bastantes años con terquedad de criollo contra la ola europeizante. Tuvo sus gallardas defensoras que por su espíritu religioso y su amor a la tradición siguieron poniéndose el manto por las mañanas; pero al fin, el sombrero entró un día, no sin levantar una densa polvareda de agrios comentarios y críticas, a la Catedral de Santiago. Lo combatió la autoridad eclesiástica; más las audaces innovadoras triunfaron con el irrefutable argumento de que ya había sido aceptado nada menos que en San Pedro de Roma.

Abandonado por las elegantes, substituido en la calle durante sus paseos mañaneros por el sombrero a la moda, arrinconado en los templos ante la dominación de las cabezas tocadas con leves velos, el manto fue poco a poco cayendo en el desuso. Hoy se sobrevive llevado por raras viudas vergonzantes y alguna que otra de esas viejecitas humildosas, trajinantes de los barrios pobres, a las que tapa las cicatrices de la vejez y la miseria y los remiendos de los vestidos de tercera o cuarta mano.

Para las nuevas generaciones que van en camino de desterrar casi por completo el sombrero que sus madres lucen aún con ufanía, el manto es sólo una estampa evocadora que sirve para identificar en los viejos álbumes a la bisabuela que no conocieron. Con la cabeza cubierta por los negros pliegues, allí aparece erguida en sus veinte floridos octubres, sonriendo con una extraña expresión melancólica. ¿Por qué el tiempo entristece los ojos de los antiguos retratos de daguerrotipo? Es un misterio. En esos sarcófagos espirituales, el manto alterna con los peinados altos coronados por el peinetón, con la galera del dandy de la época portaliana y con el kepi de brin blanco que perpetúa la figura marcial del abuelo de levita azul y botas granaderas, con las que atravesó el desierto de Atacama en 1879.

Así, cumpliendo el destino inexorable de la mayoría de las prendas de adorno de uso femenino, el manto tuvo su época de esplendor, luego su período de decadencia y finalmente, quedó sepultado en el arcón de las curiosidades y reliquias familiares. De todas maneras, dado lo efímero de las modas y la inquietud de las mujeres para renovar sus atuendos de calle, el manto puede decirse que tuvo una larga y «encopetada» vida.

Aún después de haber desaparecido, todavía suele obtener silenciosas victorias. Las gana resistiendo favorablemente a las despiadadas apreciaciones que la gente joven hace de las modas de sus mayores. Cada generación venga a la anterior. A casi cincuenta años de su desaparecimiento, cuando las muchachas de hoy contemplan la fotografía de una mujer de manto, la encuentran una prenda curiosa, anacrónica, exótica, todo menos ridícula. No pueden dejar de reconocerle cierto encanto. Lo que no sucede con ninguno de los retratos de dama, con sombrero, tomados aunque sea diez años antes. No hay moda de nuestro tiempo que no resulte caricaturesca una década después de su apogeo. En cambio el manto se sostiene y resiste toda sonrisa. Es que tenía alma.

La Alameda de las delicias y las Pascuas de antaño

Nació, con nombre de égloga en el alba de la vida republicana, del cauce seco que fuera en los años de la Conquista el brazo izquierdo, amputado más tarde al Mapocho. La trazó primitivamente en el papel, la mano hecha para empuñar la espada, antes que mover la pluma del dibujante, del Director Supremo, General don Bernardo O'Higgins. Tiene por lo tanto sobrada razón para considerarse patricia.

Desde los remotos tiempos de la Colonia, siempre se llamó Cañada, sinónimo español de «quebrada chica». El nombre recuerda aquellos versos «sonrientes aguas, puras, cristalinas» y con árboles que estaban «mirándose en ellas». Aunque el pedregoso lecho era hasta el momento un sitio desprovisto de toda poesía, pues en él se botaban todos los desperdicios de la ciudad, don Bernardo, que tenía el ojo artista y visionario, decretó su transformación dando muestra, de que era un urbanista intuitivo.

Es grato imaginar que la transformación de la Cañada tal vez fue proyectada durante una de esas noches de insomnio -debe haber tenido tantas- en que O'Higgins meditaba solitario, frente a su escritorio, en la manera de quitarle a Santiago su achaparrado y estrecho aspecto

de poblachón. Haciendo rayas al dorso de un decreto dejado sin efecto, esas vagas figuras, esquemas y trazos en que el subconsciente guía la mano cuando la imaginación se pierde en divagaciones, de pronto el General oyó un lejano toque a maitines, luego le siguieron otros más cercanos. En el silencio campesino de la ciudad dormida, la voz aguda de las campanas conventuales llegaba claramente hasta la Casa de Gobierno. Con el feo rostro contraído, porque O'Higgins no tenía ese aspecto romántico con que lo han perpetuado falsamente las litografías, se quedó escuchando el llamado en la alta noche y tratando de identificar el timbre de cada uno de los bronces.

En aquella voz delgada, como de campana niña, que oía tan distante, el prócer reconoció a la del Carmen Alto, el convento situado junto al Huelén; la otra menos aguda, bien templada, era la de San Francisco frente a la calle de San Antonio; y la que sonó más cercana era la de San Agustín. De pronto, pensando en los cañadones que había visto en su juventud en España, le vino la idea: ¿por qué no terraplenar ese raro ancho cauce seco y plantarlo de álamos en ambas orillas, para convertir su centro en un paseo, ya que Santiago sólo tenía como sitio de expansión la árida Plaza de Armas con su Portal de Sierra Bella? Con la imaginación vio la extensa alameda que, partiendo de la iglesia de San Francisco, prolongaba su perspectiva hacia el poniente hasta llegar al camino de Padura, por donde había acudido en la tarde del 5 de abril de 1818 al campo de batalla de Maipú. Entonces, con mano febril empezó a trazar sin croquis. Había nacido la nueva Cañada.

En aquel tiempo primisecular en que los santiaguinos, empaquetados en sus chaquets domingueros, acompañados de las damas que vestían según el último figurín de Francia, subían con justificado orgullo ciudadano a los primeros tranvías eléctricos que corrían por su costado sur, desde la Estación Central a la Universidad de Chile, ya la Alameda de las Delicias estaba en franco desacuerdo con su poético nombre. No tenía un solo álamo que justificara la denominación.

Los álamos, habían sido arrancados cincuenta años antes por considerárseles muy coloniales, pasados de moda. También los árboles, por más que se enraícen en la tierra, sufren las veleidades humanas. En la época en que comenzamos esta vida privada de la Alameda, cuatro hileras de sombrosas encinas, corpulentos olmos y robles -en ambos lados del paseo central- la poblaban en toda su extensión. Paralelas a ellas corrían otras tantas acequias, canalizadas con ladrillos, que solían desbordarse como regueros campesinos y hacían necesaria la intervención de los «taqueros».

Estos constituían un cuerpo montado que mantenía la Municipalidad para deshacer los «tacos» que forjaban los desperdicios, ramas y cien otros desechos caseros que el vecindario echaba a la vasta red de acequias, por donde la capital se desaguaba. Armados de una larga pértiga que terminaba en un garfio de hierro, caballeros en pingos arrocinos, de orejas mustias y costillares salientes debido a los piensos interrumpidos por los llamados de todas las horas, los taqueros con los pantalones arrollados sobre las pantorrillas y con la espuela sobre el talón desnudo, galopaban avenida arriba y avenida abajo combatiendo los aniegos que solían convertir en lodazal largos sectores de la Alameda.

Bancos de piedra canteada marginaban, como guiones entre árbol y árbol, el paseo central. Eran de tales dimensiones que en ellos cabía holgadamente uno de esos prolíficos

matrimonios característicos de aquellos años de abundancia y fecundidad, que consideraban inmoral y poco patriótico el tener menos de una docena de vástagos.

En las mañanas de diciembre, cuando la Pascua se anunciaba con los duraznitos de la Virgen, la Alameda de las Delicias adquiría contornos rurales de camino de hacienda. Carretas con sus quinchas hinchadas de legumbres y verduras la recorrían al paso lento de sus bueyes; puestos de leche con tres o cuatro vacas y sus respectivos terneros, ofrecían a la sombra de los árboles el espumoso líquido «sin bautismo», a los transeúntes. El vaso valía cinco centavos; por otro cinco se le quitaba la crudeza a la leche agregándole un cuarto de jeme de cognac.

Argueneros con sus capachos colgantes a ambos lados de la alta enjalma, rebosantes de frutillas de Renca y guindas de los Bajos de Mena, mezclaban sus pregones frutales con la silvestre algarabía de los chirigües, diucas, chincoles y zorzales que brotaban de las ramazones.

Alternando con las niñeras, a las que nunca les faltaba un «lacho» de uniforme policial, solían ocupar los escaños unos paseantes solitarios que, después de saborear su vaso de leche al pie de la vaca, se sentaban a contemplar esa vida semi campesina con nostálgicos ojos. Eran antiguos hombres de campo, terratenientes en derrota que habían perdido sus rústicas heredades, en el tapete verde o en rumbosos viajes por las Europas, como se nombraba en plural al Viejo Continente. Allí se pasaban las horas aquellos botarates, admirando los troncos de las victorias y coches americanos que trotaban acompasados y sonoramente por el adoquinado de las vías exteriores y compensando, con estas visiones rurales, la necesidad de sombra verde y de rumor de aguas vivas que sentían sus espíritus de huasos trasplantados. Mirando pasar las carretas viajeras que volvían de la Vega rumbo a Maipú, Lo Espejo, Nos, Buin y Linderos, y hojeando, a lo entendidos, las «desnalgadas» de los caballos de los mayordomos en las boca-calles para dejarles el paso a algún landó florido de quitasoles, se ponían la invisible manta de sus pasados años y soñaban despiertos...

La Alameda contaba a principio de este siglo con los monumentos a don Bernardo O'Higgins, frente a la calle Nataniel; a don José San Martín, entre las de San Ignacio y Dieciocho; la estatua al abate Molina, que hoy está en Talca, frente a la Universidad de Chile. Los dos primeros estaban emplazados sobre vastas graderías de piedra canteada y rodeados de altas rejas. Las estatuas del General Freire y el General Carrera creo que son las únicas que conservan su ubicación primitiva. Más abajo, frente a la que se llamaba la calle del Colegio, hoy Almirante Barroso, se alzaba la estatua a la ciudad de Buenos Aires entre dos añosos pimientos de los cuales uno sólo existe. Donde actualmente sofrena su caballo llanero el Libertador Simón Bolívar, se encontraba el monumento a los escritores de la Independencia que hoy adorna con su columna de mármol la hondonada del Parque Forestal, que fue el lecho de la antigua laguna que había en ese paseo.

El monumento más representativo del estilo escultórico triunfante en la Exposición Internacional con que París -entonces se llamaba la Ciudad Luz- celebró el 1900, era la Fuente de Neptuno que surgía precisamente detrás de la estatua a Buenos Aires, en el sitio en que ahora se levanta el de los Héroes de la Concepción.

La Fuente de Neptuno era un vasto y cuadrangular espejo de agua cimentado a nivel del suelo, por cuya superficie avanzaba el dios de los mares en su carro tirado por una fogosa cuadriga de hipocampos, con su tridente en la diestra, barbado e imponente. En su estático galope los caballos marinos arrojaban espumosos chorros de agua por el hocico. El conjunto era impresionante, tenía fuerza y movimiento. Estaba de acuerdo con los gustos alegóricos de la época. Hoy día, seguramente, los estetas, en nombre de la nueva sensibilidad y del sintetismo de las formas en función del volumen dimensional -ahí es nada- lo habrían condenado por mitológico, detallado, efectista y teatral; pero en aquel tiempo en que imperaba el neo-clasicismo, realista y coruscante, los dómine de la belleza oficial encontraban al acuático grupo estupendo, precisamente por su verismo, su elocuencia y su sentido ornamental.

Todas las épocas han tenido su vanguardismo y todos los monumentos han tenido su época.

La canción del agua, brincando sobre los lomos de los hipocampos de hocicos espumosos, resonaba en el paseo con agrestes sonos, como si hubiera una cascada oculta bajo el carro neptuniano. El chisperío en los días de viento se le subía a las barbas al dios que, con su adusto ceño de marino avizor, se erguía tal un cantante de ópera presto a atacar la romanza de compromiso. En este caso habría sido la invocación de «Adamastor re dell'onde», de Vasco de Gama, en «La Africana».

La Fuente de Neptuno, en los primeros lustros del Novecientos, fue estupefacción de los provincianos que venían a Santiago a pasar el Dieciocho y punto de cita de muchas parejas amorosas. El amor al borde del agua. Junto al murmullo incesante, galanes que hoy tal vez no quieren acordarse que también ellos fueron románticos, ofrecieron el primer ramo de violetas y recibieran en agradecimiento una ruborosa sonrisa, tan espontánea y linda que ninguna actriz cinematográfica sería capaz de imitar.

Después de navegar inmóvilmente durante varios lustros, la desidia municipal, en un verano más prolongado que los de costumbre, privó a la fuente de su alma. Es decir, le cortó el agua. Probablemente porque la politiquería tenía a la ilustre corporación con ella hasta el cuello. Pronto el vandalismo latente en el palomillaje santiaguino empezó a mutilar el grupo escultórico. Los caballos se amansaron al perder sus crines y algunas de sus patas; Neptuno apareció una mañana sin tridente y otra amaneció con el hercúleo brazo indicador de la ruta, amputado. En seco y mutilado, el carro con el dios y su cuadriga era una caricatura de monumento. Sólo Neptuno conservó hasta sus últimos días una digna apariencia de filósofo griego. Con ella se fue una mañana en un carretón de los servicios de aseo, seguramente para ser subastado como bronce viejo en algún remate municipal.

Los grandes días de la Alameda de las Delicias eran, sin paradoja, la Noche Buena y la de Año Nuevo.

La Pascua llegaba a sus avenidas como una moza bullanguera, coloreada de percalas florales y aromosa a claveles y albahacas.

Desde la calle de la Bandera hasta las proximidades de la Estación Central, ruta obligada de los empascuados, toda la Alameda era una abigarrada sucesión de fondas criollas, de puestos con monos de greda, alfarería rústica de Talagante, de otros colmados de duraznos pelados y cerezas, cocinerías improvisadas, con sus fogones hechos de tarros parafineros, neutralizaban a trechos con el olor de la fritanga -pescado frito y empanadas- el perfume primaveral de frutas y yerbas; ruedas de la fortuna y horóscopos de vida y organilleros con caturras amaestradas le entregaban la felicidad al transeúnte por diez centavos, impresa en hojas verdes, azules, rojas y amarillas; y cien negocios más de trampa y picardía atraían la atención de la multitud.

Reinaba un desorden de feria más aparente que real. La tradición, que hacía respetar una norma municipal, le tenía fijado sus sectores a cada índole de negocio. La Alameda era un dilatado muestrario de costumbres populares, en que el campo y la ciudad se daban un estrecho abrazo folklórico.

Desde Bandera hasta San Martín, el espacio pertenecía a las industrias artísticas del pueblo y a las ventas frutales. Ahí no se escuchaba rasgueo de guitarras, agudas notas de cantoras típicas ni entrechocar de vasos. Era éste un sector tranquilo y que olía bien. En medio de cierta paz de noche pueblerina, a la luz de los candiles, lucía el barniz de las toscas figurillas de barro cocido y las ollitas modeladas por las loceras talagantinas. La colección de tipos y de escenas criollas, era todo un arte de imaginería profana y primitiva que brillaba en los «Nacimientos» del Niño-Dios, y revelaba el sentido ingenuo y caricaturesco de sus creadoras.

Sobre campo de hule, mantel inamovible de las mesas artesanas, como en un llano de rodeo, se agrupaban huasos de rígidas mantas, jinetes en hieráticos caballos de todos los pelajes y algunos más descubiertos por el ojo surrealista de sus modeladoras -overos berenjena con zanahoria, «apesetados» azules en fondo verde sandía-; repolludas campesinas con sombreros enflorados y quitasol iban sobre las ancas; fruteros y lecheros, también montados, entrechocaban las árguenas con los tarros de leche.

Componiendo escenas típicas, grupos de cantoras con arpa y vihuela animaban una silenciosa y extática cueca que bailaban un roto «afutrado» y una chicuela de moño en la nuca y carnosas pantorrillas. Heladeros con sus botes sobre la cabeza y tortilleros con sus canastos al brazo contemplaban el baile; y más lejos, una vieja barrigona sacaba empanadas del horno.

Desde el sitio en que estaba ubicada la estatua del General San Martín hasta el Portal Edwards, se extendía el tolderío de las fondas, las cocinerías y los mesones de Baco. Bajo las encinas y los olmos, acampaba todo el Santiago suburbano, compuesto de pícaros y gente de sandunga.

Las dueñas de fondas se trasladaban a la antigua Cañada con camas y petacas y su espíritu de remolienda. Allí permanecían desde el medio día del 24, en que comenzaba la instalación de los salones al aire libre, hasta el 1° de enero, enlazando con una guirnalda de una semana de jolgorio la noche de Pascua con la del Año Nuevo.

del paso máuser, ay sí,
no digo nada,
me doy la media vuelta
paso'e parada...

Los rumores de la parranda colectiva se confundían con los aires zarzuelescos de los carruseles, que molían en sus organillos La Mascotta, La Marcha de Cádiz y La Gran Vía y con los pregones de los vendedores ambulantes de flores y yerbas perfumadas:

Claveles y albahacas
pa'las niñas retacas.
Orchata con malicia
pa'las niñas novicias.

En «La Regalona», la diva de la fonda, en un paréntesis de canto puro hacía gorgoritos con su aguda voz de soprano autóctona, interpretando «El Puente de Cupido»:

En el río del desdén
un puente tendió Cupido,
con barandillas de celos
Y atravesaños de olvido.

Este puente fue construido
por una solicitud
Y tiene por consabido
los lazos de ingratitud.

Las notas finales de la cantora se perdían en una gran algazara, la gente dejaba en un minuto vacía la fonda y corría en tropel hacia la cercana Fuente de Neptuno. ¿Qué pasaba? No debía ser cosa de sangre, una de esas peleas a cuchillo que enrojecen los regocijos populares, porque se sentían carcajadas y gritos agudos y regocijados de mujer.

-Bueno con el futre loco, niña.

Un pije empascuado, de jipijapa, corbata de mariposa y jaquet, galopaba sobre uno de los caballos del carro de Neptuno. La multitud desde la orilla le celebra el buen humor. Abriéndose paso por entre el enjambre de cabezas, aparece el kepí de un guardia de policía.

-¿Qué está haciendo ahí, señor?

-No ve que me caí. Me tuve que subir a este pingo pa'no ahogarme.

-Sálgase. Ya está güeno pa'tandas.

-No puedo. Venga a sacarme Ud. La autoridad debe auxiliar a los ciudadanos que se encuentran en peligro de muerte.

Un coro de carcajadas irónicas se desgrana a cada contestación del chusco. El «paco» comprende la inutilidad de sus palabras y le advierte antes de dar media vuelta:

-Voy a ir a buscar a mi sargento.

Cuando vuelve al poco rato, ya el futre se ha desmontado de su fresca cabalgadura y abandonado la fuente, perdiéndose con sus amigos entre la muchedumbre.

Era éste uno de los innumerables episodios que encendían el regocijo de la noche pascual y que se sumaba al del «palomilla» que hacía «perro muerto», desapareciendo entre el gentío perseguido inútilmente por los gritos de la dueña de la cocinería:

-¡Palomilla tramposo! ¡Atájenlo, que no me ha pagado la cazuela!

En la noche del 31 de Diciembre, que muchas fondas esperaban sin moverse de su «piso», acampadas en gitana promiscuidad, se animaba otra vez con parecidas escenas el vasto fresco de la Alameda «enfiestada» en espera del Año Nuevo.

De nuevo el confuso rumor humano y la polvareda sutil, se entremezclaban y esparcían por el aire impregnado de los más opuestos olores. Aroma de los claveles y la albahaca, perfume de monos de greda, junto con el poco grato olor de la grasa chisporroteante en las sartenes donde se doraba el pesado y las empanadas fritas.

Al sonar el cañonazo del Santa Lucía, se desataba a lo largo de las veinte cuadras de fondas, ramadas, cocinerías y ventas de ocasión, por parte de los hombres, un irrefrenable impulso de desearle feliz año nuevo en la forma más afectuosa a todas las hembras que encontraban a su paso. Estas, a su vez, aunque protestaban entre ofendidas y pudorosas, se dejaban estrujar sensualmente a la sombra de los árboles por los machos enardecidos. No quedaba una sola mujer, por vieja y fea que fuera, sin ser abrazada y besuqueada innumerables veces.

Las niñas decentes que querían dar su vuelta por la Alameda en esta noche, tenían que salir con una fuerte escolta masculina. A pesar de todo como los pijes y los rotos andaban soliviantados, los escoltadores de las niñas tenían que defenderlas de los abrazos a bastonazos y trompadas. No faltaba la señora viuda y desaprensiva, que se aventuraba a esperar el cañonazo en medio del paseo, sola con sus pimpollos. El grupo de mozalbetes que había seguido a las muchachas durante toda la noche, se lanzaba al asalto de éstas junto con el estampido que anunciaba el nuevo año. La digna matrona, confundida en el entrevero de sus niñas con los galanes, solía caer a alguna de las acequias de tajo abierto, perdiendo en el accidente la capota con lazos anudados bajo la barbilla y mojándose el vestido de gros, restos de antigua opulencia.

Así, entre cuecas sandungueras y abrazos no siempre sin consecuencias, entre Pascua y Año Nuevo se perdían muchas «niñas de la mano», transcurría la noche en la Alameda, hasta que el lucero del alba empezaba a hacer guiños sobre el cielo de la cordillera.

Apogeo y decadencia del Portal Edwards

¡Viva la Alianza Liberal!

Al filo de la media noche, después de haber comido donde Gage, los futres, con el vino alegre y doctrinario, salían a alborotar a la calle. El «Restaurant Gage», haciendo honor a su nombre francés, era por aquellos años el sitio donde mejor se comía en Santiago. Estaba situado en la calle de los Huérfanos junto al actual teatro Miami que en ese entonces se llamaba Royal. Sus comedores, decorados al estilo rococó, eran un criollo remedo del buen tono y la discreta elegancia de los viejos restoranes de los bulevares parisienses.

En la acera mientras el grupo de noctámbulos, nietos de los calaveras que describe Blest Gana en sus novelas, discutía a grandes voces a dónde ir a «seguirla». Unos querían ir a «remoler» y otros más espirituales eran partidarios de escuchar buena música en ambiente más artístico. El tenor de la comparsa arremetía a toda garganta con la romanza del último acto de «Tosca», la ópera de Puccini que acababa de estrenar en el Municipal el tenor Giraud.

-Oh dolci baci, languide carezze...

Al llegar a la nota de compromiso el Cavaradossi de hongo y americana de cuatro botones, cortaba bruscamente la frase y gritaba:

-¡Cochero..., cocheeero!.

Sólo el eco devuelto por la férrea fachada de la Casa Prá respondía al llamado en la desierta cuadra, alumbrada melancólicamente por los faroles a gas. El guardián de punto en la esquina de Ahumada, para no verse mezclado en la probable marimorena que iban a armar los «licoreados» jóvenes de la crême, al escuchar las primeras manifestaciones de euforia, se había escurrido filosóficamente por la orilla del Hotel Oddó hacia la Plaza de Armas. Sabía, por experiencia propia, que los futres no respetaban a la autoridad y como todos tenían santos en la corte -el que menos era sobrino del Intendente -era inútil llevarlos presos.

-¡Cochero..., cocheeero!

Algún tranquilo señor que regresaba de la última tanda del Teatro Santiago, donde Pepe Vila hacía las delicias de los santiaguinos representando «Viento en popa», «La Marcha de Cádiz» y «El Terrible Pérez», daba un prudente rodeo por la calle de las Agustinas para evitarle a su esposa los criollismos subidos de color de la comparsa de alborotadores.

-¡Victoria..., Victoriaaaa!.

Como no aparecía ningún carruaje, salía del grupo una lírica sugestión:

-Oye, Cavaradossi Balmaceda, llámalo con música de la «Tosca».

Sin hacérselo repetir, el atenorado futre atacaba la frase célebre del héroe pucciniano cuando delante de Scarpia celebra el triunfo de Napoleón en Marengo.

-¡Vittoria...! -luego una octava más alta -¡Vitto... un gallo le quebraba la vinosa nota!

-¡Estupendo! Me pareció estar en el Municipal oyendo a Giraud.

-No seas profano, ñato.

-Si no ha sido por la voz, sino por el gallo.

Por fin, allá en el fondo de la calle junto a Estado, se despertaba un viejo cochero que dormía sobre el pescante de su victoria arrebujado en su poncho. Después de prender los faroles, con algunos enérgicos tirones de rienda y unos latigazos despabila a la pareja de pingos que parten con un trote somnoliento, en dirección a los noctámbulos.

El carruaje era tomado por asalto.

-¡Cómo te va, viejo Morfeo!

-Güenas noches, patrón.

-¡Vámonos! «a la Dumont», niños, -exclamaba, tratando en vano de montarse en uno de los caballos, el que demostraba de una manera inequívoca que el Chateau Laffite se le había subido a la cabeza.

-Más mejor que se vaya adentro, don Rafaelito.

-¡Ah! Me conocís liberal.

-Como no lo voy a conocer, cuando lo he llevado tantas veces «malito» a su casa.

-Bueno; tira pa'Eleuterio Ramírez.

-No; vamos primero a oír a las Damas Vienesas.

-Sí. ¡Tira para el Portal Edwards!

Tal vez, o sin tal vez, los representantes de las nuevas generaciones de trasnochadores que suelen pasar, por casualidad, en la alta noche por frente al Portal Edwards y contemplan su obscura soledad provinciana, no se imaginan que bajo esas lóbregas arcadas de estilo italiano ochocentista estuvo radicada, hace siete lustros, la alegría nocturna del Santiago que recién empezaba a despertar a la vida europeizada y galante.

Lo que le dio auge y concentró en ese extremo de la ciudad, como se consideraba en la época al barrio de la Estación Central, a todos los amigos de la traspasada con música fue la construcción del Teatro Politeama en el fondo del Portal, separándolo de éste por una calle y la instalación bajo las arcadas, mirando a la Alameda, del Casino de Bonci. Como todavía subsistían los viejos prejuicios postcoloniales de que el noctambulismo era una costumbre pecaminosa, el Portal Edwards se convirtió en sitio prohibido para las personas serias y honestas.

Por lo tanto obtuvo de inmediato el favor de la gente juerguista y peripatética. Empezaron a circular por los hogares santiaguinos, en voz baja, picarescas historias sobre lo que sucedía después de la una de la madrugada en el Casino y sus alrededores. Se susurraba que ni en París se veía descoco semejante. Era lo que faltaba para que se transformara en el sitio de moda.

La vida galante criolla que hasta entonces se había desarrollado en escenarios de calle atravesada, en salones «reservados», de la noche a la mañana tomó un ritmo europeo y salió a la calle, mejor dicho, llegó a «bulevardear» al pasaje que va de la calle Unión Americana a la de Bascuñán Guerrero; y el barrio Estación que sólo había escuchado los nostálgicos pitazos y los resoplidos asmáticos de las locomotoras, empezó a vibrar con los aires de las operetas vienesas y las revistas españolas y se vio de pronto invadido por un gentío más o menos elegante y cosmopolita, adquiriendo una actividad nocturna que el centro nunca había podido conseguir. Para no ser menos que la Plaza de Armas, también tuvo retretas vespertinas. Las bandas de los regimientos Buin y Pudeto y el Orfeón de Policía, rivalizaban sonoramente en el kiosco de la gran arteria capitalina, frente al vasto edificio. Las tocatas que llenaban de sonos marciales el barrio, tres veces por semana, eran como la compensación social que se le daba a la pequeña burguesía y al pueblo que se acostaba temprano.

Otro factor que también influyó positivamente en la prosperidad del Portal Edwards, fue el Hotel Royal que se instaló en el interior del pasaje central. «Hotel moderno con agua corriente en todos los departamentos», como rezaban los anuncios, que empezó a arrebatarle los viajeros provincianos al de Francia y al Oddó, que eran los principales de Santiago.

Todos los huasos ricos y funcionarios públicos que llegaban del sur, se alojaban en el Royal. Venían de la vida mansurrada de los pueblos y del silencio verde de los campos, el bullicio del pasaje los atraía y por las noches se quedaban dormidos con la vaga sensación de que no estaban en Santiago, sino en una capital europea, al escuchar el moscardoneo humano de la gente que salía del Politeama y la música de la orquesta del Casino.

Era a principios del 1910. Chile entero se preparaba para celebrar el centenario de su emancipación política y Santiago se aprontaba para echar la casa por la ventana y el alma patriótica por la puerta. El Portal Edwards vivía sus noches más gloriosas. Por la clientela de damas tocadas con sombreros a lo Van Dyck con plumas lloronas, blusas de mangas abullonadas, ceñidas a reventar seda -imperaba el talle de avispa- y polleras de amplio ruedo encarrujado, y de caballeros de chaqueta de colores claros, grises, café con leche, jipijapas a la Santos Dumont y botines de charol; y por los vibrantes aires de opereta que

salían a bocanadas del Casino, el sitio parecía un rincón vienés, incrustado en el corazón del barrio Estación.

El Casino de Bonci fue la primera pastelería con característica de café concert, al estilo del Viejo Mundo, que se atrevió a abrir sus puertas en la capital. Su salón iluminado «a giorno» -era la expresión de la época- con las primeras instalaciones de luz eléctrica, estaba revestido de espejos en cuyas lunas, como en una mágica luminaria, se multiplicaba innumerablemente el fulgor de las ampolletas vestidas con las faldas de cristal de las tulipas.

Hasta la medianoche, aún se veían donde Bonci padres de familia con sus honestos hijos tomando helados con barquillos; pero cerca de la una de la madrugada, empezaba a llegar el público que había concurrido al Politeama y los parroquianos del centro más o menos achispados. También hacían su entrada, algunas hetairas criollas de rumbo y queridas elegantes acompañadas de sus ufanos galanes. El ambiente cambiaba de aspecto humano. A la compostura de ademanes y a las conversaciones en voz baja de la clientela anterior, sucedían los gestos llamativos y las risas ruidosas de las damas recién llegadas y los desplantes amatonados de sus acompañantes. El salón, poblado de pequeñas mesas de mármol y sillas de respaldo metálico, vibraba con las cadencias voluptuosas -así se las adjetivaba entonces- de los vales de Straus, Gilbert y Lehar, los autores de las operetas en boga, que ejecutaba la Orquesta de Damas Vienesas. Pero éstas, merecen párrafo aparte.

Las Damas Vienesas eran la sensación del Casino. Con su maestría musical -cada una de ellas era una magnífica instrumentista- y sus cabelleras rubias más o menos auténticas, levantaron polvareda entre los tenorios de 1910, muchos de los cuales que hoy son respetables abuelos, disimularán la nostalgia de aquellas noches con una grave carraspera y la frase de puntos suspensivos: ...¡Cosas de la juventud!

Esas violinistas y celistas que tocaban sonriendo y que una vez concluidos sus números, pasaban con aires recatadamente desenvueltos entre los piropos de la afiebrada concurrencia nocherniega, le quitaron el sueño a muchos santiaguinos. Vestían unos vaporosos trajes blancos de gasa «chambery», que sólo dejaban ver sus insinuantes escotes y sus rosados brazos de aldeanas; una banda azul les cruzaba el pecho, como defendiendo con su místico color la castidad de sus portadoras. ¡Cómo tocaban el Danubio Azul! Los hacendados de Colchagua y Curicó que hacían sus escapatorias extraconyugales a la capital, encontraban que las «gringas hacían hablar a los instrumentos». ¡Quién las hubiera llevado para un rodeo!

A la una y media de la madrugada la cosa estaba que ardía donde Bonci. Todo el mundo se sentía un poco embriagado más que de alcohol, de la euforia que palpitaba en el ambiente. Ellos acercaban las guías de sus retorcidos bigotes al rosado caracol de las orejas de sus damas y éstas reían hasta mostrar el diente de oro. Los taponazos del champaña fusilaban las tulipas de las luces. El recinto parecía el escenario de un segundo acto de opereta. Ya habían llegado las artistas y los actores de la Compañía que actuaba en el Politeama y los noctámbulos elegantes, de apellidos de etiquetas de vinos. También solían aparecer a esa hora escritores, pintores y periodistas que entonces ocupaban, con sus nombres, el primer plano de la actualidad literaria y artística.

De vez en cuando aparecía de capa y chambergo, con su andar claudicante, la figura del poeta Antonio Bórquez Solar en compañía de Manuel Magallanes Moure que lucía su barba morisca; o se asomaba la ciranesca nariz de Armando Hinojosa, el cáustico humorista que dirigía «Sin Sal», una especie de «Topaze» de la época. Un cliente asiduo, que casi noche a noche dejaba oír su voz grave y elegíaca, era aquel bohemio colombiano, que se llamó Claudio de Alas. La nota erudita la ponía don Enrique Nercasseaux y Morán, catedrático de asombrosa memoria, que aparecía de vez en cuando; y la montmartresca, el escultor Coscolla que vestía casaca de terciopelo y pantalones a cuadros ajustados al tobillo. Era un español de rostro nazareno y larga melena, diestro imaginero, que a fuerza de modelar cabezas de santos había concluido por parecerse a ellos. El dandysmo estaba representado por Gustavo Balmaceda, con su estampa de Brumel y su sonrisa displicente que en el fondo ocultaba un desencanto incurable; así como la seducción galante la encarnaba Adela Cazarete, que trastornara el seso desde Ministros de Estado para abajo.

Hoy todos ellos no son sino sombras de un pasado santiaguino próximo en el tiempo, pero muy lejano en el espíritu.

El «clima» artístico mundano, al que inyectaban melodiosa euforia las hijas del Danubio, solía alterarse algunas noches en forma belicosa. Había algunos escándalos gordos. Ya era un parroquiano al que con los principios de la «mona» se le ponía el vino agresivo, y le afloraba desde el concho de su psicología el antepasado aborigen; o ya era una Desdémona de cité la que con sus complacencias a las insinuaciones de un futre «levantador», provocaba el incidente.

-¡De un soplido soy capaz de matar a todos estos pijes que hay aquí! -exclamaba parándose en medio del salón, con aire de perdonavidas, el lejano descendiente de Michimalonco.

Una provocación semejante no podía dejarse pasar sin una respuesta del mismo calibre.

-¡Hocico te sobra, roto botado a gente; pero parece que te va a faltar resuello!

-Como el señor va a necesitar mucho aire para cumplir su promesa, es mejor que se vaya a tomarlo afuera -observaba un chusco.

Con la salida zumbona y las risotadas generales, el matón se sentía corrido y se apaciguaba sin que el asomo de camorra prosperara. Pero cuando el asunto era por cuestión de faldas, o mejor dicho de ojos, la trifulca no la evitaba nadie.

-Ese tipo que está al frente, me tiene nervioso, Violeta. Hace rato que está con sondistas para acá.

-¿Y yo que culpa tengo?

-Es que le estás chichoneando.

-Ya empezaste con tus celos. No se puede salir a ninguna parte contigo. No la puede mirar nadie a una, sin que tú no pienses mal.

-Como si yo no te conociera. ¿No ves? Otra vez te hizo un gesto.

-Yo no me he dado cuenta.

-Yo, sí; y al tiro voy a aclararlo.

-No seas tonto, Arístides. Te vas a poner en ridículo. A Arístides le importaba un pepino el ridículo y resueltamente se dirigía al don Juan.

-¡Qué se ha figurado el muy imbécil? ¡Hasta cuándo le va a estar guiñando el ojo a la señorita?

-Hasta que me mejore. Es un tic nervioso que tengo.

-Vea modo de que se le quite porque si no, yo lo voy a sanar con un par de sopapos.

-Prefiero ir a ver a un médico, Ud. no me inspira confianza.

-Salga a la Alameda, si es hombre.

-¡Uy, uy, qué miedo!

-No le haga juicio, no pelee mi hijita -interveníá la causante del altercado, haciéndose la que lamentaba la cosa; en el fondo, muy complacida de la actitud de su hombre.

-Hace bien en disuadirlo de su locura, porque si se me acaba la paciencia y me paro, no le respondo de su nariz.

-¿Tipo de m...?

En el preciso instante en que de varias mesas se pedía más cultura, una bofetada del Otelo con chaleco de fantasía, hacía rodar con silla y todo al desprevenido tenorio y se armaba la marimorena. Rodaban botellas y mesas y el centro del salón se transformaba en un ring. Pelea a la criolla, sin finteos, a pura «tupida». Las damas lanzaban agudos gritos como si un tropel de ratones se les hubiera subido por entre las faldas; pronto los amigos y simpatizantes de los peleadores también intervenían en la lucha. La concurrencia se dividía en dos bandos y la pelea se hacía general. Nadie sabía a quien le pegaba, pero todos los hombres enardecidos por la atmósfera bélica lanzaban golpes a diestra y siniestra. Un espejo se hacía trizas por un botellazo mal dirigido. Algunos golpes locos daban precisamente en las narices y ojos de los parroquianos más serenos y que se habían levantado con el propósito de separar a los contrincantes y restablecer la calma. La llegada de la policía ponía término a la gresca.

La comisaría del barrio, con mucho tino y previsión, mantenía siempre destacados en la cuadra del Portal a sus guardianes más fornidos. Para los representantes de la autoridad era tarea ardua el establecer quien había sido el iniciador y culpable del bochinche. Apaciguados los ánimos, y pagados los cristales rotos, satisfechos con las bofetadas, los golpes dados y también con los recibidos, todos deponían sus arrestos pugilísticos y nadie reclamaba de nadie. Los interrogatorios no daban ningún resultado. Oyendo las declaraciones de ambos bandos se creería que aquello no había pasado de ser un entretenimiento, un poco brusco si se quiere, entre amigos.

Era la reacción varonil tácitamente establecida por la psicología nacional. Ante la perspectiva de ir a pasar el resto de la noche en chirona y admirándose unos a otros la bravura para dar y recibir bofetadas, no era raro que los contendores, después de darse mutuas explicaciones, concluyeran finalmente bebiendo juntos en la misma mesa.

Y como si no hubiera pasado nada, el alba sorprendía a todos jurándose amistad eterna ante las últimas botellas. Cantando «Frou-Frou», la canción que hacía furor por aquel tiempo, salía la comparsa camino de Gachón, la casa de cena de la calle Eleuterio Ramírez, donde los noctámbulos comían la tradicional cazuela de ave de la amanecida.

No todo era diversión frívola ni música vienesa en aquel lugar que mantenía el cetro de la nocturnancia santiaguina. Bajo sus arcadas también latía la vida intelectual. Entre el prosaísmo de tiendas, mercerías y baratillos, la librería de don Emiliana d'Alençol era el cenáculo de un grupo de poetas que vivía en los aledaños del Portal. ¿Habría que decir que tanto el dueño como sus contertulios todos soñaban con la gloria literaria? D'Alençol, hermanando lo práctico con lo espiritual, unía a sus actividades de librero las de escritor.

Además de publicar sus obras propias, editaba las de sus amigos para ayudarlos a salir del anonimato. Desgraciadamente los pequeños volúmenes, repletos de ilusiones vivieron lo que las rosas, el espacio de una mañana, en la vida literaria de esos años. Generoso en todo sentido, el editor festejaba con frecuencia a sus cefradas con unos rociados ágapes, a los cuales asistían representantes de la bohemia de otros barrios, en el Restorán Atenas, el mismo que todavía está en la calle Bascuñán Guerrero y cuyo propietario era un ciudadano griego de apellido Karabao. De aquí el helénico nombre del establecimiento.

Todas las páginas que escribieron aquellos muchachos que no alcanzaron sino la gloria de sus propios aplausos, se hundieron en el limo triste de los libros que nadie recuerda. El único título que persiste es el del restorán, que fue la novela vivida por su juventud de aprendices de escritores.

El último sobreviviente de la época de oro del Portal Edwards fue el Teatro Politeama. Su nombre flameó como una bandera alzada sobre el postrer baluarte de la opereta vienesa y la revista española. Oculto allá en el fondo de la galería central, calle por medio con el edificio que ocupa toda la manzana, asistió al desbande de la gente trasnochadora y de las huestes de la farándula, como un viejo tunanteó venido a menos que se hubiera refugiado en el último salón de su casa, misantrópicamente. El Politeama no era un teatro de lujo, pero tenía carácter, el que le habían impreso las grandes compañías que en su escenario, el más amplio después del Municipal, estrenaran muchas obras de duraderos valores. Allí tuvo

sus más sonoras noches de triunfo la auténtica revista española, gracias al empuje artístico de las huestes de aquellos generales del género que se llamaban Quinto Valiere y Manuel Panela.

Aún el batallan, -que es a la antigua revista lo que una fotografía psicalíptica a un estudio de desnudo al óleo-, no había bastardeado el género con su disfrazada impudicia de cocota con pujos estéticos.

Cuando Elogio Velasco, un empresario como ya no se encuentran, levantaba el telón de sus espectáculos, un fresco hálito de cármes floridos y un vibrante son de coplas y cantares de la tierra andaluza se esparcía por la sala.

La opereta de ambiente cosmopolita, con sus príncipes de utilería y sus heroínas de café concert, pasó por ese tinglado a los compases danubianos de Óscar Strauss, Franz Lehar y Leo Fall cantados por los tenores y sopranos de Caramba Sconamiglio y de Marchetti. También cruzaron sus tablas los pasos atáxicos de José Tallaví en el Osvaldo de «Los Espectros» y el empaque de capa y espada de Miguel Muñoz en «Traidor, inconfeso y mártir».

Destinado a sala cinematográfica en los últimos años, el Politeama nunca se conformó con que el lienzo de la pantalla, lo mismo que una mordaza, tapara la embocadura de su escenario hasta que el 10 de febrero de 1941, un incendio lo dejó convertido, como era en su mayor parte de madera, en un montón de cenizas.

Se dio esta versión al vulgo, porque la verdadera era imposible que la creyera. En realidad el Politeama se suicidó. Sí, como lo estáis leyendo. Al ver la decadencia del Portal Edwards, consciente de que nunca más volverían sus noches gloriosas, el viejo tinglado venido a menos no quiso sobrevivir a su pasado esplendor y ardió por combustión espontánea.

La Recoleta, ciudad de provincia

Hay gente que cree que la Recoleta siempre ha sido un barrio de Santiago. No es posible que semejante afirmación municipal, valedera sólo desde el año 1910, año crucial de su separatismo, siga hecha carne en el convencimiento de los santiaguinos y altere la verdadera historia de la vieja barriada.

Hasta el centenario de nuestra independencia nacional, la Recoleta llevó una vida completamente provinciana. Ningún otro barrio fue tan separatista, ni la misma Cañadilla, su hermana. Esta, al vivir separada del verdadero Santiago por el Mapocho, igual que ella, por ser el camino de salida hacia el norte y los Andes, siempre tuvo ese vínculo intenso de los viajeros y los caminantes.

Desde su origen, confundido con el primer alto de las huestes de Don Pedro de Valdivia en el verano de 1541 junto al río, hasta su reconocimiento comunal en los primeros tiempos

republicanos, hizo vida independiente del centro de la ciudad. El espíritu de cohesión regional de sus habitantes, la tolerancia mutua en materia de ideas políticas, y sobre todo, el bastarse a sí misma en su vida material, hizo que la Recoleta adquiriera definidos y fuertes contornos propios.

Por su misma conformación urbana, limitada al sur por el Mapocho, al oriente por el cerro San Cristóbal, al norte por el Blanco y al poniente por la Chimba colonial, con sus quintas y su avenida central poblada de ramadas la mitad del año, la Recoleta adquirió los caracteres de una vida aparte. Como tal, vivió separada del casco de la ciudad por varios kilómetros de orgulloso aislamiento.

Contribuyó enormemente a desarrollar el resentimiento regional el que los dos cementerios de Santiago, se situaran en sus extremos, apartándolo así, como a un barrio de mortal olvido. Pero la Recoleta contrarrestó la condena de fúnebre tristeza con los huertos floridos de sus quintas, las almenadas murallas de su cuartel militar, donde el Regimiento Buin vivió casi medio siglo, la torre con reloj que aún canta las horas de la Recoleta Franciscana y las románicas columnas de la Recoleta Domínica.

Sin ni siquiera soñando, fue el mismísimo don Pedro de Valdivia quien predeterminó el aislamiento pueblerino, terco y ufano, en que había de desarrollarse la vida de la vieja Chimba hasta la primera década de nuestro siglo. Desde aquel legendario 12 de febrero de 1541 -legendario porque en realidad, el Conquistador llegó al valle del Mapocho en diciembre de 1540-, quedó sellado el destino provinciano de la orilla izquierda.

En aquella mañana, el Capitán extremeño pasó largas horas oteando desde el roquerío del Huelén la llanura boscosa. Esto no lo detalla la historia; pero es fácil imaginarlo dada la trascendencia del acto que iba a ejecutar. Luego, con su espada que había resplandecido bajo el sol de las llanuras lombardas, trazó en el suelo un croquis del futuro Santiago del Nuevo Extremo. Entre los dos brazos del río ubicó los rectángulos de las manzanas, dejando de lado la parte montuosa que se extendía más allá de la ribera norte del curso principal del Mapocho. Valdivia dejó ese brazo caudaloso y bravío como la natural defensa norteña de la naciente ciudad.

Por eso, la gloria de la fundación de la Chimba no pertenece a Don Pedro. Fue su abnegada compañera de epopeya, doña Inés de Suárez, la que con su piadoso retiro que abandonó para casarse con don Rodrigo de Quiroga, dio origen al nacimiento del lejano caserío que, andando los años, se convertiría en barrio de la ciudad.

No busque el lector este pasaje en las rígidas crónicas del tiempo. Esto no lo consignan los historiadores porque, como en su afán de veracidad sólo se atienen a los hechos concretos que fluyen de los documentos, no penetran en la otra realidad, la mágica, que muchas veces cuenta tanto como aquéllos para delinear a los personajes psicológicamente y darle plasticidad al medio en que actuaron.

¿Por qué no se me ha de permitir a mí, nostálgico evocador del tiempo post-romántico, esta poética interpretación de ese episodio sentimental, tan lleno de austeras resonancias

espirituales, que protagonizaron don Pedro de Valdivia e Inés de Suárez?

La separación del Conquistador de su amante no se produjo sin hondo desgarramiento en el corazón de ambos; pero el Capitán renuncia al amor ilícito y ella le obedeció porque así lo exigía el futuro del Reino de Chile y de su fundador. Se separaron estoicamente por España y por Chile.

La brava doña Inés, que no era ninguna cándida paloma como la de «Don Juan Tenorio», tampoco se dejaba seducir por los requerimientos amorosos de los capitanes conquistadores. Con ánimo de purificarse y borrar el pasado, atravesó el Mapocho y en la cumbre del cerro Blanco, levantó una ermita donde pasó un largo tiempo en soledad de varón.

Mientras las oraciones y las penitencias devolvían la paz al alma de doña Inés, el Mapocho con su turbulenta corriente defendía su cuarentena sexual. Los capitanes enardecidos por la guerra y la abstinencia de hembra blanca y placentera esperaban ansiosamente su retorno al fortín. Más de uno corrió riesgo de muerte al intentar vadear el río para ir a rondar por los alrededores del cerro Blanco. Parece que fue así como don Rodrigo de Quiroga convenció a la penitente de la seriedad de sus propósitos. Doña Inés ablandada, le concedió la fuerte diestra con que había decapitado a los caciques en el primer asalto que éstos hicieron a la naciente ciudad.

La ermita del cerro fue defendida con ranchos afortunados por los servidores de la heroica mujer. Más tarde, la ermita dio lugar a una iglesia, la Viñita actual, y junto a ella fue extendiéndose el poblacho en los siglos siguientes. Había nacido la Chimba.

-¡Qué hombre éste, tan ideático!... -exclamó mi madre con una sonrisa que escondía su tristeza resignada, mientras se componía el peinado de alto moño y restablecía el equilibrio del sombrero de paja, abundoso en naturaleza muerta, sobre su cabeza.

-Cuando se le pone una idea, no hay quien se la saque. Ir a arrendar una casa al otro lado del río, donde el Diablo perdió el poncho. Sólo a tí no más se te ocurre.

-Al otro lado del río... -repitió mi padre como haciéndose eco de las palabras de su cara mitad. Precisamente es el barrio que más nos conviene. Las gentes son tan tontas aquí en Santiago, que han dado en la flor de creer que la Recoleta no es un barrio para personas decentes. Un prejuicio estúpido. Tú vas a ver. Hay toda clase de recursos, almacenes y comercio menudo por todas partes, la Vega está a un paso, y luego, en la esquina de la calle Buenos Aires, tenemos liceo para el niño.

-Sí, pero hay que hacer un verdadero viaje para ir al centro. Lo menos media hora en carro; y esto, si no hay descarrilamiento o se «empacan» los caballos en la mitad del camino. ¿Cómo te vas a ir al Estado Mayor todos los días?

-¡Oh, eso no es ningún problema para mí! Tú sabes que me gusta andar a pie. Así haré ejercicio todas las mañanas.

-¡Ahora va a resultar que es una ventaja vivir allá en los quintos infiernos! Lo que es a mí no me hace ninguna gracia. Voy a quedar tan lejos de mi mamá. Hasta la calle Domeyko habrá por lo menos dos leguas, que será lo mismo que si siguiéramos viviendo en provincia.

-Antes que un inconveniente, a mí me parece una ventaja el vivir retirados de «la señora».

-No te hagas el gracioso, que no estoy para chistes, con el dolor de cabeza que traigo. ¿Por qué no arrendaste una casa en la punta del San Cristóbal? Así estarás libre de todo el mundo.

-Al paso que van las cosas, si no aprueban los presupuestos este mes, no sería raro... Estamos a mediados de abril y todavía están peleando en la Cámara los radicales con los conservadores...

-Pónete a este otro lado, Belisario, que me vas pegando con el sable.

Este diálogo entre mis padres se desarrollaba a lo largo del andén de la Estación Central en una mañana de otoño de principio del siglo. El tren nocturno del sur, después de haber galopado a través de centenares de kilómetros, polvoriento y jadeante, nos acababa de dejar en ese aledaño de la capital que era el barrio Estación. La techumbre de hierro multiplicaba los resoplidos de bestia mecánica de la locomotora. Se había venido mostrándonos el panorama múltiple de los campos dorados por el otoño, rastrojos de trigos, viñedos ocres y maizales tronchados; cruzando esteros y ríos de aguas cristalinas cuyos fondos eran de piedras preciosas para mis ojos infantiles; de tal manera resplandecían al sol.

Mi madre, presa de sentimientos contradictorios, de una parte, la perspectiva de ir a vivir a esa Recoleta lejana, y de la otra, la sensación de encontrarse de nuevo en Santiago después de varios años de provincia, caminaba al lado de mi padre mascullando comentarios irónicos. El Mayor aguantaba el chaparrón en excelentes condiciones de humor, mordiendo los bigotes a la prusiana para disimular la sonrisa. Yo marchaba de la mano del asistente, un granadero corpulento y bonachón que miraba todo con la boca abierta, pues era la primera vez que venía a la capital.

Llegábamos de la Frontera. Allá junto a las montañas verdes y a los ríos caudalosos de corrientes tersas como ormesí líquido, que copiaban las nubes monstruosas preñadas de vientos, se habían quedado los pueblos de mi infancia, con sus calles de casas de madera desteñidas por las lluvias. A través de los visillos de sus ventanas se traslucían los interiores bruñidos por el agua y el jabón. A veces, se alzaba uno de los estores y tras los vidrios aparecía la gracia rubia de las muchachas mestizas, de mejillas rojas como las manzanas reinetas puestas en el alféizar de las ventanas, indicando que allí había venta de ellas. Uno de esos rostros frutales de azul asombro en los ojos, se asomaba a mi corazón e iba y venía por mi recuerdo con sus pasos de colegiala saltarina, con altos botines contra el agua, balanceando sus trenzas de miel sobre el cuello de su blusa marinera. Esta pena de un amor apenas larvado y la separación de mi caballo chilote de pelaje ceniciento, en cuyo lomo

galopara mi infancia de cuento, me llenaban de nostalgia y me impedían apreciar el espectáculo de la ciudad que atravesábamos en un coche de alquiler, arrastrado por dos jamelgos de trote cansino.

El carruaje avanzaba por el disparejo adoquinado, de la Alameda de las Delicias, dando tumbos de lancha en mar picada. En cada bache, se nos venía encima alguna maleta, y a mi madre le aleteaba la paloma de su sombrero, amenazando volar ventanilla afuera. El auriga, de poncho y sombrero guarapón, dejaba caer el látigo silbante sobre las ancas de los caballos, subrayando la acción con expresivas y crudas interjecciones criollas.

Santiago, en la vasta perspectiva de la Alameda, alternaba la chatura de los caserones de esquinas ochavadas y enrejadas ventanas, con las fachadas más esbeltas, de los edificios de estilo francés neo-renacentista, recargados de decoraciones de acuerdo con el «art nouveau». El aspecto de la avenida y el de sus calles principales era el de una dama antañona que se hubiera puesto un tocado parisién, olvidando sacarse sus amplias faldas de estameña colonial. La capital de la República desertaba al afán cotidiano con el rumor rural de las carretas que llegaban de los campos, repletas de frutos y verduras y con el pregón múltiple de sus vendedores. Al paso lento de las yuntas, las carretas iban esparciendo un fresco olor a chacras y pastizales. Por los intersticios de sus quinchas se asomaban los mechones rojizos de los choclos maduros y las mejillas sedeñas de las cebollas. Arrellenadas en la culata, sostenidas por una red de cordeles, se divisaban las verdes panzas de las sandías y los lomos amarillentos de los melones. El grito de los verduleros, que transportaban las legumbres en carretelas tiradas por caballos, resonaba con broncas entonaciones de tonada de la tierra.

-«Papas, lechugas, tomates, cebollas y porotos veeeeerdes...».

Lecheros de huasa indumentaria, chaquetilla de brin, faja de color, pantalones ajustados al tobillo y zapatos de taco alto de a caballo, llevando a ambos lados de la enjalma enormes tarros de latón, se detenían ante las puertas de calle al mismo tiempo que lanzaban un largo y agudo silbido. Mujeres con el rostro añejo, el moño desmayado sobre la frente, los ojos con sueño y el pañuelo de rebozo ocultándolas hasta la boca, salían con jarros de lavatorio, ollas y otros tientos menos adecuados a recibir la leche. Metían la nariz en el litro rebosante que el hombre les alargaba, exclamando:

-¡Por Dios, que la trae bautizada, casero!

Se referían a la mezcla de agua con que, según era tradicional, los muy pícaros hacían cundir la leche.

-¡Cómo se le ocurre, m'ijita! Esta leche viene morita.

-Pero si está azuleando de aguada...

-¡Es l'agua que toman las vacas!

Un largo y sonoro campanilleo dominó por un momento todos los ruidos; hasta el vocero de los vendedores se apagó. ¡El carro eléctrico!, la gente se detenía a verlo pasar. Era de los primeros que corrían en Santiago. Por la línea tendida desde la Estación Central hasta la Universidad de Chile, avanzaba el moderno vehículo, maravilla del siglo. Estaba pintado de azul ultramar brillante, con «imperial» al que se subía por las escalas de caracol que tenía en sus plataformas delantera y trasera. El maquinista, muy posesionado de la importancia de su cargo, pulsaba el mecanismo como un profesor de orquesta, y en cada cuadra daba un broncíneo solo de campana. La conductora, de delantal que le rebanaba la barriga y sombrero canottier de hule sobre el moño atravesado por un largo alfiler, se mostraba bastante confundida para cobrar el pasaje a la «primera» y al mismo tiempo vigilar que no se le pasara algún vivo hacia el imperial, sin pagar.

El «postino» entró al centro por la calle del Estado. Aquí reinaba el mismo contraste en la arquitectura de los edificios. Junto a algunos de tres pisos, se aparragaban otros de uno solo, pintados con los colores fundamentales de la paleta: azules, rojos, amarillos, verdes y blancos, o aplicaba mis conocimientos de silabario deletreando los letreros de las fachadas... «Botica del Indio», «Casa Muzard»..., «Casa Kra... uss»..., «Ridell y Cía.»..., «Talabartería Francesa de Cou... deu»... «Carmalez Hnos.»... «Hotel Oddó»... «Librería El Mercurio»... «Sombrerería Launay»... Algunos de esos negocios aún subsisten. En la Esquina de la Plaza de Armas con Compañía, estaban abriendo las puertas de la «Confitería Camino», el salón de té y refrescos de moda en la época. Un vendedor de periódicos, parado en medio de la encrucijada de las tres calles, voceaba: ¡«Mercurio», «Carril», «La Ley»! Por la acera del Palacio Arzobispal, se desgranaba una hilera de mujeres de manto que salan de misa de la Catedral.

Enfrentamos la calle del Puente. El coche, como si le dolieran las llantas al golpear el disparejo empedrado, empezó a quejarse ruidosamente. La fusta cayó repetidas veces sobre el espinazo de los caballejos, para que redoblaran su esfuerzo y no tuviéramos que quedarnos pegados en algún hoyo. La travesía se convirtió en una verdadera navegación terrestre, tal era la acentuación del balanceo y los tumbos que daba el «postino». Mi madre, agotada en la lucha por mantener la compostura de su atuendo y el equilibrio de su volátil sombrero, le advirtió a mi padre.

-Si no vinieras de uniforme, ya me había sacado este adminículo de la cabeza. ¡Qué pavimento más infernal!

-Por algo dicen que aquí en Santiago los coches tienen las ruedas cuadradas.

Pasada la calle de San Pablo, frente al Mercado Central, se alzaba solitario, con aspecto de ruina romana, un alto y grueso muro de cal y ladrillo, de unos cincuenta metros de largo. Nacía bajo, casi a ras del suelo, junto a una calleja oblicua, e iba a rematar su reciedumbre de unos diez metros de altura muy cerca de las márgenes del Mapocho. La calleja se llamaba Zañartu. ¿Fue acaso en homenaje al famoso Corregidor, y estaba compuesta por sucios bodegones en cuyas murallas se leía: ¡¡Llegó la rica chicha de Quilicura!!!... ¡¡Aquí se vende la auténtica rubia de Curacaví!!!

-Estos son los restos del antiguo Puente de Cal y Canto -comentó mi padre, mostrando el murallón de recios ladrillos patinados. -Lo destruyeron allá por el año ochenta y ocho. Estaba tan bien construido que tuvieron que aplicarle dinamita para demolerlo.

Bordeamos la dilatada y ancha margen del río que se extendía hasta el puente de San Antonio llena de ramadas y negocios al aire libre: cocinerías parapetadas tras cuatro planchas de zinc, ventas de sandías y melones, puestos de traficantes de aves, de vendedores de hierbas medicinales, de «faltés» que exponían sus baratijas en canastos, por entre los cuales hervía el bajo pueblo. El olor de las fritangas se mezclaba con los frutales aromas de los productos de la tierra. El martillo de un herrero dominaba con su argentino son el moscardoneo de la multitud. Rachas de viento levantaban, de vez en cuando, densas polvaredas e inflaban la carpa del «Circo Ecuestre Bravo» que limitaba por el lado norte a esta abigarrada feria. Un caserío de cantinas, burdeles y «cuartos redondos», servía de fondo al vasto y descolorido cuadro de costumbres. El «Bar Los Dos Canarias» con su piano de cuerda, la «Picantería del Norte» y la «Cantina Los Buenos Amigos», invitaban a la clientela con sus puertas, de par en par abiertas, a que entrara «a hacer la mañana».

Pasado el Mapocho, a la mano izquierda, tras el parque de añosos árboles, por entre un claro de palmeras, surgió el frontis de la Recoleta Franciscana. El reloj de la torre marcaba las 9 y 1/2. Blancas estatuas en clásicas actitudes aparecían entre el verdor polvoriento de los jardines. Estos se vean descuidados, con los setos sin recortar y las veredas cubiertas de hierbajos; pero este mismo abandono le daba cierto carácter pintoresco al conjunto. Junto al kiosko para las retretas militares, que surgía frente a Bellavista, un policía de dormán azul oscuro, kepi con funda blanca y «catana» al flanco, señal de que estaba de servicio, tenía arrinconada a una confundida maritornes.

-No había de ser paco, «para que no juera templao», -comentó el cochero con nuestro asistente que lo acompañaba en el pescante.

El barrio ultra mapochino despertaba tarde esa mañana de principios de otoño. Era día lunes. En la puerta de la «Agencia La Recoleta», ubicada en la esquina saliente de Dardignac, se apretujaba un grupo de mujeres, muchachas y chiquillos, esperando con sus paquetes bajo el brazo, el turno para «empeñar». Los hombres con el cuerpo «malo» se habían quedado seguramente en cama.

Una carroza fúnebre, seguida por unos pocos coches de los llamados americanos de cajón, pasó a nuestro lado al trote vigoroso de una pareja de frisonos negros.

-Güeno que entierren temprano a la gente en Santiago -observó el asistente.

-Esto es lo único desagradable que tiene el barrio -dijo mi padre.

-¿Qué los entierros sean por la mañana?... -le preguntó con aire cándido mi madre. El Mayor, que conocía muy bien su carácter y estaba acostumbrado a estas ironías envueltas en ingenuidad prefirió no contestarle. En el fondo le hacían gracia. Cuantas veces a lo largo de sus cincuenta años de vida conyugal, vi a mi padre epilogar alguna de sus pequeñas

desavenencias hogareñas con una franca risa ante la inesperada salida humorística de mi madre.

Entramos al corazón de la Recoleta. A lo largo de su avenida, se alineaban caserones de puertas anchas que dejaban ver a través de las cancelas de hierro sus patios empedrados con pequeñas fuentes en medio, rodeadas de maceteros floridos, palmas enanas y bambúes. Alguno modernizado con recargadas ornamentaciones de yeso sobresalía como pariente rico, en medio de la pueblerina apariencia de la mayoría de ellos. Frente a la calle de Lillo, quebrando la monotonía de líneas de las casonas, se alzaba un edificio de dos pisos de pura arquitectura colonial. Su fachada solariega, pintada de un amarillo de rastros, no tenía ventanas en la parte baja y en la alta mostraba tres balcones volados bajo el amplio alero saliente. Su enorme portón con clavos de cobre, medio entreabierto en la hora matinal, dejaba ver un rectángulo del zaguán con la nota verde de un naranjo al fondo. El sol encendía los tonos puros de las murallas y de los árboles que marginaban la acera derecha de la avenida, en una vibrante impresión de color. Esto explica que en aquellos años, la Recoleta fuera barrio preferido de pintores como Alfredo Lobos, Pablo Burchard, Luis Johnson, Carlos Isamit, Pedro Luna, y otros atraídos por el encanto colonial que subsistía en sus caserones.

-Ya vamos a llegar a nuestra calle. Ese es el cuartel Con su macizo frontis rojo terminado en almenada muralla y sus troneras simuladas, me pareció un castillo medioeval. El coche dobló a la derecha.

-Esta es la calle Buenos Aires. Ese edificio del frente es el Liceo, ¡tu colegio, hombre! -exclamó mi padre dirigiéndose a mí y mostrándome el interminable y chato edificio.

Bien poca gracia me hizo la alusión paterna a que pronto tendría que soportar en un ambiente desconocido, otra vez, las disciplinas escolares; en cambio, la calle de ancha vereda y añosos árboles, con el cerro San Cristóbal al fondo, se me presentó con risueñas perspectivas para mi tendencia al vagabundeo rural.

-Esta es nuestra «mansión».

I

La fisonomía umbrosa y polvorienta de las calles, la agreste vecindad del San Cristóbal y el Blanco, la abundancia de negocios donde se hacía tertulia y cierto aire de familiaridad con que se trataban sus habitantes -todos se conocían de nombre y se saludaban aunque no hubieran sido presentados- daba a la Recoleta un aventurado carácter de pueblo; de pueblo con sus pretensiones de ciudad. Por otra parte, el poder bastarse a sí mismos sin tener que recurrir al centro, el abandono municipal en que se los tenía y aquella frase con que el resto de los santiaguinos ubicaba a cada uno de ellos cuando le preguntaban dónde vivían: -¡Ah!, al otro lado del río... les había formado a los recoletanos una mentalidad separatista.

La Recoleta tenía sus orgullos: el Regimiento Buin, el templo de la Recoleta Domínica, su equipo de foot-ball que por ironía se llamaba «Santiago Foot-ball Club», varias veces

campeón de la capital; y sus hombres notables, el cura don Ruperto Marchant Pereira cuya cabeza de apóstol se aureolaba de santidad, por su vida y por sus obras, con las humildes luces de su capilla de Santa Filomena; el doctor Fernández Peña, paladín de la lucha contra el alcoholismo; el general don José Ignacio López que había ganado sus charreteras en los campos de batalla, empezando por la jineta de cabo segundo; don Rubén Guevara, también viejo tercio de 1879, cuya figura prócer, de barba florida, llenaba los patios del liceo que dirigía con autoridad patriarcal.

Cómo sería de provinciana la Recoleta que contaba también con el loco y el tonto de todos los pueblos. El primero se llamaba Mac Kay. Tal vez por la fábrica del mismo nombre, los muchachos le decían el Loco de las Galletas. Era un señor de rostro enjuto, pequeños ojos negros, que siempre caminaba deprisa, con bastón y un enorme paquete cuadrado que sostenía con una manilla de cañamo. Era inventor y sátiro de calle atravesada. Las domésticas escapaban a su paso, como huyen las gallinas en los caminos cuando divisan un automóvil. Su mayor invento se decía que era una bicicleta con alas, montado en la cual pensaba dejarse caer desde la cumbre del cerro Blanco.

El tonto era conocido por Chayomoco. Con su rostro inexpresivo de ternero -tenía la nariz chata y los ojos muy separados- hablaba en un tono lloriqueado, como si una permanente congoja lo atormentara. Se le creía un idiota perfecto. Un día difundió el pánico frente a la puerta del Liceo, amenazando a los escolares y a cuanta persona se le pasó por delante, con un enorme revólver. Cuando dos policías lograron reducirlo, les mostró riendo el arma que carecía de nuez. Se vestía con las blusas y pantalones dados de baja en el Regimiento Buin, hasta que una vez, aburrido sin duda de esta vestimenta, nos dio el dato a un grupo de muchachos de que había un baño magnífico en un canal del San Cristóbal. Mientras estábamos en el agua, desapareció con la ropa de todos.

En el anecdotario de mi adolescencia, tengo grabada la escena que me reveló toda la gallardía de los recoletanos y la autonomía espiritual y urbana del barrio de la orilla izquierda, la del corazón del Mapocho.

Fue en una mañana de marzo, dorada lo mismo que un racimo de uva torontel, pero empañada por la oculta tristeza de tener que volver a clases. En la relumbre de los corredores del Instituto Nacional, nos alineábamos los muchachos que recién llegábamos a reconocer aulas. Del Liceo Santiago, hoy Valentín Letelier, varios nos habíamos ido al Instituto «en busca de nuevos horizontes», porque estimábamos muy tiránica la tutela que don Rubén Guevara ejercía sobre nosotros. El rector, don Juan Nepomuceno Espejo, preocupado con el problema de la plétora de alumnos, iba con su aire severo clasificando a los «nuevos». Hábil conocedor de la psicología estudiantil, a cada uno de nosotros nos sometía a un malicioso interrogatorio y según los antecedentes, y la impresión personal que recibía, nos señalaba el curso en que quedaríamos o nos sugería en forma bastante directa la conveniencia de buscar plaza en alguno de los liceos de la capital.

-¿Ud. es santiaguino, mi amigo, o viene de provincia?

-Soy de aquí, señor rector.

-¿De qué colegio viene?

-Del Seminario, señor.

-¿No tenía vocación para sacerdote que se vino al Instituto?

-Mi papá me sacó...

-¿Cómo se llama su papá?

El interrogado dio el nombre de un conocido político liberal. El rector pasó a otro muchacho. Este venía del Liceo Miguel Luis Amunátegui y cuando explicaba que su padre lo había matriculado en el Instituto porque se había cambiado de barrio, don Juan Nepomuceno, ponía en duda el motivo.

-Ud. jovencito tiene cara de cimarrero. Me va a traer un certificado de Conducta.

-El rector no me lo quiso dar porque me tenía «pica»...

-Estos rectores... son unos sátrapas con estos angelitos.

La heterogénea fila de muchachos afrontaba el interrogatorio con fingidos aires de compungimiento. Era la loca semilla de la clase media y de extracción más humilde que sería muy difícil que brotara en los severos surcos pedagógicos del Instituto. La mayor parte de este contingente revolucionario que aportaban los barrios al más serio de los planteles de enseñanza secundaria, después de la revista o de algunos días de observación, volvía de nuevo a sus primitivos centros escolares.

Espigando en el conjunto, don Juan Nepomuceno Espejo se dirigió al alumno que estaba a mi lado, un muchacho de aspecto desaliñado, flaco, pero de esqueleto recio, de sonriente mirada sorruna y amplia frente de iluso.

-¿Cómo se llama Ud., señor?

-Pedro, señor.

Un estremecimiento de risa sofocadas recorrió las filas.

-¡No tiene apellidos, señor? Nombre completo.

-¡Ah! Pedro Luna; Pérez, por mi madre.

-¿Viene de provincia, Luna Pérez, don Pedro!

-Sí, señor.

-Ya me lo imaginaba. ¿De dónde viene?

-De la Recoleta, señor.

-¿Este es el «artista» que sorprendió haciendo un mono en el pizarrón? -interrogó, dirigiéndose a un inspector don Juan Nepomuceno- perfectamente.

Debido a esa mágica afirmación sobre la provincialidad de su barriada y el dibujo alegórico hecho con tiza de colores, el novel artista tuvo que volverse a su imaginaria provincia. Un artista tan avanzado no podía ser comprendido en aquellos años de realismo académico.

-¿No hay otro señor que sea de la Recoleta y quiera acompañar a este Miguel Ángel en vuelta al redil? -preguntó el rector Espejo.

Comparando esta acogida inquisitorial que presagiaba un severo control posterior, con la cazurra bonhomía, disfrazada de rudeza militar que don Rubén Guevara adoptaba en su trato con el alumnado, yo di un paso al frente.

-Perfectamente. Con el pretexto que tenemos plétora de matriculados, los voy a mandar al Liceo Santiago para que los reciba de nuevo. Porque Uds. a mí no me la pegan; no se han venido de allá sólo por cambiar de aire...

Don Rubén nos acogió ceñudamente. Era su sistema para impresionar a los alumnos descarriados. Mientras nos sacaba la verdad como quien extrae una muela sin inyección, se acariciaba su imponente barba carlovingia; y concluyó por mandarnos a clase con voz de Júpiter tonante:

-No les da vergüenza: hijos de militares y sin conceptos de la disciplina. ¡Qué no tenga que preocuparme nuevamente de Uds.! ¡A sus clases!

Desde ese día, yo me convertí en un recoletano furibundo. En todos los campos de la actividad estudiantil, con el ardor del recién nacionalizado que hace méritos para que le reconozcan los derechos del nativo, con la pelota en las canchas de foot-ball, la piedra hondera en las faldas del San Cristóbal, el romance en las revistas literarias y el canto en las veladas culturales, yo combatí por los prestigios de la ciudad secreta de doña Inés de Suárez.

Por aquellos primeros años del siglo, la Recoleta tenía una fisonomía propia, una bien definida personalidad provinciana. Tal vez por aquel prejuicio existente de que «pasado el río» sólo podía vivir gente de muchos hígados, el barrio había aconchado a sus pobladores, haciéndolos propietarios. Con cierto orgullo colonial, se quedaron en las casonas de sus antiguas quintas y chacras muchas familias de llovidos pergaminos.

La gente del centro y de los alcorniosos sectores de las calles Ejército y Dieciocho, no podía vivir allá tan lejos, junto al Cerro Blanco o próximo al San Cristóbal. Era como estar en un pueblo. Y no andaba equivocada.

La Recoleta defendía las viejas costumbres patriarcales y la integridad de su arquitectura colonial.

Cuando la electricidad echó a correr los primeros tranvías sin caballos y el gas incandescente ahuyentó las densas sombras de los «chonchones» a parafina dando a la ciudad el aspecto de una nueva rica, la Recoleta se apartó con dignidad matronil de los endemoniados progresos que trajera el nuevo siglo. Mientras desde la ribera derecha hacia el sur, Santiago se apresuraba a elevar la edificación atrevidamente a tres y cuatro pisos, empleando hierro y cemento, ella siguió apegada al estilo tradicional de un piso y fiel al adobe y la teja. A lo más que se atrevió, fue a elevar a dos pisos a algún caserón modernizado, y a reemplazar la teja romana por zinc, y el adobe, por el ladrillo.

Mientras en la Alameda de las Delicias todos los peatones, con mal disimulado asombro indígena, volvían el rostro para ver pasar los primeros automóviles Peugeot que se deslizaban raudos, a 30 kilómetros por hora, por la avenida ultramapochina, sólo pasaban los «postinos» y las victorias, y uno que otro americano de cajón al trote de sus quilamutanos. Era el tiempo en que se hablaba del frenesí de las costumbres, porque en el teatro del Cerro Santa Lucía, al que se subía en un ferrocarril eléctrico de vía con cremallera, unas bailarinas regordetas, precursoras de la bataclanas desarropadas, bailaban el can-can, mostrando las piernas enfundadas en largas medias negras. Una visión de muslos de medio luto que activaba la libido de futres y viejos verdes.

La ciudad lanzada a la renovación arquitectónica, -un renacentismo a la francesa, recargado de ornamentaciones de yeso -tomaba el aspecto de las parisinas que lucían las portadas de las revistas de elegancias, «La Mode de París», «Le Miroir de la Mode»-largas faldas de velos, mangas abullonadas, talle de avispa, sombrilla de encajes y sombrero con frutas de carey. Pero la Chimba seguía siendo la matrona tradicionalista y austera que iba a misa con manto y se hacía llevar la alfombra por la criada.

La ribera izquierda, consciente de llevar en el pecho el corazón del antiguo Santiago, sostenía el recato de los abuelos. Vivía sin teatro, ni centros nocturnos y se acostaba a las diez. En cambio, más allá de la orilla derecha del río, los santiaguinos se hacían trasnochadores. Poseídos por el demonio del «Art Nouveau» -así en francés- recortaban los jardines agrestes, estilizándolos a la manera de Le Nôtre, y desterraban los árboles de las calles centrales, obsesionados por las limpias perspectivas. Así perdían la memoria de las estaciones y nunca lograban saber cuándo era la mañana precisa en que llegaba la Primavera; en cambio la Recoleta, con el arribo de las primeras golondrinas a sus huertos en flor, celebraba la fiesta de los almendros.

Si el Club de la Unión, en su antigua casa de tres patios de Bandera esquina de Huérfanos, era el bastión de la oligarquía desde donde, según los periodistas de la oposición, un grupo de taimados políticos gobernaba al país sin que el Presidente de la República se diera cuenta de los manejos de montinos y liberales, la retrobotica del farmacéutico más acreditado de la Recoleta era el punto de reunión de notables vecinos, en la que se picaba mucho más alto. Allí, dejando de mano por mínimos los problemas de la política lugareña, se debatían trascendentales cuestiones de índole internacional y entre golpes de almírez se reformaba el mundo.

La Recoleta era una democracia ejemplar. Dentro de sus amplios límites se toleraban todas las ideologías políticas y sociales primiseculares. Como aún la hoguera de las luchas que encendiera la llamada cuestión religiosa, alumbraba con sus últimos resplandores a conservadores y radicales, en su ancha avenida central solían producirse, en tiempos de elecciones, encuentros entre moros y cristianos.

Junto a la Recoleta Franciscana existía un centro de la juventud católica y algunas cuadradas más abajo, al llegar a la calle Juárez, otro de la juventud radical. Una mañana aparecía el primero sin la plancha de bronce que alzaba su nombre junto a la puerta; pocos días después, el segundo amanecía sin ningún vidrio en sus ventanas. En los días, mejor dicho en las noches de efervescencia política, de ambos locales salían alborotadoras falanges de mozos a adiestrarse en el apaleo y la pedrea.

Después de probar sus fuerzas en estas escaramuzas de barrio, los bandos marchaban enardecidos, dando vivas a sus candidatos y muera a los contrarios, en dirección al centro donde se realizaban las grandes concentraciones.

Cuando al final de los largos desfiles, en la Alameda de las Delicias, frente a la Universidad de Chile, se producía el clásico entrevero provocado por los más exaltados, entre los aliancistas y coalicionistas de la Recoleta sucedían escenas paradójales. De pronto junto a la estatua del Abate Molina, que con su cóndor a los pies miraba en ese tiempo impasiblemente las luchas doctrinarias de sus compatriotas, se veía que un grupo tenía arrinconados a tres o cuatro manifestantes.

-¡Le están pegando a unos recoletanos! -gritaba uno del barrio.

Inmediatamente todos los recoletanos que se encontraban cerca, olvidándose de su calidad de radicales, montinos o conservadores, acudían en masa a defenderlos.

Por muy grandes que fueran las diferencias ideológicas, tratándose del honor del barrio todos eran, antes que nada, recoletanos.

Hasta la entrada del nuevo siglo la Recoleta, ufana de su independencia, defendió su orgulloso provincianismo; y como el 1900, aunque el Almanaque de Bristol dijera otra cosa, no se inició en Santiago sino el 1910, el año del Centenario, hasta entonces aquella conservó su antigua fisonomía.

Con sus caserones adormilados bajo el sol de la siesta, se ofrecía a los ojos forasteros como un cuadro postcolonial de silencio y soledad que sólo alternaba la chiquillería encumbradora de volantines y el cuerno de algún vendedor de helados que, con sus sonos, levantaba pretéritas resonancias indígenas. Por sobre las tapias de adobón, que prolongaban sus quintas, por las calles atravesadas, se asomaba la Primavera con las ramas de los duraznos y de los perales en flor.

Al anochecer, los pianos de la vecindad vibraban con las melodías de Clementi, Chaminade y Godard -los clásicos de la sentimentalina-, los vecinos sacaban sus sillas de

titora y en mangas de camisa tomaban el fresco, al borde de las aceras. A esa hora las calles recoletanas mostraban un aspecto de tercer patio.

En medio de la quietud y la dulcedumbre crepuscular, lo único que le faltaba a la Recoleta para ser el pueblo perfecto era una estación de ferrocarril. Una estación con su campana para anunciar tren del sur o del norte, una estación desde donde partiera el tren de la tarde despidiéndose del poblado con el alarido nostálgico de su locomotora y dejando su pañuelo de humo sobre el llano de Conchalí.

La estación abandonada

Hace ya muchos años que los trenes de pasajeros no se detienen frente a su andén. Pasan de largo, raudos, dejándola envuelta en las tolveneras que se desprenden de su polvoriento recinto por donde nadie transita. Ni siquiera la saludan con ese nervioso pitazo de cortesía que las locomotoras acostumbran lanzar al aproximarse a una estación.

Cuando algún convoy suele detenerse, fortuitamente, junto a su andén, ningún viajero desciende con sus maletas y esa sonrisa un poco emocionada con que se llega a la tierra. Son breves detenciones silenciosas que aumentan su melancolía. Luego parten y ella los mira alejarse con sus ojos de ruinas, como esas mujeres de los campos que se hacen a un lado del camino, mansamente, para que pase la vida vertiginosa de la gente de la ciudad.

Se la ve resignada a su humilde condición de paradero.

En una visión fugaz y confusa, por la ventanilla, el viajero alcanza a divisar, primero un camino solitario bordeado por unos renovales denunciadores de una antigua alameda; luego el esqueleto de lo que fue portón de entrada al recinto estacional. Unos rieles unidos, sustentados sobre viejos durmientes, hacen de vara delimitadora entre dicho recinto y el andén. Un simulacro de muro, también de durmientes carcomidos, desfila enseguida junto con dos o tres troncos con muñones de ramas que gesticulan como si quisieran llamar la atención del viajero; y por último aparece una casa ruinosa de largo corredor claudicante y murallas coloreadas por un azul desteñido.

La velocidad y el polvo que levanta el tren no permiten leer el nombre borroso sobre la carcomida cornisa del corredor.

La estación abandonada, envuelta en su terrosa soledad, una soledad más absoluta que la del campo, porque éste tiene ganados y árboles, queda atrás ante la indiferencia del viajero actual que no conoció su época de auge. Pero el cronista fervoroso del 1900, nunca cruza en el tren la antigua estación sin que se le nuble un poco el alma y una bandada de recuerdos levante el vuelo en su imaginación. En unas cercanas casas, que hoy tampoco existen, de una heredad cuyos dueños quizás quienes serán actualmente, su niñez inició el aprendizaje de amor al agro feraz, a sus hombres y a sus costumbres, en lejanos días de vacaciones. Fue en el campo del tío abuelo Emilio, cuya sombra vuelve a pasar por los corredores enladrillados envuelta en su poncho de vicuña durante sus meditativos paseos del

anochecer. Con su barba de nieve recortada a la bretona y sus ojos claros que encendía la malicia y el buen humor, tío Emilio tranquea en la evocación como esos patrones campesinos bondadosos, comprensivos y socarrones de los cuentos de Federico Gana.

De la estación azul y blanca en medio del paisaje, de fondo de encinas, álamos y sauces, no quedan más que estos muros leprosos que coronan de amarillo los yuyos primaverales, este corredor cuyos pilares torcidos apenas sostienen la pesadumbre del techo y este patio de carga cubierto a trechos por la zarzamora. Sin embargo, antaño aquí se concentraba con vida bullente y pintoresca la actividad humana y el movimiento agrícola de una vasta comarca.

Santiago se encontraba en ese año lejos, no tanto en leguas como en tiempo. El ritmo de la vida marchaba a trote de carruaje. La ida a la capital era un viaje de varias horas. El ferrocarril era el medio más rápido, -40 kilómetros por hora- tanto para el viajero como para el transporte de los productos de la tierra. De todos los fundos y de los caseríos desparramados a lo largo del «camino real», convergían a la estación hombres y cosas en ese afán característico de nuestro siglo de ganarle tiempo al tiempo. Además allí estaba el correo, el telégrafo y el teléfono. Es como decir que en la estación se concentraban las últimas conquistas de la civilización.

En la casona umbrosa y vasta que constituía la estación, se encontraban de sur a norte: la sala de espera en cuyas murallas gritaban en color carteles de propaganda, de abonos y maquinarias agrícolas sobre un ventanuco se leía: boletería; este ventanuco daba a la oficina del jefe de estación, donde también funcionaba el correo: un casillero con las letras del abecedario; pegada a ella se encontraba la oficina del telegrafista. Frente a las ruedecillas del aparato Morse, el telegrafista, tejedor de silencios, desenrollaba de la mañana a la noche la serpentina celeste tatuada de rayitas, con su tic tac de alternados compases breves, medianos y largos. La puerta siguiente servía de entrada a la casa habitación del Jefe. Tres ventanas de gruesos barrotes señalaban otras tantas piezas. En la primera de ellas se solía ver en las tardes de verano el rostro fresco e incitante de una muchacha inclinada sobre un libro; pero dejemos para más adelante a esta sugestiva lectora.

Los muros de la casona, como dije antes, estaban pintados de azul, un azul intenso de «mezclilla» de orfanato. Pienso ahora que ese color era como un secreto anuncio de la suerte que iba a correr la estación, andando los años, al quedar abandonada.

Tras el edificio, paralela a la línea férrea, se extendía una huerta-jardín que iba a limitar con el campo. Las matas de coles y lechugas alternaban con las de achiras, azaleas y geranios en una impresionante promiscuidad de verdes, rojos, blancos y morados.

Los pilares del corredor estaban pintados de blanco. Con sus brazos de monstruo antediluviano se anillaba en ellos una enredadera de flor de la pluma. Mirado de lejos, en primavera, el caserón azul recordaba a una campesina endomingada con una guirnalda sobre la cabeza.

Era una estación, para decirlo en criollo, bien «acampada». Allí, en medio del valle, circundada de viñedos, chacras, trigales y potreros alfalfados, el son de su campana anunciadora de los trenes cuando salían de las estaciones próximas del norte y del sur, era el reloj de los peones que estaban en el campo en los días nublados. En las interminables noches de invierno en que la soledad de la campiña se tornaba angustiada y el miedo a la oscuridad, heredado a través de los siglos del hombre primitivo, se colaba por las rendijas de los ranchos, los campesinos se sentían acompañados por los pitazos lejanos de los trenes de carga entre el ruido de la lluvia.

En el buen tiempo, hasta el estero que corría cercano cambiaba el timbre de sus aguas. Del acento bronco de los aguaceros pasaba a un murmullo eglógico. Bajo el verdoso toldo de las encinas y las acacias se protegían del sol los carruajes y las cabalgaduras de los dueños de fundos. Mañana y tarde siempre había en el patio de la estación coches «de trompa» tirados por tres o cuatro caballos, -eran los que venían de más lejos-, landós abiertos, retirados del uso de la capital, con sus tapicerías desteñidas y brecks de altos pescantes. Una larga vara, gruesa como para topeaduras, servía de amarradero a los huasos auténticos y a los otros, hijos, parientes y amigos convidados de los dueños de fundo, que se disfrazaban a medias con prendas campesinas para no desentonar del ambiente.

Al frente de la estación propiamente tal, pasadas las vías principales, se encontraba el desvío que llevaba a las bodegas y al embarcadero de animales. Era el recinto de carga. En la época frutal, bajo los frondosos sauces que metían sus desmelenadas ramas en el estero, se acumulaban grandes montones de sandías y melones. La región era «muy nombrada», por el tamaño y la calidad de estas frutas desde los tiempos de la Colonia, según lo expresa Vicuña Mackenna en uno de sus libros de crónica. De este recinto antiguamente amurallado a ladrillo con cal para evitar los robos, hoy día no queda sino el marco del portón de entrada. Es el marco que encuadra el camino sin alma, ni pájaros, ni polvaredas de cabalgatas.

La estación en medio del campo era el lugar de reunión diaria de los agricultores de la comarca que viajaban a la capital. Los ricachones y los vecinos pudientes del lugarejo más cercano entraban a la oficina del Jefe como si hubiesen sido socios de la estación. Allí la charla se avivaba con anchas risotadas huasas. Sólo faltaba el choque de las bolas sobre el paño del billar para dar la sensación de un club pueblerino. No había por cierto sala de billares; pero la suplía una cancha de rayuela que quedaba al costado de la boletería y en ella los contertulios mataban a veces las horas en espera del tren.

Por las tardes en verano, las niñas y los jóvenes, que pasaban la temporada en los fundos de los alrededores, acudían al paseo crepuscular. Entonces parecía que la estación tenía un pueblo a sus espaldas. En el silencio que seguía al anuncio de algún tren por la campana que el Jefe hacía sonar desde su oficina, como que otro son de bronce le contestaba lejanamente: el ángelus de la iglesia de un pueblo invisible...

En las estaciones sureñas aún subsiste esta costumbre poblana de ir a ver el paso de los trenes. Es la poesía de los andenes. Para los corazones juveniles el paseo de cada tarde es en cierto modo una cita con el destino. Acuden a él con la esperanza de encontrar al viajero desconocido -tal como lo vieron en una película- que llegue a decidir sus vidas.

El tren más esperado era el de las 6. En los itinerarios de trenes de todas las épocas siempre ha figurado un tren de las 6 de la tarde. En «El Arratia», así se llamaba el de aquel tiempo por el apellido del conductor que lo dirigió durante muchos lustros, volvían todos los que habían ido a Santiago a sus diligencias, abrumadas de encargos. «El Arratia» nunca traía prisa. Por ser tren regional, su itinerario no era muy rígido. El conductor, en cada estación charlaba un rato con sus amigos. Los conductores son hombres de muchas amistades. Diariamente, en cada viaje, conocen nuevas personas. El del «Arratia» tenía más compadres que el General Baquedano, quien, según las crónicas, a su vuelta de la Guerra del Pacífico tuvo que apadrinar a todos los niños nacidos durante ese año. Luego de comprar algunos melones y sandías que hacía llevar a su departamento en el carro-equipaje, se despedía alegremente del Jefe y tocaba su silbato de partida.

La locomotora le respondía con un nervioso pitazo que se multiplicaba en las hondonadas de los cerros cercanos, con un acento animal. Remedaba el mugido de una vaca llamando a su ternero. Ya el sol se había puesto y semienvueltos en la marejada de la sombra nocturna partían los carruajes y las cabalgatas hacia los fundos.

La estación se quedaba solitaria y silenciosa hasta la pasada del nocturno. Hace unos treinta años corría un tren nocturno de pasajeros entre Santiago y Valparaíso. Era un tren para noctámbulos y bohemios en que se hacía el trayecto sentado, pues no llevaba carros dormitorios. Salía de la Estación Central -la de Mapocho se inauguró el año 1910-cerca de la medianoche. Sin mayor apresuramiento, como quien va de excursión, cruzaba los campos dormidos a marcha lenta para enterar la noche y de amanecida llegar al Puerto. En sus vagones viajaban hombres de negocios, comerciantes al por menor, buscones que huían de la justicia, rameras que cambiaban de ambiente y hombres raros que sencillamente iban a Valparaíso a satisfacer su nostalgia del mar, a contemplar los barcos con banderas de todas las naciones de Occidente y Oriente que por esos años siempre había anclados en la bahía.

Los trasnochadores daban al convoy un aire de fiesta. Durante el viaje se bebía y cantaba alegremente. Nunca faltaba una pareja de ciegos que entonaban romances con sus guitarras destempladas, de entristecidos sonos.

En el nocturno de los días sábados, en el verano, llegaban los pretendientes de las niñas casaderas que estaban en los fundos. La moda de la época imponía los trajes claros de pequeños cuadros, el vestón largo ajustado al talle y los pantalones abombillados. Fuera del canottier de paja, los elegantes cubrían sus cabezas con sombreros de pita, «jipijapa», levantados en la frente, como si un impalpable viento se los alzara, al estilo del tenor Caruso, el fenómeno vocal de principios de siglo.

Cuando había luna, desde los fundos se hacía el paseo en carreta a esperar a los viajeros del nocturno. Al tardo paso de las yuntas, las carretas transportaban su carga viva de muchachas líricas y guitarreras. La luz lunar trazaba arabescos en las sombras de los caminos bordeados de álamos. De la oquedad de los toldos surgían sopraniles voces que entonaban los cantares de la tierra. Aires de perdidas raíces vascas y andaluzas. Allá en las altas montañas,

contemplando el bosque umbroso,
si oyes un; ¡ay! quejumbroso
mi alma es la que te acompaña.

Si la soledad te hastía,
si te cansa la existencia,
si una penosa agonía,
te hace sufrir en mi ausencia,
ésa no es el alma mía.

Viejas canciones transmitidas de «oído», de generación en generación desde los tiempos coloniales, cuyas letras expresaban lamentos de amor o picarescos decires en que el humor criollo se enlazaba con la tristeza.

Bajo la luna de enero, resonante de melancólicas tonadas, en esas noches la estación parecía más azul que nunca.

La idiosincrasia y la figura del Jefe de estación eran una convincente prueba de la influencia del medio ambiente sobre el individuo. Don Uldaricio, tal era su nombre, tenía psicología y estampa de administrador de fundo. Rubicundo y ventripotente, cazurro y refranero, continuamente se rascaba su barba azafranada en forma de candado, mientras iba hilvanando dicharachos o respondía a algún reclamo de cargas. Estos eran los problemas más graves que debía resolver a diario.

Los agricultores menos generosos solían murmurar de la conducta funcionaria de don Uldaricio en lo referente a la distribución de los carros para el embarque de productos. Decían que no respetaba el orden de inscripción y que bastaban unos cuantos sacos de papas y una docena de zapallos para obtener carros de inmediato.

Don Uldaricio tenía una pasión: las carreras de caballos a la chilena. Los domingos por la tarde la estación se quedaba solitaria, a cargo únicamente del ayudante y del telegrafista. El Jefe, con el resto del personal, -como todos eran de raigambre campesina los había contagiado fácilmente con su afición, se iba a las carreras de la aldea más próxima. Con su guarapón con barboquejo, su chamanto terciado al hombro y sus espuelas cantarinas, don Uldaricio montaba en su caballo tordillo y partía con sus subalternos como un hacendado seguido de sus arrenquines.

En la cancha de carreras don Uldaricio se transformaba, Apostaba grueso y muchas veces desensillaba su tordillo y lo echaba a correr. Los desaffos siempre los aceptaba cuando ya se había entrado el sol. La especialidad del

Remolque» era correr en la oscuridad. Largada la carrera casi de noche sólo el juez de llegada, que en la semana había tenido sus entrevistas secretas con don Uldaricio, como un nictálope, veía que el caballo del Jefe había ganado.

La afición hípica de don Uldaricio fue causa indirecta de un terrible accidente que ocurrió una vez en la estación. Un domingo «Remolque» ganó, entre tinieblas, a un famoso caballo que llevaron de Santiago. El personal de la estación hizo su agosto y volvió tan «alumbrado» por dentro como turbio de mirada por fuera. El cambiador hizo mal el cambio para el paso del tren expreso y éste se fue a incrustar en un tren con animales. Fue una verdadera hecatombe, pues hubo gran mortandad de bueyes. El maquinista y el fogonero del expreso resultaron muertos; entre los viajeros hubo numerosos heridos y contusos.

Don Uldaricio, como ciertos curas, tenía una sobrina. La presencia de esta sobrina durante los veranos en la casa del Jefe de estación, lo mismo que les sucede a los curas, daba que hablar al vecindario rural.

Era una mozona garrida, rebosante de sex-appeal. Su nombre facilitaba enormemente la rima de los madrigales que solían dedicarle los veraneantes de los fundos. Se llamaba Arinda. Ni que decir tengo que rimaban el nombre con linda; y en verdad lo era la muchacha. Arinda era además muy temperamental. Con su mirada zahorí, su boca de guinda, -la otra rima obligada de los improvisados poetas-, y su garboso andar de gitana afirmándose en los tacos casi sin posar la planta en el suelo, mantenía encandilados durante dos meses a todos sus galanes. Cuando pasaba por el corredor cubierto de glicinas, cimbrando las caderas y descubriendo sus pantorrillas pulposas, se llevaba prendidas a su falda de todas las miradas del andén. En esos momentos nadie se preocupaba del tren de pasajeros que se hallaba detenido mientras la locomotora hacía agua.

Un verano ya no volvió Arinda. Luego se supo que se había casado con un Inspector de vías. Con lo que demostró que si tenía el corazón un tanto loco, en cambio, llevaba la cabeza bien puesta sobre los hombros.

La estación azul fue víctima del progreso. Su proximidad a la metrópoli le fue fatal. Santiago al extenderse empezó a caminar hacia el campo. A su vez las grandes heredades comenzaron a subdividirse, dando nacimiento a caseríos que avanzaron hacia la ciudad, terminando una y otros por darse la mano y confundirse.

La movilización motorizada, con los nuevos caminos pavimentados, acortó enormemente, en el tiempo, la distancia que separaba a la estación de la capital y le fue quitando paulatinamente el movimiento de pasajeros y de carga. Poco a poco fue disminuyendo el número de trenes que se detenían en ella; hasta que por fin quedó reducida a un simple paradero.

Ya no tuvo razón el mantener un jefe de estación; pero antes que se marchara camino a la jubilación el acampado don Uldaricio, se habían ido para siempre junto con sus dueños, los coches de «trompa», los brecks y los landós. En realidad el viejo funcionario de los Ferrocarriles estaba sobreviviendo. También se concluyeron las carreras a la chilena en la cancha poblana. Los antiguos aficionados se inglesaron y hoy día tienen microbús que los domingos, al alba, los transporta al Hipódromo Chile.

El caserón azul fue destiñéndose y sus murallas agrietándose al quedar abandonado. La enredadera de flor de la pluma se secó, seguramente no tanto por falta de riego, pues tenía

las raíces profundas en la tierra, como por la soledad de trato humano -risas y canciones femeninas- en que la dejaron. Ella que había resistido hasta las ofensas de «Chufly», el perro del cambiador.

El viejo camino que pasaba junto a la estación, después de ver pasar en el viaje sin vuelta a muchos de los hacendados que lo transitaron durante muchos decenios en sus tiempos de polvo y lodo, cambió de trazado y perdió sus álamos, es decir, su alma, al ser cubierto con macadam.

También los caminos mueren. Un día los borra la inquietud del hombre y los invaden las zarzas. Yo pienso que es mucho mejor que ese camino de mi niñez haya desaparecido. Si estuviera igual a aquel tiempo no podría ahora mirar con ojos indiferentes, como lo hago cuando paso en tren, ese recodo campesino que antaño conducía a la vieja estación. Por ese camino llegué alguna vez a toda rienda, mensajero al servicio del amor, a depositar en el buzón de don Uldaricio la carta que enviaba una prima intranquila; por ese camino volví en tantos otoños, mientras mi caballo pisaba las hojas secas, al colegio en la capital; por ese camino se marchó una mañana de llovizna, a dormirse en la tierra, aquel tío comprensivo y cordial que me enseñó a hacer la primera lazada y que en un rodeo me «echó de peón» para que bailara una cueca en su lugar.

¿Cómo se llamaba la estación abandonada? A qué dar su nombre si ya nadie pide un boleto para dirigirse a ella.

Desapareció junto con el camino y con mi juventud.

Romance de la zarzamora

I

Hirsuta y tenaz invasora de las tierras bajas, la zarzamora expande su tumulto de hojas perennemente verdes y la urdimbre de sus tallos erizados de espinas; se arrastra por los rulos, trepa bravía a los cercados y saltando los deslindes como bestia dañina invade los campos de labradío. Donde corre una vena de agua por mezquina que sea, la prolífica pepita esparcida por los pájaros o llevada por la corriente se afinca en las orillas de los canales, luego gana los rastrojos y hasta los primeros cerros cordilleranos germina con la fecundidad de la maleza. De un año a otro ya se enraíza con tal fuerza que se necesita la punta del arado para desarraigarla. Carne de perro, ni el fuego logra llegar hasta la vitalidad de sus raíces; resiste cualquier clima y no la afectan las sequías de nuestros largos veranos ni la quemar las heladas invernales.

En primavera la zarzamora también tiene su tiempo de belleza y sus matorrales oscuros reventan en unas florecitas cándidas de frágiles pétalos. Su único don es sus racimos de moras negras y apretadas que en las postrimerías del verano llenan los frascos dulceros de las alhacenas pobres.

No satisfecha con invadir caminos y cercados y servir de guarida a conejos y ratones, ciega los cauces de regadío y si el campesino se descuida ahoga los sembrados. Desde los valles norteños donde da su fruto de oro el papayo hasta las islas chilotas donde crece el manzano silvestre, la zarzamora le disputa metro a metro la tierra al labriego. Fuera de su efímera floración no tiene otra poesía que la que le presta el pidén oculto en su maraña, al anochecer. Canto engañoso que nunca se puede ubicar; corre como el agua acompañando al viajero por la orilla de los cercados; y cuando éste cree que va a llegar junto a la oquedad verde de donde brota el canto sigue alejándose misteriosamente sin que le pueda dar alcance; hasta que de improviso siente que lo ha dejado atrás.

Al verla tan tercamente aferrada a lo largo de la tierra chilena se diría que es tan oriunda de ella como el culén refrescante o el boldo curativo; pero todos sabemos que la zarzamora fue traída de Europa como una planta preciosa. Lo que muchos ignoran es la historia de su aclimatación en nuestro suelo. Ningún cronista más autorizado para contarla que don Cosme Aedo, «criado y nacido» en Colchagua, la huasa, cuyas tierras vienen a ser la patria de la zarzamora por el vigor y la lozanía con que en ellas crece y se multiplica.

Heroína silvestre que perdió su prestigio europeo en el rabo del otro siglo, transformándose de supuesta planta de adorno y protección en maleza avasalladora, no sin ser la protagonista de muchas discusiones alrededor del brasero en las tardes de mate, y junto a la vara de las topeaduras en los domingos con chicha baya y empanadas de horno. La zarzamora, al hundirse en el migajón generoso perdió sus decorativas características de ultramar y adquirió otras selváticas, metiéndose como chilla dañina en la vida rural de los chilenos de 1900.

II

-Más mejor no quisiera acordarme; pero si su mercé se empeña... Ud. creará que la mora ha sido siempre maleza; no. Hará unos setenta años, yo era chiquillo mayor, la trajeron a Chimbarongo en calidá de niña bonita como se dice, muy cuidá en maceteros. Aseguraban que iba a ser tan útil mismamente como las parras.

El día aún no abre. Vamos por un lindero al tranco de nuestros caballos haciendo zig-zags para no enredarnos en las guías de la heroína de esta historia que parecen alargarse desde lo tupido de los matorrales para cogernos las haldas del poncho. La niebla tempranera característica de la región apenas nos deja entrever a pocos pasos la huella trajinada.

-Las primeras matas las trajo el finao don Enrique, el antiguo dueño del «Perejil» con más cuidao que si hubieran sío de cristal... ¡Lo que son las cosas! Quién iba a pensar que esas plantitas que parecían tan delicás como matas de rosa por la tupición de espinas que tenían, andando los años iban a resultar una calamidá tan grande...

Uds. ya lo habrán adivinado: el jinete que habla es don Cosme Aedo. El hombre es de pocas palabras, como si éstas se le hubieran gastado de tanto contar lo sucedido a los forasteros a lo largo de medio siglo, igual que le ha pasado con las rodajas de sus espuelas de tanto arrastrarlas por los corredores. Según su expresión al viejo vaquero nunca le ha sucedido nada; salvo el haber sido el primer cultivador de la zarzamora en Chile. Lo que es suficiente para llenar el cántaro de sus recuerdos y dar trascendencia a su vida, tanto por la Historia misma de la zarza como por el frustrado romance amoroso en que ésta lo enredó, que el corazón de las mujeres también suele tener espinas...

Don Cosme Aedo tiene las ideas simples y el rostro achatado. La nariz se le incrusta en el bigote tabacoso y abundante que se junta con la barba de estopa borrándole la boca. Don Cosme Aedo no se llamaba así, sino Cornelio Rebolledo. No, no hay que buscarle con suspicacia, razones torcidas a este cambio de nombre. Como desde su mocedad fue enemigo de las cosas complicadas, primero transformó el Cornelio en Cosme, que le pareció más corto y expresivo y luego sustituyó el Rebolledo por Aedo que lo encontró más acampado. Eso fue todo.

El viejo parte el corazón de la noche cuando clarinea el primer gallo y al tranco de su caballo sale al encuentro del alba para llegar a buena hora a rodear las vacas, pues su rancho es el que está más lejos de las Casas. En la obscuridad sólo se sienten las blandas pisadas del animal sin herraduras y no se ve más que el punto rojo que se enciende y se apaga, de su cigarrillo. Su posesión está allá donde la tierra se empina para trepar a los contrafuertes cordilleranos. Nunca ha querido venirse a vivir más cerca de los corrales, arraigado como los peumos que espaldean su vivienda a la ponchada de tierra donde naciera y prefiriendo el perfume de las ñipas serranas a los cardenales sin olor que crecen junto a los ranchos del plan.

Todas las mañanas don Cosme llega traspasado de niebla, de esta niebla tupida que cubre hasta mediodía, aun en pleno estío, el campo colchaguino. El sol lucha con ella desde amanecido y solamente logra vencerla, desgarrándola en miles de girones que se aposan en los faldeos y se anillan a los álamos de los deslindes, cuando ya está al filo del mediodía alto en el cielo. Envuelto en la niebla junto con la lechería surge, de improviso a un largo de lazo la silueta del viejo vaquero; su largo poncho, sus botas de cuero de cabro sin curtir, hasta su barba cenicienta aparecen salpicados de diminutas gotas como si le hubieran espolvoreado plata desde las espuelas a la punta del bonete maulino patinado de lluvias y soles que cubre su cabeza.

Con sus piernas ahorquilladas por sesenta años pasados sobre la montura -algo tiene que influir también el reuma de otros tantos inviernos de niebla mojadora- don Cosme camina torpemente cuando se desmonta arrastrando las espuelas; pero esto sucede pocas veces durante el día. Salvo que el patrón lo llame para averiguarle el estado en que se encuentran los animales que están en la invernada o se lo pidan las necesidades del cuerpo, vive sobre el lomo de sus caballos piareros. En las siestas del verano mientras recorre las alambradas para vigilar que no se hagan portillos por donde se entran las bestias de los vecinos echa sus mauqueadas al tranco cansino del pingo.

Los caballos de su piara están tan acostumbrados a los soñolientos vaivenes del jinete que cuando éste se inclina, adormilado, a la derecha, ellos sacan la mano opuesta para contrapesar la carga, tal como lo hace ahora su yegua Dama cuerpeando por entre las zarzadoras que nos cierran el paso.

Seguimos en fila indiana por lo estrecho de la huella.

-Bueno, don Cosme, ¿cómo es la historia de la traída de la mora?

Hace rato que el vaquero guarda silencio y sigue la marcha de atrás rodajeando flojamente los costillares de su cabalgadura.

-Es inútil que trate de tirarle la lengua, -advierte el mayordomo en voz baja. - Mientras no cuente uno por uno todos los animales del último potrero y estando yo presente dificulto que le saque palabra. No ve que yo conozco la cosa, tal como fue y a él le gusta contarla cada vez de una manera diferente. Ya la tiene más adornada que chamanto de día de fiesta.

La mañana ha ido abriéndose lentamente, ya se divisa la perspectiva de las alamedas que llegan hasta los cerros; pero aún el sol lucha abriendo boquetes por donde a ratos asoma su enorme ojo velado como si quisiera ayudar al otro ojo de don Cosme en el recuento de los animales. A la distancia se siente roncar el motor de la enfardadora de pasto. El mayordomo me hace un guiño expresivo y con el pretexto de ir a ver como marcha el trabajo de la máquina se aleja al galope.

Después de liar un cigarrillo y envolver cuidadosamente la tabaquera bordada, una vez que nos hemos quedado solos, don Cosme rompe el silencio diciéndonos:

-Toditito este ganado es de cerro. Lo hemos traído a invernarse al plan; pero pa la primavera lo llevamos pa la cordillera y se pone que da un gusto verlo.

-El talaje no está malo, la cuestión es que la mora tiene invadidos estos potreros, - le observamos, no tanto porque esto fuera exacto, pues apenas se divisan algunas matas en la verde extensión del campo, como para retrotraer la conversación al tema de la zarza.

El hombre, ladinamente, no se da por aludido y evita la respuesta picando espuelas a su caballo para hacer levantarse a un buey corniabierto que se encuentra echado cerca.

-Este güey aguanés ha estao enfermo; pero ya está volviendo.

-Habrá comido mora por allá arriba -insistimos nosotros, a pesar de que sabemos lo torpe de nuestra observación.

-No; los animales no la comen sino cuando están muy hambreados, contimás que por la cordillera no crece la mora.

-Y Ud. dice que la trajeron como planta muy útil. ¡Lo que son las equivocaciones!

-Hará cosa de sus setenta años -agrega don Cosme completando nuestra frase. Le da unas fuertes chupadas a su cigarrillo, nos mira fijamente con su ojo bueno y ya decidido empieza a contarnos:

Cuando yo era guaina como arrenquín de las Casas me metía en todo. Con el jardinero había aprendido algo de cultivar las plantas. Un día el finao don Enrique, el antiguo dueño, llegó de Santiago con un paquete que treída con mucho cuidado, talmente que si fueran cosas delicás que pudieran quebrarse. -«Oye, huacho, me dijo, -era un modo de decir que tenía el patrón -aquí trago unas plantas raras que han llegado de las Uropas. Se puede sacar vino de sus frutos y también dicen que sirven para proteger los cercos».

Y sacó del paquete unas patillas de planta, espinudas y con unas hojitas verdes. -Me las conseguí en la Quinta Normal, continuó diciéndome don Enrique -, la llaman zarzamora. Da frutitas negras, como racimos de uva, con las que se puede hacer vino.

-¿De dónde sacaron que la zarzamora daba vino, don Cosme?

-Es lo mismo que yo he pensao muchas veces; pero en aquellos años en que too lo treídan los gringos de ajuera, qué no iba a creer uno cuando había visto tantas cosas raras, como ser que haciendo injertos hacían que los naranjos dieran limones. Too cambia con los años, hasta la tierra. Ya ve Ud. -¿quién iba a pensar que el arroz se iba a dar en Chile y en las tierras más malas...?

Nuestro cronista de poncho y espuelas tiende a salirse del tema, lo mismo que esos animales que en los arreos se apartan del piño para ramonear en los hierbajos de las orillas con la intención de volver grupas hacia la querencia, si el arriero se descuida. Tenemos que ir paleteándole la narración a don Cosme, no sea cosa que nos descuidemos y nos deje a medio camino volviéndose hacia otro hecho anodino y sin interés.

-Bueno, don Cosme: ¿Cómo empezó Ud. a cultivar las plantitas?

-¿Qué plantitas?

-No ven, hay que estar encima de él. Esta vez le pegamos la atajada resueltos para que no se nos vuelva a la querencia de su mutismo obstinado.

-Las de zarzamora, pues. De ellas estábamos hablando.

Nos mira de soslayo, escondiendo su ojo zarco, mientras con el negro parece decirnos, por lo redondo que lo pone: «Guen dar con el afuerino porfiado. No hay manera de sacarse el lazo con él».

Mira un momento hacia la altura, no sabemos si pidiéndole paciencia al cielo para aguantar nuestras preguntas o para apreciar cuanto rato más durará la niebla; luego al parecer entregado reinicia el relato echando con humo las palabras.

-El patrón me hizo que colocara las moras en maceteros y me dejó muy recomendado que las pusiera al reparo, no fuera cosa que se fueran a helar. Se da cuenta de la ignorancia en que estábamos. ¡La mora, helándose como las parras! Yo lo hice todo conforme su dictamen. Les puse tierra de hojas con guano, que era por esos tiempos el único abono que se conocía y las metí bajo un alero. Las matas empezaron a crecer que era un gusto. Don Enrique, cada vez que venía de Santiago iba hasta la posesión a echarles su vistazo. Antes de los dos años, cuando abotonaron, ya se había corrido la voz por estos lados de que las moras iban a dar la frutita para hacer vino. Llegaban en romería a mi posesión a ver las matas, hasta de San Fernando venía gente picada por la curiosidad. Y les entró la codicia. Así fue como me las robaron.

Junto con botar la colilla que amenazaba quemarle los bigotes, don Cosme ha pronunciado la última frase como arrojando lejos el pucho de un recuerdo con tono rotundo. Se ve que ha querido darle un corte definitivo al relato. El sol ha vencido por fin la cerrazón de la mañana y barniza las hojas, húmedas de rocío de la heroína vegetal de este romance. La niebla huye en flotantes desgarrones perdiéndose en el azul. Es inútil insistir. Comprendemos que el robo a que alude tan secamente contiene la médula de la historia. Es el capítulo fundamental que el viejo no puede contar a la plena luz del día que se ha abierto como un milagro. Tendremos que armarnos de paciencia y esperar mañosamente otra mañana cerrada para conseguir que cabestreen sus recuerdos.

Resulta, como dicen los cuentistas de fogón cuando quieren reenhebrar el hilo de sus recuerdos, que don Cosme Aedo se casó ya entrado en años. Hecho insólito en un hombre de campo donde tempranamente los animales se emparejan cumpliendo la ley de la naturaleza y en que todo peón se busca su compañera sufrida y paridora, apenas tiene rancho y una cuadra para sembrar porotos; y la elige generalmente mucho mayor que él, que le doble la edad por lo menos.

Don Cosme supo de la comida recalentada en la cocina de la gañanía cuando volvía tarde de sus quehaceres vaqueros; de las interminables noches de invierno, solo en su cuarto de soltero; pero ni las acideces del estómago ni las inquietudes de la carne lograron convencerlo durante muchos años de las ventajas de la vida matrimonial. La razón secreta de su terquedad sentimental la tuvieron precisamente esas matas de zarzamora; y junto con ellas la astucia de viuda indina que lo dejó resentido cuando apenas le apuntaba bozo, como a potrón recién quebrantado por las primeras ensilladas que enfrenan antes de tiempo.

-A la bestia le pegan una sola vez por la cabeza y queda mañera pa siempre, - sentenció don Cosme cuando le preguntamos por que había tardado tanto en casarse.

Por aquellos años que el narrador evoca con intencionada malicia criolla -injerto de nostalgia en picardía- y en que la zarzamora llegó a Chile en calidad de planta preciosa, el tren no alcanzaba sino a Curicó y en sus primeros viajes no faltaron huasos que le salieran al encuentro, medios caramboleados, con la intención de lacear la máquina para ver si era tan tiradora como decían. En ese entonces Cosme Aedo era un mozo esbelto y membrudo, buen jinete corralero, que aún no había experimentado aquello de que: «un pelo de mujer tira más que una yunta de bueyes». Pero un día, mejor dicho una tarde de fiesta, en que había ido a una corrida en vacas su corazón inexperto quedó enredado en el huache que le

armara una viuda que tenía sus tierras de pan llevar por esos lados. La Primavera andaba suelta por los campos como una potranca blanca y el mocetón sintió su galope por las venas en cuanto la mujer lo quedó mirando fijamente, de frente, con sus ojos claros que parecían dos piedrecitas bajo el agua.

Doña Petronila Moya v. de Cavieres era mujer muy gustadora por su pelo rojizo y su rostro moteado de pecas rubias. En la región tenía fama de ser hembra de armas tomar y también de disparar. Se había casado muchachona, como que para el casorio recién se levantó el moño, con don Juan de Dios Cavieres, un viejo ricachón de setenta años muy tomados y corridos. A don Juan de Dios no le duró el tabaco más de un lustro de vida matrimonial y víctima de un ataque al corazón dobló la esquina dejando a doña Petronila con veinte inquietas primaveras y doscientas cuabras de riego.

Cuando Cosme Aedo puso en ella su ojo bueno ya la viuda andaba taconeando sobre los cuarenta años. Tenía la edad psicológica exigida en el campo para soliviantar a un muchacho de veinte y tres, que era los que contaba nuestro amigo. Como no se había vuelto a casar ella misma trabajaba sus tierras. Se entendía con capataces y medieros e iba al pueblo todas las semanas -cuatro leguas de ida y otras tantas de vuelta- a buscar la plata para el pago de sus peones, sin más compañía que la de un muchacho para que le tuviera el caballo donde ella se apeaba.

La gente decía que usaba puñal en la liga; pero no era ná cierto, -puntualiza don Cosme.

-¡Conque le vio las ligas a la viuda!

-Y esa fue mi perdición.

Después de haber andado más de un año a las vueltas y revueltas mientras la muy ladina se hacía la desentendida y cuando ya el mozo pensaba enderezar riendas hacia otra conquista más fácil, y ¡zas! que una tarde de rodeo en que Aedo se había tirado a matar haciendo unas atajadas como las reglas corraleras exigen, en la ramada oficial se topó con la viudita.

-Lo felicito, Aedo, Ud. corre como los ángeles, -le dijo entornando los ojos.

-Es la Remolacha que ataja sola, señora Petronila.

-Es cierto que la yegua es una seda; pero es el jinete el que manda. Y Ud. manda con mucha fuerza, ¡mi hijita!

Este «mi hijita», como rodaja bien clavada, le picó a Cosme el corazón, que principió a brincarle enloquecido.

Dos pechugas de loicas eran las mejillas de la viuda. Las pecas se le habían fundido con la rojez que le subía hasta la raíz de los cabellos. A cada frase que decía, el reloj con un trébol pintado en la tapa que llevaba sostenido por un broche de oro junto al seno izquierdo subía y bajaba hamacándose suavemente.

A cualquier muchacho de la ciudad, ducho en amoríos de vecindario, se le encrespa el instinto si le reconocen la hombría en un lenguaje tan expresivo, cómo no iba a perder los estribos un inexperto mocetón campesino cuando además la incitadora tenía veinte años más que él, vestía una bata de terciopelo morado y llevaba anudada al cuello una cinta del mismo género, lo mismo que las princesas que aparecen en las láminas de los libros.

Entre el rumor delirante de las cuecas con arpa, vihuela y piano y sonoro tañidero de lata, después de haber bailado una con más guaras que un bordado de las monjas, la viuda y su galán empezaron a platicar el amor de esa manera ambigua entre tierna y agresiva con que los criados en el campo se confiesan su mutua atracción. El se la hizo con un mercedario que estaba como para resucitar un muerto y ella tomó el ponche en leche por la misma parte del potrillo en que Cosme lo había hecho.

-Le voy a saber sus secretos, Aedo.

-Es lo que estoy deseando, señora Petronila.

-No sea etiquetoso: llámeme Petronila, a secas.

El mozo ya estaba lanzado; pero ella lo acicateaba aún más con los ojos y las palabras.

-¡Ay! ¡Ud. está enamorado, mire, -exclamó después de haber bebido, pasándose la lengua por el labio superior que cubría un leve bozo!

-¿Me da permiso para saber si soy correspondido? -le respondió a su vez, Cosme.

-¿Y por qué me pide permiso a mí? Tome por donde quiera, mi hijita. -Él bebió largamente sobre la huella que habían dejado los labios de ella. Desde este momento con la audacia que le daban los tragos copiosos y la certeza que le daban las palabras de la viuda el idilio se hizo franco.

Sintiendo que pisaba en terreno seguro, Cosme hasta intentó besarla delante de toda la gente que en el frenesí de las cuecas, apenas reparaba en la calentura de la pareja.

-No se propase, Aedo, no ve que nos están mirando, y blandamente lo retenía de las muñecas; luego en una transición bravía:

-¿Es cierto que Ud. tiene en su posesión unas plantas que trajo don Enrique, que llaman moras?, ¿será porque no las han bautizado?

-Así ha de ser porque les falta madrina a las pobrecitas.

-Dicen que sirven para hacer vino, ¿no?, y también para proteger las cercas por lo tupidoras que son.

Mientras le averiguaba las características de la zarza doña Petronila se dejaba palpar las protuberancias del terciopelo. Aedo, perdido los estribos de la timidez, manilargo y suelto de lengua se lanzó, a media rienda amorosa, a ponderarle las cualidades de la mora con tales relieves que la hacían aparecer como una planta de virtudes taumatúrgicas.

-Me gustaría ver la tan mentada zarzamora.

-Cuando Ud. quiera no más... ¡Petronila!

-¡Y si quisiera ahora mismo?

A Cosme Aedo se le dio vuelta la fonda con todas sus cantoras, bailarines y concurrencia huasa. Todavía al recordarlo, a pesar que desde entonces han llovido más de cincuenta inviernos sobre su poncho cordillerano, el viejo siente un vago estremecimiento, amortiguado eco del tremendo remezón psicológico y físico que lo sacudiera de pies a cabeza, cuando la pícara viuda le dijo aquellas palabras quemantes envueltas en la coquetería de una interrogación desafiadora.

-¡Ay, Señor!..., -exclama el vaquero, interrumpiendo sus recuerdos mientras se levanta el bonete maulino y se rasca la pelambre como si aquellas remembranzas le picaran la cabeza. Levanta un momento hacia el cielo su ojo oscuro para ver si la niebla ralea; pero esta mañana abrialeña no es propicia y no deja que el día abra, que si abiera a buen seguro que cerraría el pico de zorzal enjaulado que lleva dentro del pecho el narrador.

-Dicen que las mujeres, hasta las menos tentadas de la risa, suelen tener sus momentos de debilidad. Lo que es aquella condená parecía que vivía tentada. Esa tarde yo le oferté casorio y ella me dio el sí.

En su mocedad de jinete corralero Cosme sabía mucho de arreglar caballos diestros en rienda; más lo ignoraba todo con respecto a las dueñas experimentadas que según sus conveniencias saben fingir amor, haciéndose las condescendientes, para obtener otros fines; y creyó en la debilidad de la viuda.

Anochecido, cuando la fiesta estaba entre dos luces ambos abandonaron disimuladamente la fonda y fueron a buscar los caballos que estaban junto a la quincha de la media luna.

-Es mejor que dejemos aquí su caballo, mi hijita, para que no sospechen. Yo lo llevaré al anca en el mío.

¡Dónde se ha visto que un huaso acepte que una señora mujer lo lleve en las ancas de su cabalgadura!; aquella noche Cosme Aedo no era dueño de su amor propio y montó a la grupa del pingo de la viuda.

Durante el camino el perfume de Agua Florida que se desprendía de los cabellos de la mujer acabó de trastornarlo. Saboreando de antemano la entrega, hundía los dedos en las carnosidades de la cintura de la hembra; en su embriaguez de alcohol y sensualidad

sintiendo que las estrellas giraban en el firmamento y que abajo la obscuridad borraba la tierra, si no hubiera sido por el isócrono resonar de los cascotes del animal, habría creído que caminaban suspendidos en el aire. A ratos cuando se hacía demasiado fuerte la presión de sus manos en la cintura de la viuda, esta protestaba amenazadora.

-Tese sosegado, mire que si no me vuelvo pa la fonda.

-Qué se iba a volver, señor, cuando iba detrás de otra cosa y no de lo que yo, don Juan de las chacras, creída, -se contesta a sí mismo el viejo echándole en cara al ingenuo muchacho que fue, su falta de malicia.

Hemos llegado al deslinde donde las apretadas columnas de álamos se detienen cumplida su misión demarcadora. Cerca se siente el rumor del río que baja por el cajón de cordillera. Don Cosme parece que quiere cortar aquí su relato, pues vuelve grupas en silencio. Junto con el pucho del cigarrillo que arrojó cuando ya amenazaba quemarle los bigotes parece que también quemó el tabaco de los recuerdos. Este mutismo suyo es un barrizal psicológico que hay que atravesar cautamente, no vaya a ser cosa que una tembladera de su amor propio nos deje hundidos sin poder seguir.

-¿Y en que paró la cosa? ¿En la cama?, -le interrogamos.

-Si entonces no me di cuenta de lo que pasó, qué voy a acordarme ahora después de tantísimos años, -nos contesta evadiendo taimadamente el final de la historia.

-¡Miren que no se va a acordar!, -volvemos a la carga.

Nos mira frunciendo el ojo bueno, se pasa la mano huesuda por la barba de estopa, meneando la cabeza como diciendo:

¡Guen dar con el hombre curioso! La niebla nos sigue favoreciendo pues por este lado del cajón, junto al cerro, unos cendales se anillan en las copas de los álamos. Por último don Cosme se decide a contarnos el desenlace de su aventura.

-Llegamos a mi posesión cuando salía la luna. Yo me apié de un salto pa bajarla; pero ella también se tiró de un brinco antes que la agarrara. Después que vio las matas de zarzamora yo la convidé a tomar una mistela que tenía. La bien verdad es que quería cargarle la mano en el trago pa que se le jera a la cabeza, y..., Ud. me comprende -... - subraya la frase con un guiño picaresco que le engarfia los bigotes en la nariz.

-¿Y perdió la cabeza la viuda?

-Qué l'iba a perder; ¡era muy hombre pal trago! ¡Fui yo el que la anduvo perdiendo, pero se defendió con dientes y uñas! Tenía más juerza, y yo estaba muy licoreao.

-De manera que en lugar de acostarse con doña Petronila fue ella la que lo acostó a Ud.

-No tanto, mi amigo; pero poco faltó. En la trifulca que armamos dimos vuelta la mesa en que estaba la lámpara y quedamos a oscuras. Milagro fue que no me quemara vivo. D'ei no supe más de mi alma. Al otro día cuando me desperté con la garganta como yesca y sin darme cuenta de lo que me había pasao, al salir al corredor vide que las moras habían desapareció.

-¿Y la viuda?

-Parece que se fue junto con las moras porque andando el tiempo doña Petronila fue la primera por estos lados que tuvo todo el frente de su fundo que daba al camino rial cubierto de zarzal.

Del enojo que experimentó el finao don Enrique, don Cosme Aedo no quiere acordarse. Más de año estuvo echándole en cara que de puro lacho le había regalado las matas a doña Petronila. Pero cuando en la primavera siguiente empezaron a brotar las moras a la orilla de los cercados, junto a los canales, en medio de los potreros multiplicándose como mala yerba y el hombre se dio cuenta que no se podía hacer vino con ellas, un día, nos agrega el viejo vaquero que lo llamó y le dijo:

-Mira, guacho: nunca creí que un día tendría que agradecerte el descuido que tuviste con las zarzamoras. Si a pesar de la distancia que hay a la propiedad de doña Petronila Moya las semillas han llegado hasta aquí, qué hubiera sido si las hubiéramos seguido cultivando dentro del fundo: ésta era la hora en que nos habrían tapado todos los potreros.

-No es a mi patrón a quien tiene que agradecerle el servicio, sino a la viuda, -le contestó don Cosme socarronamente.

El sol como si hubiera estado esperando que el viejo concluyera su relato, dispersa a ramalazos de luz los últimos girones de la niebla que pertinaz se aposaba en los faldeos. El ganado se desentumedece enarcando los lomos brillantes aún de rocío. El canto del río lejano parece que adquiriera mayor intensidad al recibir la lumbre solar; y una banda de tordos vuela desde un espino seco dejando el árbol deshojado de pájaros.

En el viejo álbum de familia

Las cosas inanimadas a las que nos empeñamos en negarles destino propio, por la imposibilidad que tenemos para penetrar en lo misterioso, suelen vengarse de nuestros desvíos cuando las declaramos inservibles o pasadas de moda, escondiéndose a veces para siempre. Entonces torpemente pensamos que las hemos perdido, cuando en realidad han sido ellas las que se han apartado de nosotros, considerándonos indignos de guardarlas.

Hablo naturalmente de las cosas hermosas que formaron parte de nuestra vida íntima, personal o familiar.

¿Dónde han ido a ocultarse, horrorizados de los modernos retratos en colores, los daguerrotipos del decimonono que en los salones daban romántico prestigio a los álbumes de familia? ¿En qué vitrina de anticuario se confunde con marfiles y abanicos de colección, la imagen de la damisela peinada en bandós y vestida de crinolina que nos tuvo hechizados durante los años infantiles con sus ojos zahoríes y su vaga sonrisa leonardesca?

¿A qué desván fue a esconderse el retrato sacado por Garreaud, el fotógrafo de moda en las postrimerías del pasado siglo, de aquel tío apuesto y melenudo que no alcanzamos a conocer y que embrujó nuestra juventud con su leyenda de trotamundos? ¿Qué mano furtiva sustrajo el cartón con la figura enlevitada, rostro de prócer y actitud de primer actor, guantes y bastón en la siniestra y la diestra afirmada sobre la mesita de prestidigitador, donde el sombrero de copa parecía que ya iba a vomitar palomas, de aquel señor cuya identidad se ignoraba en la familia?

Todos desaparecieron sin dejar rastros, cuando el álbum dejó de ser objeto de adorno y custodia de sombras queridas.

¡El álbum de retratos! Fue el primer libro en que aprendimos a soñar despiertos, subyugados por el misterio de aquellas miradas entristecidas por los largos años de permanencia entre sus acartonadas páginas. Toda una humanidad de señoronas de abultado seno, doncellas de cintura de jeme, caballeros de barbas reteñidas, excelentes para servir de propaganda a una marca de tintura, militares con dormán y kepí franceses y pera y bigote a lo Napoleón III; y pisaverdes cosidos dentro de trajes a cuadros, que con lo forzado de sus actitudes y lo pintoresco de su atuendo nos decían lo que había sido la mentalidad y el espíritu de su época, más elocuentemente que un tratado de psicología. Dos o tres veces al año, en la víspera de una tertulia o de la celebración de un santo, cuando se abría el salón oliente a humedad y naftalina, ese olor ambiguo de las salas largamente cerradas, a los muchachos nos era permitido hojear el álbum de retratos. Las sillas y sillones al golpe del plumero parecían desentumecerse de la inmovilidad en que las mantenían las fundas. El pesado libro de tapas de terciopelo y barrocos adornos de metal en sus esquinas, también parecía que se animaba como si las figuras aprisionadas en su interior reclamaran aire y luz. Con supersticioso respeto, lo sacábamos de la mesa de arrimo de desvaído espejo en su parte inferior e íbamos a instalarnos con él en el amplio sofá de la pieza de costura, cálido y acogedor como el regazo de la abuela. Allí estábamos a nuestras anchas.

Durante meses resistíamos a la tentación de pedir permiso para contemplar el respetable álbum, para que se vigorizara la emoción que sentíamos cada vez que lo hojeábamos. Junto al brasero de gran rodela de bronce, mientras la lluvia lagrimeaba en los vidrios de la puerta que daba al primer patio con naranjos, abríamos aquella novela de rostros, en que cada retrato era un breve y sugerente capítulo de recuerdos. Empezaba el desfile de damas antañosas y caballeros «de gracia», como el de «La Gran Vía»; novias envueltas en tules y petímetros endomingados. Para darles mayor relieve y no perder detalles de las figuras, nos valíamos de un enteroscopio. Entre todas esas fotografías teníamos algunas que nos atraían singularmente, con las cuales sosteníamos diálogos largos y contemplativos. Tres eran las que contaban con nuestra preferencia: Eloísa, tío Telésforo y don Patricio. Sus rostros llenos de fuerza anímica y simpatía, al mirarlos con fijeza, adquirían vida, los veíamos

gesticular; y nos hablaban con una voz que solamente a nuestra imaginación le era dable escuchar. A veces debían hacernos sutiles interrogaciones que nosotros nos apresurábamos a contestar, porque de repente sentíamos a la abuela que nos decía:

-¿Qué es lo que estás hablando solo niño?

¡Cómo responderle que estábamos conversando con un retrato! Guardábamos un silencio vergonzoso de muchachos pillados en falta.

I

La primera visita al álbum la hacía con mucha cautela, temeroso que alguien fuera a descubrir mi secreto. Dentro de él, tenía un gran amor ¡Cuánto misterio encerraba aquella muchacha de polizón, con su mata de pelo recogida sobre lo alto de la cabeza, en un complicado peinado que se volcaba en rizados sobre la frente! Se llamaba Eloísa. ¡Eloísa! ¡Qué nombre para una amada de finales del XIX! Era una de las pocas cosas que había logrado averiguar de ella, su nombre. ¿Por qué -pensaba- no me pusieron Abelardo? Y la conclusión era que los padres nunca aciertan con los nombres que deben poner a sus hijos.

Tía Betsabé que al revés de las solteras era poco inclinada a contar historias, nos había descrito con pocas palabras la corta vida de Eloísa. Habían sido condiscípulas en las monjas francesas, pero como no pertenecieron a la misma clase -tía Betsabé aseguraba que ella era mucho menor- bien poco sabía de su psicología. Además la palabra psicología no formaba parte del vocabulario de la solterona, sólo recordaba que «era una muchacha encantadora». Al salir del colegio, no se volvieron a ver hasta que se encontraron en el primer baile con cuyos trajes se fueron a retratar. Entonces le dio la fotografía que figuraba en el álbum. Poco después supo que se le habían llevado a un clima de altura, porque estaba enferma del pulmón; más tarde le dijeron que había muerto. Nada más le pude averiguar. Una vez que insistí, exclamó:

-¿Pero qué curiosidad tan rara tiene este mocoso? Parece que estuviera «templado» de esa pobre chiquilla muerta hace tantos años.

Así todo lo relativo a la vida íntima y el alma de Eloísa lo había tenido que inventar mi imaginación.

Eloísa me recibía con la vaga sonrisa giocondana de sus ojos de gacela. Tal la veía a través de mis prematuras lecturas novelescas. Tenía los labios gordezuelos, un poquito desdibujados.

Dejadme seguir describiendo a Eloísa. Sin vacilaciones puedo asegurar que era una hermosa muchacha en flor. De una hermosura de medallón, como se concebía cuando el «maquillaje» sólo llegaba al carmín y los polvos de arroz. La suya era una belleza natural, sin mayores aliños. Ni postizos, ni enmiendas faciales, porque todavía no se conocía la

cirugía plástica. El rostro de Eloísa respiraba ternura interior, con su carnación fina y sensual a la vez, como las modelos de los pintores ingleses de la edad victoriana; rostro, que con sus ojos enigmáticos, se reía para adentro. Las cejas, un tanto gruesas de hembra española, contrarrestaban el sajonismo apuntado y la boca... Bueno, la boca concentraba toda la dulzura ardorosa e ingenua de ese rostro antiguo. ¡Quién le hubiera dado un beso!

II

La segunda visita en el álbum era para tío Telésforo. Quién no ha tenido en su infancia un tío que se llamaba Almanzor, Tristán, Alcibíades, Temístocles o Salustio -algunos de los nombres corrientes en los albores del Novecientos -que un día salió de viaje, ligero de ánimo y de equipaje, para «hacerse hombre» por cuenta propia y del que nunca más se supo nada. El recuerdo de tío Telésforo fue hasta la muerte de los abuelos, la sombra teñida de pena que apagaba la charla familiar, produciendo largos silencios cargados de pesadumbre.

Este tío legendario que no alcancé a conocer, a juzgar por lo que se contaba de él, debe de haber sido un tipo formidable.

Un tiempo su retrato estuvo sobre un estante en el escritorio del abuelo; pero como la abuela lanzaba unos hondos suspiros cada vez que pasaba por allí y los nietos intrigados preguntábamos qué se había hecho ese tío desconocido para que la viejecita se acongojara tanto al mirarlo, se acordó sepultarlo era el álbum del salón. Se le privó de la luz por ser mal recuerdo para la anciana y mal ejemplo para los muchachos.

Tío Telésforo tenía prestancia de actor. El retrato mostraba a un mozo muy «juncalés», de ensortijada cabellera que se le desprendía como un ala del sombrero de paja, inclinado sobre el ojo. Parado en cuarta, como un espadachín, avanzaba un pie calzado con botín abrochado y miraba, con el aplomo del pipiolo insolentemente plantado frente a la vida. El alto cuello, al que se anticipaba una inverosímil corbata de rosa, tal vez contribuía en gran parte a darle ese aire de arrogancia, manteniéndole la cabeza erguida. Lo pienso ahora así, porque los párpados cansados caían sobre unos ojos vivos y claros de hombre más dispuesto a sonreír que a despedir chispería de desafío. El gesto de la boca de labios gruesos más bien denunciaba a un temperamento de filósofo escéptico, que a un aventurero de garra y brío; pero la quijada avanzaba fuerte y el mentón, bien modelado, aparecía partido tal si hubiera recibido el golpe definitivo del pulgar de un escultor.

¡Qué grato era el encuentro con aquel tío perillán, que me recibía con la mano derecha engarfiada en el borde del chaleco de fantasía y la izquierda sosteniendo el junquillo y los guantes! Cada vez que mi padre me veía con el álbum abierto ante el retrato de tío Telésforo, exclamaba:

-Estás contemplando a Florito. Era el hermano que más quería, porque era el menor. ¡Qué muchacho más simpático e inteligente! Pero no tenía cabeza. Eso lo perdió.

Casi siempre yo fingía no reconocerlo, para oír del autor de mis días la historia aventurosa de su vida; y también para que no quedara desvirtuada su autoridad paternal, pues inevitablemente epilogaba la narración, con severas reflexiones sobre la inconsciencia y la falta de juicio de cierta juventud que se cree dueña del mundo, porque tiene veinte años.

Pero quién decía la última palabra, era tía Betsabé que al pasar comentaba:

-Fue el «basilisco», no podía esperarse otra cosa de él.

Tío Telésforo salió distinto a todos sus hermanos, temperamento e inclinaciones. Mientras el mayor abrazaba la carrera de las armas siguiendo la tradición de la familia, que venía de los tiempos de la Patria Vieja y el segundo, que era hombre de cálculos y números, se decidía por la ingeniería, él sólo manifestaba interés por el teatro y la música. Amigo de hacerle bromas y ponerles sobrenombres a los profesores durante sus años de humanidades, le aplicaron inútilmente guantes por sus bellacadas. No se corrigió nunca.

III

El álbum también tenía su retrato misterioso...

En la sinfonía de rostros amables, huraños, ingenuos o maliciosos, el daguerrotipo de aquel caballero antiguo era la nota enigmática. Allí estaba alternando con los parientes y amigos ese huésped desconocido. Nadie en la familia sabía quién había sido ni cómo había llegado al álbum. Por la prestancia de su figura y la hermosa severidad de su fisonomía se le llamaba don Patricio.

No se podía dudar que con su anticuada distinción de dibujo de Gavarni: levita entallada, corbatín de seda, patillas inglesas y alto sombrero de copa, prestigiaba el libro. Se le respetaba su colocación en uno de los primeros cartones, como un antepasado ilustre.

Sobre su ingreso al álbum se daban varias versiones. Según la que tenía más visos de verdad, don Patricio habría sido un conde venido a menos que el abuelo conoció en París, donde le sirviera de cicerone. El daguerrotipo pertenecía a sus años de auge. La más novelesca aseguraba que no era otro que el Archiduque Francisco Salvador, aquel hijo del Emperador Francisco José que se perdió sin que nunca más se supiera de él a raíz de la tragedia de Mayerling. Como se publicó a principios de siglo que el archiduque había sido encontrado en la Patagonia argentina viviendo bajo el nombre de Salvador Orth y el abuelo cuando mozo, recorrió en andanzas mineras esas tierras, se inventó esta fábula; pero su falta de base real saltaba a la vista, porque el retrato era de 1850 por el atuendo del retratado.

Y la más humorística de todas las versiones aseguraba que el álbum había sido vendido con don Patricio dentro. Al ver la poca figura de abuelo Gaspar, el comerciante francés se

la habría incluido en la primera página para que iniciara la colección de la parentela con un tío de noble estampa.

De lo que no cabía duda era que don Patricio estaba allí por su distinción, porque si no hubiera tenido ese aspecto romántico y respetable, lo habrían sacado del álbum sin mayores consideraciones.

Durante medio siglo se le respetó su sitio de honor. Estaba escrito que el destino de don Patricio sería el de sobrevivir a todas las crisis y evoluciones de la familia. Su suerte estaba ligada a la del álbum. Cuando después de desaparecidos los abuelos la sucesión hizo el remate de la casa y de los muebles, entre las cosas que no cayeron bajo el martillo, quedó el libraco de tapas de terciopelo ya desencuadernado y con sus cantos de metal rotos. «Mama» Loreto, la vieja criada a la que toda una vida consagrada a la crianza de los hijos que le nacían a las tías y los tíos, le otorgara un parentesco sentimental mucho más fuerte que el que le hubiera dado la sangre, lo reclamó para llevárselo como recuerdo.

Antes de entregárselo, la familia se repartió los retratos de los parientes más próximos y de los amigos más queridos. Muy pocos fueron los que quedaron entre las deterioradas páginas. En una de ellas quedó olvidado don Patricio. Parece que nadie, dado que ya no se usaban los álbumes, quiso llevárselo porque no tendría donde ponerlo. Así es la ingratitud humana. Después de prestigiar el linaje durante cincuenta años, se la dejó entregado al destino de las cosas inservibles.

Una triste tarde de despedida, en que en la casa desierta los pasos de los «golondrineros» que se llevaban los muebles aún tibios de los cuerpos de tía Betsabé y tío Gaspar, resonaban con ecos de profanación, don Patricio se marchó dentro del álbum en el canasto de viaje de «mama» Loreto. Con la viejecita llorosa, el caballero hizo el trayecto primero en tren y luego en carreta hasta la hacienda La Puerta, en Colchagua, donde «mama» Loreto, vuelta al rincón nativo, fue a enterrar su vida de abnegación y fidelidad a los viejos patronos que se habían ido antes que ella.

De esto hace ya muchos años. «Mama» Loreto ya no es sino un cálido recuerdo de mi infancia y una cruz que, en la primavera, se cubre de yuyos y huilles silvestres en el cementerio aldeano: pero no sería raro que don Patricio haya sobrevivido a tanto tumbo de vida y muerte, y que ahora esté decorando al lado de los Padres de la Patria, la consola rústica de algún heredero de «mama» Loreto.

Cuando se marchó de vuelta a su territorio precordillerano, la noble vieja estaba muy cegatona y confundía los rostros vivos. (A todos los de la familia los distinguía mejor por la voz que por su fisonomía).

Allá, donde en la soledad montañesa canta el río Claro, presidiendo junto con don Bernardo O'Higgins y Manuel Rodríguez las reuniones domingueras con vino áspero y tonadas huasas, acaso don Patricio se sienta mejor que en el brete del antiguo álbum donde pasara tantos años de su vida de retrato.

Seguramente que a don Patricio lo habrá hecho pasar, en el rancharío del camino a las Vegas del Flaco, por uno de sus patrones de la capital.

Canción a la vela, sin vela

En la poza de ese aprendiz de puerto grande que es San Antonio, se encontraba hundido hasta hace pocos años un velero de cuatro palos. Ya no se construyen veleros de esa envergadura ni de ninguna otra, desde que los hombres han despoetizado el mar quitándole su prestigio al viento y haciendo las travesías en barcos impulsados por hélices; y lo que es más horroroso, en aviones que son verdaderos cetáceos volantes.

No faltará quien me arguya que estos vuelos transatlántico encierran la nueva poesía, pero el lector no debe olvidar que yo escribo con la vista vuelta hacia la puerta del siglo y con la pluma mojada en nostalgia, que es una tinta de airado y melancólico azul.

Aquel velero de grabado nórdico era lo mismo que si estuviera bajo el agua, un dimensional poema de hierro del tiempo de Espronceda, cantor de bajeles piratas, y del que se ignoraba su contenido lírico.

Estaba a pocos metros de la punta del muelle, como si su mascarón de proa, cuyos brazos alcanzaban a emerger a la superficie en los días de baja marea, quisiera prenderse a los pilotes antes de desaparecer bajo el mar. Pero la impasibilidad del rostro de la extraña dama simbólica que personificaba al mascarón, desmentía la idea de angustia que expresaban los brazos. Sólo los cuatro mástiles desnudos, con uno que otro muñón de foque y resto de jarcias, se alzaban hacia el cielo y seguían recibiendo la envolvente caricia del viento viejo; ese que viene de mar adentro, porque ya no encuentra qué impulsar.

¿Encalló allí con sus fondos carcomidos o lo abandonaron sus armadores después de desmantelarlo, porque ya no les hacía cuenta rellenar sus bodegas y lanzarlo a la aventura de las largas travesías?

Antiguos navegantes iban por las tardes a contemplarlo fumando su pipa en silencio, acodados en la barandilla del muelle. Marineros en espera de embarque se quedaban mirándolo horas enteras.

Esos hombres que han pasado su vida en el mar, no pueden mirar con ojos impasibles un velero hundido en la poza de un puerto. Es una desgracia de la que no se conforman, aunque nunca hayan sido sus tripulantes. Los conmueve hasta la pérdida raíz de su ascendencia de tritones; lo mismo que les pasa a los huasos que se estremecen en su rudeza, sacudidos en su recóndito instinto de centauros, cuando ven echado para morir a un buen caballo «monturero».

Un buque a motor que se vara en la playa y las olas destruyen poco a poco no les produce ninguna reacción dolorosa; por el contrario, piensan que es la venganza de los dioses marinos contra los ultrajes del petróleo que mancha las aguas. Pero la contemplación

de un velero derrotado por la herrumbre, es algo que los viejos navegantes no pueden soportar.

Todo velero nace para ser barco fantasma. Su destino, según los hombres fieles al velamen, es perderse una noche de tormenta al doblar el Cabo de Hornos o desaparecer bajo un tifón en los mares de la China, para resurgir pasados los años en las inmortales aguas de la leyenda. Si el «Ellidi», de Frithjog, el Audaz, surcaba los fiordos y los mares del Norte, luchando con los malos espíritus que tratan de hundirlo, según los viejos marinos noruegos, nosotros tenemos al «Caleuche» que los chilotes ven navegar invertido en las noches de luna por los mares del Sur.

Ese velero sumergido junto al muelle de San Antonio, era un símbolo romántico de la vida sin prisa del siglo pasado. Yo me solía sumar a la hilera de viejos contramaestres y timoneles que en los largos crepúsculos del verano, acodados en el muelle, iban a llorar por dentro contemplando el casco que se transparentaba bajo el agua. Las consideraciones un poco melancólicas, escritas a continuación, son producto de esas horas pasadas en silencio frente a la embarcación náufraga.

Es inútil que los soñadores de los viajes a vela traten de ocultarlo: el mar ha perdido su antiguo prestigio. ¡Ya los niños no creen que hay sirenas! En la mitad del siglo XIX la navegación a vapor le quitó al Mediterráneo su aventura.

Es natural que las nuevas generaciones se muestren escépticas respecto a la existencia de ellas. Las bombas de profundidad de la última Gran Guerra, habrán ahuyentado a quizás qué no descubiertos océanos a las caprichosas hechiceras de los antiguos navegantes.

Mientras existió la navegación a vela, los hombres creyeron en las sirenas. No tenían por qué dudar, pues eran muchos los que aseguraban haberlas visto. Numerosos autores, anteclásicos, clásicos y modernos, han dejado fidedignos documentos en que las describen como seres reales y aún hablan de su vida privada. Bartholomeus Anglicus en su «De Proprietatibus», publicado en 1898, dice de la sirena. «Es una bestia de mar que, de la cintura para arriba tiene maravillosas formas de doncella, y de la cintura para abajo, de pez, y esta magnífica bestia está contenta en el fragor de la tempestad, y triste reinando el buen tiempo. Con la dulzura de sus cantares, esta bestia duerme a los marineros, Y entonces se dirige al navío y arrebatada a los que puede y los traslada a un lugar seco, donde los recuesta y luego comienza a mostrarse lasciva, y si el marinero la rehúsa, entonces cae encima de él y devora sus carnes».

Puede ser que Anglicus se haya equivocado en lo que se refiere al rechazo por parte de los marineros; pero del resto no hay por qué dudar. El autor era un hombre serio; escribía en latín.

Richard Whitbourne, en su «Discovery of New-Found-Lan», de 1622, asegura haber visto una sirena en el puerto de Saint Johns. Lo mismo dice el poeta William Collins en sus «Odes», de 1746. El Reverendo J. Brand narra el asesinato de una sirena por dos pescadores, a la cual uno de ellos le arrojó un cuchillo que fue a clavársele en el pecho. Al sentirse herida, dice que lanzó un grito: «Alás» -seguramente lo dijo en inglés- y

escurriéndose de la red en que estaba aprisionada, se perdió en las profundidades del mar. Sir Humphry Davy, en su obra «Salmonia» publicada en 1828, recuerda a un digno Barón, Sir Joseph Banks, al que reconociéndole sus méritos se le hacía el reproche de tener algunos prejuicios, entre otros, el de no creer en las sirenas.

Con el advenimiento de la navegación a vapor, las marejadas perdieron su antigua fiereza homérica. Y desde que los primeros humos de caldera mancharon los horizontes hasta entonces immaculados y las quillas de acero hirieron las ondas, venciendo aquellas calmas que solían mantener durante semanas las naos al paio, los viajes perdieron sus riesgos precolombinos. En la primera mitad del siglo XIX, el Mediterráneo vio hecha jirones la leyenda de los nautas griegos y el Atlántico y el Pacífico fueron despojados de la hazañosa aureola de inexplorados que lucieran desde el Renacimiento.

Ya no se navega a la vela, porque al hombre le ha entrado una prisa vesánica. Nuestros contemporáneos, al conquistar el aire con el avión, no han hecho otra cosa que achicar el mundo quitándole su emoción dimensional. Las distancias no se miden ahora por kilómetros sino por horas de vuelo. Tenemos una nueva musa: la velocidad.

Cruzar los siete mares en las motonaves actuales no sólo ha dejado de ser la gran aventura magallánica del siglo XVI; ni siquiera es la riesgosa expedición del Ochocientos que ha quedado eternizada en miles de libros de viajes, novelas de corsarios y narraciones morrocotudas. Hoy se va de Santiago a París en tres días y mañana se hará la travesía de sol a sol. Ya no se hace el viaje por el viaje sino para llegar, no importa a donde, en el menor tiempo posible. No se paladean las travesías, se tragan. Los jóvenes viajeros de esta era de los vuelos a cinco mil metros de altura y a mil kilómetros por hora, cuando lleguen a viejos, van a tener una imagen del mundo tan confusa y desvaída como la que nos deja a los que todavía nos gusta apresurarnos lentamente, un noticiario cinematográfico. Yo no sé qué le van a poder contar a sus nietos.

A pesar de todos los prodigios realizados por el hombre, tanto en lo material como en lo científico, que han revolucionado sus costumbres y sus normas de vida, una cosa no ha cambiado en él y es el espíritu. Por más que haya evolucionado, la esencia de sus sueños sigue siendo la misma.

La misma de los argonautas que se embarcaban con el ánimo hecho de que iban al encuentro de lo sobrenatural. Como hoy se viaja sin zozobras y sin sueños, el hombre que atraviesa el mar necesita compensaciones de lo novelesco inédito para no ahogarse en la prosa de los días monótonos, iguales, en que hasta los temporales se anuncian con veinte y cuatro horas de anticipación y se pueden burlar mediante la velocidad. Una acelerada a las máquinas y apenas si nos pesca la cola de una tempestad.

Esta necesidad del riesgo marítimo la siente el viajero actual, la mayoría de las veces, sin darse cuenta. Se le ha quitado la angustia antigua; pero se le ha creado una tristeza desconocida cuando existía la aventura y el ensueño. Hablo, naturalmente, del pasajero antonomástico, el eterno, que viaja por viajar y no tiene prisa por llegar a ninguna parte, el que en medio de la comodidad y la seguridad del viaje ni siquiera se asoma un solo día a

mirar el mar, porque ya sabe que no hay nada imprevisto ni inesperado que pueda imprimirle dramaticidad a la travesía.

Se puede surcar los océanos sin equipajes; pero no sin la perspectiva del descubrimiento.

Las compañías navieras se han dado cuenta de esta ano-malía síquica que padece el turismo y de la carencia del elemento de intriga que tienen los viajes actuales. Para suplir estas deficiencias, han recurrido a la cura psicoanalítica por medio de las compensaciones. A bordo de las naves, se le ofrecen al pasajero películas con historias de bucaneros y naufragios en islas paradisíacas, donde las muchachas nativas carecen de prejuicios y de prendas de vestir... También presentan los «menús» profusamente ilustrados.

No nos vamos a preocupar de las proyecciones cinematográficas por pertenecer a las artes relativas. Nos interesan mucho más los grabados de esos «menús»; tienen más realidad, son más vivos y poseen mayor poder de sugerencia en su extatismo.

En las tapas, bajo el proverbio latino que dice: *necesse est navigare non cessere vivere*, navegan carabelas, galeones y fragatas. Toda la historia gráfica de la evolución.

Son grabados en madera al estilo de las viejas incisiones de los siglos XVII y XVIII, que encierran la historia gráfica de la evolución de los velámenes hasta el advenimiento del vapor con los barcos de ruedas. En los bergantines reproducidos en ellos, mientras las hélices impulsan las quillas de hierro, pueden embarcarse los pasajeros soñadores sin riesgo, cuando soplan propicios los vientos de la evocación y del ensueño.

Para estas travesías imaginarias hay música especial, cantos de la época editados también a la manera antigua cuando los marineros cantaban. Ahí están las «Canciones a la vela, sin vela», picaresca colección de aires folklóricos recopilados por el francés Jean Marie le Bior, que narran las arriesgadas correrías de aquellos tritones de peluca y calzón corto... en tierra firme; y ponen en solfa las recaladas galantes de los capitanes en las playas del amor...

Las partidas, en esos grabados, malgrado el aspecto sereno de los que se van, en el fondo son desgarradoras. Se ve a los barcos desatracando del muelle con las grandes velas infladas por el viento de la aventura; los gallardetes latigueando en el mesana y el trinquete; y en tierra a los que despiden a los viajeros con desolados ademanes y tristes aleteos de las gaviotas de los pañuelos de adioses.

Por esas escenas de los embarcaderos se pueden colegir la trascendencia del acto y el dramatismo que representaban los viajes marítimos, en aquellos siglos de auge de la piratería. Se adivina que entonces se partía como si no se fuera a volver más al puerto de embarque, con el ánimo dispuesto a todos los riesgos del mar, al escorbuto y a los abordajes de los corsarios.

Antes de embarcarse, navegantes y pasajeros hacían testamento y después de arreglar sus asuntos con los hombres, los ponían al día con Dios. Confesados y tranquilos, tomaban el camino de ultramar.

Los parientes y amigos íntimos de los que se habían embarcado, a las pocas semanas, empezaban a hablar de ellos en pretérito como si se hubieran muerto.

Un poeta dijo: «Partir, es morir un poco».

Pues se equivocó. El que parte no muere tanto para sí, como para los que se quedan.

El dramatismo que se desprende de estos grabados hechos a la manera antigua, que los viajeros de hogaño aprecian sin inquietud a las horas de las comidas, se explica claramente si pensamos en los riesgos que entonces se corrían. En verdad, nunca se sabía si se iba a llegar al puerto de destino en forma segura; o si a causa de los temporales, los corsarios o el escorbuto, el viento de la muerte -hay que decirlo así, metafóricamente, a la manera de la época- conduciría a las playas de la eternidad a los intrépidos bajeles.

El viento tenía, en esas centurias de la navegación a la vela, una importancia y una significación que hoy día apenas nos podemos imaginar. Era la fuerza motriz que enviaba el tiempo, el impulso misterioso que venía del cielo y daba vida al velamen. Los personajes de Homero, antes de hacerse a la mar, se encomendaban a Eolo para que no los olvidara durante sus travesías del Mare Nostrum y les mandara brisas suaves y constantes.

Con la época moderna se inicia el período de las grandes audacias marineras. Quien volvía de un viaje a las regiones remotas de las Indias, adquiría prestancia de héroe y podía contar las hazañas más fabulosas sin que nadie se atreviera a dudar de la autenticidad de sus palabras. Las malas lenguas de la Historia dicen que Marco Polo se aprovechó bien de su cartel de viajero fantástico. Parece que el veneciano tenía además de arrojo una encendida imaginación.

Magallanes fue el primero que llevó cronista oficial para que escribiera el diario de su estupenda hazaña. El italiano Pigafetta fue, sin duda, el precursor de los corresponsales en viaje de nuestro tiempo.

Ya no existen naos de alto bordo y crujidoras cuadernas, como las que navegan en los grabados de los «menús», pero el hombre de América total, que heredó el instinto del mar de sus antepasados navegantes que vinieron sobre las frágiles quillas de madera -capitanes y soldados de la conquista española y de la inglesa, peregrinos del Mayflower- siempre alienta el secreto anhelo de repetir la hazaña antigua, aunque sea un cómodo simulacro de aventura.

Las modernas Compañías navieras harían un magnífico negocio si construyeran bergantines novelescos con motores bien ocultos en sus sentinas, y los destinaran a compensar los sueños fracasados de los hombres que aman el mar a la manera remota con todas las incógnitas y peripecias de los pasados siglos. Sería una eficaz manera de contrarrestar la competencia de los aviones transoceánicos que están achicando el mundo en forma alarmante. Piénsese en lo que darían los turistas norteamericanos por poder sentirse descubridores y marearse en sus estrechas cámaras durante unas cuantas semanas. Cuánto no darían las empresas cinematográficas de Hollywood si se les asegurara un

nafragio simulado; pero con todos los riesgos de uno verdadero, en una lejana isla de caníbales y bailarinas con cinturones de castidad, hechos con cáscaras de plátanos.

Claro está que las compañías tendrían que garantizar que la niña platinada y el joven intrépido, después que éste tendiera a bofetadas a los salvajes, podrían casarse gracias a la milagrosa aparición de un sacerdote que no habría necesidad de explicar de donde saliera. Si se explicara la cosa en forma lógica y verosímil, la peripecia perdería todo que encanto y dejaría de ser cinematográfica.

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)**, para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **[enlace](#)**.



editorial del cardo